

SOY DE AQUÍ

SOY DE AQUÍ

· Adelaida de Juan ·

Prólogo de Ambrosio Fornet

COLOQUIOS
Y TESTIMONIOS

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana 2016

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Ediciones *La Memoria*
Director: Víctor Casaus
Coordinadora: María Santucho
Editora jefa: Isamary Aldama Pando

Edición y emplane: Yoel Lugones
Diseño del perfil de la colección: Héctor Villaverde
Diseño de cubierta: Kelly Núñez sobre obra de Luis
Enrique Camejo: Sin título, de la serie *Malecón*, 2015

© Adelaida de Juan, 2016

© Sobre esta edición:

Ediciones *La Memoria*

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2016

ISBN: 978-959-7218-60-9

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla No.63, La Habana Vieja,
La Habana, Cuba. CP 10100
centropablo@cubarte.cult.cu
centropablo@centropablo.cult.cu
www.centropablo.cult.cu

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

Un día de su ya lejana infancia, la autora de estas páginas se sorprendió tarareando una canción que había aprendido, sin darse cuenta, de tanto oírla. Fue así como descubrió el misterio de la Memoria, esa forma de apropiación simbólica cuyas frágiles o sólidas conquistas pueden desvanecerse de un día para otro o, por el contrario, durar toda la vida. Es esa extraña propiedad, justamente, la que ahora nos permite asomarnos a esta notable trayectoria intelectual y crítica.

El categórico adverbio con que Adelaida de Juan abre y cierra el volumen —ese desafiante *aquí* que parece clavado en el título como el asta de una bandera— es, en realidad, un signo equívoco que puede prestarse a error. Ciertamente remite en primera instancia a un espacio muy concreto —los trescientos metros del perímetro urbano habanero donde la autora nació y ha vivido siempre— y en segunda instancia al país —un país donde no se vive o se piensa como en tantos otros países—, pero en ambos casos se trata, sobre todo, de núcleos de cultura, espacios en expansión que se dilatan y tienden a abarcar progresivamente el mundo. De ahí que *ser* de aquí pueda entenderse también como *estar* aquí; es decir, estar con los pies en la tierra, viviendo críticamente la cultura como experiencia inseparable de la historia y de una renovada visión del futuro, que es precisamente lo que vemos cobrar vida en este libro.

Los años de infancia y adolescencia transcurren para la autora entre campanillazos de tranvías y pregones de vendedores de mangos y de helados *Guarina*, los sonidos que poblaban cierta zona de El Vedado en épocas en que todavía las pesadillas de la Naturaleza y de la Historia no habían desatado sobre la ciudad el ciclón del 44 ni la matanza de Orfila. La

jovencita aprende piano, estudia en el colegio Baldor, se hace maestra de primaria, llega a serlo de secundaria y, como el inglés es su idioma materno, al terminar el bachillerato puede pasar un cursillo en la Universidad de Columbia, en Nueva York, donde descubre su afición a los diccionarios y, en un teatro cercano, a un joven actor desconocido que desde el fondo del escenario no cesa de gritar: “¡Stella! ¡Stella!” (Era Marlon Brando, que debutaba en *Un tranvía llamado Deseo*).

Pero es el ingreso de la joven a la Universidad, a su regreso a La Habana, lo que marca el inicio de su proceso de maduración intelectual y sentimental. Un día, al escuchar una charla sobre historia del arte, se dice a sí misma que *aquello* era lo suyo, y otro día se fija, con mal disimulado interés, en un distraído condiscípulo, uno de los pocos varones que había en el aula: “Era alto y flaco, escribía poemas y ensayos y se llamaba Roberto Fernández Retamar”. No se equivocaba. En ambos casos había sabido escoger los que serían, respectivamente, la carrera y el compañero del resto de su vida.

A ellos se vincularán en el futuro muchos trajines asociados a becas, conferencias, curadurías, jurados de concursos, compromisos intelectuales que a menudo implicaban también viajes más o menos largos o fugaces a capitales europeas y latinoamericanas, o bien a pueblitos como Jarandilla de la Vera, en Extremadura, o a reductos como la Citadelle y las ruinas de Sans Souci, en Haití.

En esta dinámica zona de la memoria las imágenes no cesan de fluir y se nos antojan inagotables. Tal vez pudiera señalarse un luminoso punto de partida en el Barrio Latino de París, a pocas cuadras de la Sorbona, la mañana del domingo en que los viajeros entran “en la nave central de Notre Dame en el momento preciso en que el órgano barroco rompía a tocar”... O al regresar de un viaje a Italia, cuando evocan el ambiente de las plazas, el Coliseo romano, “el David florentino de Miguel Ángel”, la entrada “en museos donde lo que habíamos visto en diapositivas devenía realidad”. Al paso de los años, Adelaida iría encontrando, por cierto, en esos sagrados recintos de las artes plásticas mundiales, tanto a los clásicos eternos —Rembrandt, en el Rijksmuseum de Amsterdam, el Bosco y Velázquez,

en El Prado de Madrid...— como a los agresivos emblemas de la posmodernidad —los coloridos rostros y envases de Andy Warhol, por ejemplo, en Pittsburgh y Nueva York—. Y debió decirse que cada galería podía deparar sorpresas mayúsculas, como ocurrió en un museo de Tokio donde se exhibían varias piezas de Picasso que podían considerarse precursoras del *Guernica*. Mención aparte merece la satisfacción que le produjo en el Museo Thyssen, anexo al Prado, encontrarse con los cuadros de Madrazo y Fortuny: fue como volver a encontrar a un colega entrañable, el joven José Martí, en plena faena de crítico. Las sorpresas no esperaban solo agazapadas en remotos o cercanos museos: a pocas cuadras de su casa, en plena calle, se exhibían habitualmente, como anuncios publicitarios, las obras de los jóvenes cartelistas o *affichistas* —las que para Adelaida constituían un verdadero aporte a la plástica cubana—, y en los archivos y bibliotecas dormían los periódicos con las caricaturas de los clásicos... que la autora había tenido la audacia de sumar a la historia de nuestras artes plásticas.

Viajar acompañada de su esposo, como lo hizo ella en más de una ocasión, ampliaba el alcance de sus contactos, que ya no se limitaban a las artes plásticas —pintores, diseñadores, curadores y críticos—, sino que se ampliaban hacia otras zonas de la actividad intelectual. Así conoció personalmente, y tuvo la oportunidad de cambiar impresiones con ellos, a teóricos de la literatura como Víctor Schlovski, en Moscú, y Edward Said y Gayatri Spivak, en Nueva York. Para el contacto con artistas del gremio, con lectores y colegas, no necesitaba intermediarios, naturalmente, lo que podemos comprobar en estas páginas por las que desfila todo lo que vale y brilla en ese ámbito. Fue así mientras la autora se mantuvo activa en su profesión y representó en seminarios, exposiciones y congresos, dentro y fuera del país, las corrientes más avanzadas de la crítica en el mundo de las artes plásticas cubanas y latinoamericanas. De hecho, hay un momento en que la memoria personal se vuelve también memoria institucional y comenzamos a asistir, guiados por Adelaida, al proceso de desarrollo de varios espacios culturales fundados por la Revolución: la UNEAC, la Casa de las Américas, las Escuelas Nacionales de Arte... Hay también

un momento o, más exactamente, el lapso de un tropezón sombrío —el del quinquenio gris—, en que el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de La Habana deja de ser el espacio dinámico y acogedor que había sido hasta entonces y la autora llega incluso a perder asignaturas que ella misma había introducido en el currículo. Un día, al regresar de un viaje a Quito —donde había asistido a una reunión de la UNESCO dedicada al arte latinoamericano—, se vio sorpresivamente acusada de negligencia, nada menos que por el mismísimo presidente del Consejo Nacional de Cultura..., acusación cuya falsedad quedó muy pronto demostrada. Otros momentos dramáticos —como los apagones eléctricos y el éxodo que caracterizaron los inicios de la década del noventa, el llamado Período Especial— fueron matizados por acontecimientos familiares de muy distinto carácter y significación: la aparición de *Dolly y otros cuentos africanos*, por ejemplo, el pequeño libro donde Laidi —una de las dos niñas de la casa, convertida ya en una mujer hecha y derecha—, daba fe de sus experiencias como médica en Zambia.

Dolly causó alegría, pero no sorpresa. Por su tema y su género era algo insólito, pero en definitiva era un *libro*, uno más entre los que tradicionalmente salían de aquella casa. Un día Adelaida se percató de que ella misma había publicado ya unos cuantos. “A la vuelta de mis ochenta años” —dice con toda naturalidad, como si estuviera hablando de un suceso habitual— “me doy cuenta de que tengo publicados algo más de una docena de libros que abordan distintos ángulos del arte cubano y latinoamericano”. Uno de ellos es *Pintura cubana: temas y variaciones* (1978), con varias ediciones y reimpressiones, tanto en Cuba como en México; otro es la jocosa y tortuosa imagen de la República que nos revela en 1982 *Caricatura de la República*, el estudio sobre la obra de Torriente, Abela y Nuez; es decir, sobre la imagen de Liborio, el Bobo y el Loquito, tres tipos que pueden considerarse “la personificación del pueblo cubano en tres momentos cruciales del devenir nacional”. Pero el texto que la autora cita con mayor beneplácito, porque siente que en él se resumen sus desvelos y sus hallazgos como crítica, es *José Martí: imagen, crítica y mercado de arte* (1997).

No resisto la tentación de mencionar una disparatada anécdota en que las variantes de la memoria que dominan estas páginas —sentimental, intelectual, estética...— pasan a mostrarse como instrumental, como memoria *práctica*. Es mediodía, en un restaurancito de Bratislava a donde Adelaida y Flavio Garcíandía han ido a parar, muertos de hambre. Pero resulta que el solícito camarero no conoce ninguno de los idiomas que habla Adelaida, y ella, desesperada y a punto de desmayarse, recuerda una escena de *El gran dictador* en la que Chaplin farfulla, en algo que suena obviamente a alemán, una frase que ella recuerda y decide soltársela al camarero, por si acaso... ¡Bendito Charlot! ¡Bendita memoria! El almuerzo fue opíparo. La frase aludía a un bistec empanizado.

Queda el lector invitado a participar de esta singular aventura. La autora empezó cartografiando un espacio minúsculo y, casi sin darse cuenta, a medida que ese espacio iba dilatándose, se involucraba de modo cada vez más resuelto en este ejercicio de rescate y reflexión que acabó convirtiéndose, a su vez, en el testimonio de una impecable trayectoria reflexiva y crítica. Se trata de un documento que, por su rigor y su alcance, puede considerarse parte de la historia cultural de nuestra época.

AMBROSIO FORNET

*A Laidi y a Roberto, quienes me instaron
a recordar, a olvidar y a escribir*

El Vedado antes

En verdad, he nacido y vivido en unos trescientos metros de El Vedado. En 21, entre F y G, a inicios de la década de 1930, en la acera de los números pares de esa calle existía, en la esquina de G, una residencia con jardín y portal (obligatorios en todas las casas del barrio), una clínica (donde nací), una residencia y tres edificios de tres plantas que llegaban hasta F. La clínica se llamaba *Reyes*, que era el nombre del dueño, quien vivía en la casa de la esquina, y los edificios de tres plantas eran de apartamentos: planta baja con portal y jardín pequeños y dos plantas altas.

Mis primeros siete años los viví en la casa de la esquina, que tenía un portal y jardín esquineros porque mi mamá, que no los había tenido en su infancia en Nueva York, pensaba que un niño debía tener un jardín para jugar. Recuerdo el olor de la mata de jazmines, y también que en mi primera salida al portal, débil después de haber padecido tosferina (creo que tendría unos cuatro años), vino una brisa, infló mi vestido ancho y me tumbó al piso de azulejos. Estábamos en la época del machadato y su secuela, de gran escasez económica: era difícil pagar el alquiler. La solución fue rentar una de las dos habitaciones del apartamento a una enfermera de un hospital inglés (que me caía muy mal y, además, tenía un perrito que me ladraba) y con ese dinero se pagaba un mes de alquiler cada dos meses. Años después pregunté cómo el dueño de los apartamentos (un tal Menocal, que tenía una regia residencia en la calle G, entre 21 y 23) permitía tal sistema de pago y se me respondió que todo el mundo estaba por el estilo y el dueño sabía que si vaciaba sus apartamentos, no encontraría a nadie que los alquilara.

Yo tenía amplio espacio para jugar, en el portal y el jardín esquineros, que fueron míos hasta los siete años, momento

en que mis padres cambiaron para un apartamento similar en los altos, a medianía de la cuadra, hacia G. Poco antes de eso, me parece recordar una gran aventura que compartí con dos de mis amiguitos del barrio, unos jimaguas llamados *Goyito* y *Goyita*. Nos escapamos hacia un edificio misterioso llamado *Arcos*, que estaba por la calle F: tenía pasillos y escaleras que comunicaban con la calle 19, tres pisos de apartamentos por encima y dos por debajo del nivel de la calle. Allí, en el nivel inferior —un espacio al aire libre que me parecía inmenso—, el edificio lindaba con una muralla de piedra que ascendía hasta la calle aún sin pavimentar. Bajamos por oscuras escaleras hasta desembocar frente a la muralla. Decidimos entonces trepar por las rocas. Aún hoy no comprendo cómo pude hacerlo, si es que lo hice o solo lo soñé, y recuerdo, eso sí, el regaño que me esperó cuando regresé a la casa por haberme escapado.

La calle F, en el sentido contrario al edificio *Arcos*, conducía a la importante calle 23. En la esquina misma de esas dos calles había, de un lado, un convento-iglesia cuyas campanas me despertaban por las mañanas, mientras que, al atardecer, podíamos ver a las monjitas salir en parejas hacia las casas de los enfermos que iban a cuidar durante la noche. Años después, una de ellas atendió a la mamá de Eliseo Diego, hasta que fue sustituida porque se había encariñado con su paciente (esa labor debían hacerla desinteresadamente). Cruzando la acera de F, había un café en esa misma esquina que, décadas después, lograría cierta fama por ser el lugar de reunión de Lezama con un grupo de amigos (Mariano, Roberto, Padilla, Antón, Víctor Casaus, Fayad y otros).

Si se bajaba hacia 21, había residencias de ambos lados de la calle, salvo a medianía de cuadra, donde existía lo que se llamaba “un tren de lavado chino”. Recuerdo que esa casa estaba llena de chinos que trabajaban del amanecer al anochecer. Nunca vi a una mujer, solo hombres que laboraban incesantemente. Al llegar a la esquina de F y 21, de un lado había apartamentos; del otro, la bodega *La Flor de Pando*. En la acera de la bodega se parqueaban algunos automóviles que constituían una piquera de alquiler que nunca usábamos; lo nuestro eran los tranvías.

Uno de los choferes se hizo amigo de la casa; se llamaba Valdés, solo Valdés para nosotros, pues no recuerdo su nombre de pila. Tal apellido indicaba en la época que era un huérfano recogido en el torno de la Casa de Beneficiencia, atendida por monjitas. (En su emplazamiento hoy se levanta el hospital *Hermanos Ameijeiras*). Valdés era muy amable y cortés, sobre todo con *Lala*, quien trabajaba en mi casa. En estos de los nombres, recuerdo que tenían mucha importancia para mis cinco años; me viene a la mente el alborozo con que anuncié que yo sabía que *Lala* se llamaba Eulalia. Al pasar los meses, se hizo evidente que la atención de Valdés era sobre todo para *Lala* y cuando anunciaron que se casarían, mi mamá preparó la fiesta, pues la familia de *Lala* estaba lejos, en provincias, y no podía asistir. La pareja Valdés-*Lala* siguió en relaciones con mi mamá, a lo largo de varios años y de algunos hijos.

Mi Vedado, pues, estaba comprendido entre esas calles de 21, F y G hasta los veintiún años, cuando Roberto y yo pudimos, después de unos meses, alquilar un pequeño apartamento en H, entre 21 y 23; es decir, a unos escasos cien o doscientos metros del lugar de mi nacimiento. Ese Vedado de mi niñez se extendía de L hasta 12, y de 23 hasta el Malecón, que en aquella época tenía su fin en G. En la dirección opuesta, hacia 25, G cerraba con el monumento a José Miguel Gómez, pero esa zona y la que le seguía, sin pavimentar, era desolada y como prohibida porque no tenía construcciones y tenía fama de ser centro de vagabundos y delincuentes. A mano derecha estaba el Hospital Infantil y luego, cruzando la calle, le siguió el Ortopédico. Años después, esa zona, hacia la calle D, se convertiría en una zona de hospitales —se llamaban entonces Clínicas (en el Cerro se denominaban Quintas).

G tenía un nombre que nadie usaba: era oficialmente la Avenida de los Presidentes. Solo en el siglo XXI se erigieron monumentos a diferentes presidentes latinoamericanos, en el centro mismo, donde durante mi infancia íbamos a patinar. Paralela a G, había lo que servía como de parteaguas o límite entre las calles identificadas con números pares y las que llevaban letras. Los números impares designaban las paralelas a la costa, tuviera o no Malecón. Ese límite se llamaba —aún hoy— Paseo

y durante mi infancia no estaba pavimentada la calle y se convertía durante las mañanas en mercado, donde mi mamá iba tempranito los martes a comprar pescado fresco, legumbres y frutas, sobre todo caimitos y mameyes.

Paseo no era la única calle que se designaba por un nombre: había otras tres que, aunque tuvieran oficialmente números o letras, eran conocidas popularmente por nombres, uno de los cuales ha desaparecido. Pienso en la calle E, que denominábamos la calle “Baños”. Si se descendía por esa calle hacia la costa —recuérdese que el Malecón terminaba entonces en la calle G, es decir, unas dos cuadras antes— se llegaba a los Baños de Carneado. El tal Carneado había hecho horadar unas pocetas en los arrecifes de la costa, una para hombres y otra para mujeres y niños. Se cobraba una módica entrada a los vestidores y las pocetas, y así nos dábamos los baños de mar que eran considerados saludables. Había fuertes advertencias de no salirse de las pocetas hacia el mar abierto, pues había terror a los tiburones que rondaban la costa: en los Baños siempre se contaba el caso de un muchacho que saltó el muro de la poceta y perdió un brazo. La temporada abría justamente el 20 de mayo y se prolongaba hasta fines de agosto. El resto del año no era apropiado para bañarse en el mar.

Las otras dos calles con nombres estaban paralelas a la costa y correspondían a los números 7 y 9. Sus nombres persisten hoy: son Calzada y Línea, y se dice que designaban, desde los tiempos coloniales del siglo XIX, la calzada de los carruajes y la línea del ferrocarril que comunicaban el centro de La Habana con el nuevo barrio residencial de extramuros. Por eso las construcciones más antiguas que subsisten en El Vedado están hacia esa zona más baja del barrio.

Después de mis primeros años, el Malecón se extendió hasta Paseo. Allí, donde aún no se había pavimentado, venía a fin de año el circo *Ringling Brothers* y montaba sus grandes carpas. Creo que entonces empezó mi rechazo a los circos y acuarios (y, de paso, a los zoológicos). Me daba mucha pena ver a magníficos animales obligados a una esclavitud llena de maromas, recompensadas por un bocado que les daba el entrenador. Años después vi tempranito, cuando apenas había amanecido en la

playa, a una familia de delfines jugando cerca de la orilla. Pensé que ese era su destino natural y no estar obligados a saltar y hacer piruetas lejos de sus semejantes. No es casual, se me ocurrió que muchos animales se niegan a procrear cuando los obligan al cautiverio, por cómodo y lujoso que sea.

En mi infancia, llenaba mis ratos solitarios de hija única patinando con otros vecinitos en la calle G, entonces vacía de tránsito y poblada de palmas. Los patines constituyeron el único ejercicio más o menos deportivo que logré practicar con gusto y cierta pericia. Cuando era aún más pequeña, me llevaban al parque de H, al cual nunca llamábamos Víctor Hugo. Me gustaba sentarme en los bancos para escuchar las canciones entonadas repetidamente por las mujeres que cuidaban a los niños, mientras estos jugaban alrededor de la fuentecita de agua. Esos coros más o menos afinados me permitieron descubrir ese “algo misterioso” que mencionaban los adultos como “la memoria”. De regreso a la casa, sin darme cuenta de lo que hacía, entoné la canción de moda que había oído en el parque. Todavía es una de mis favoritas: “Vereda tropical”, que luego disfrutaría en la voz de Tito Gómez.

Unos ratos maravillosos ocurrían cuando me llevaban a “los ponys”. En un solar yermo, donde años después construyeron una casa de apartamentos, en uno de los cuales vivió Eliseo Diego con Bella y *Fefé* (quien todavía vive ahí), estaban mis ponys. Era la esquina de 21 y G, frente a la gran casa del otro lado de 21, cuyo sumergido jardín lleno de plantas y árboles estaba habitado por una bruja. Tal era la firme convicción de todos los niños del barrio, que jamás vimos a nadie en ese hueco. Por cinco centavos —un “níquel”— el empleado me montaba en el pony, amarraba mis piernas a la montura y me daba varias vueltas al solar. Una de esas tardes, confiado en que el pobre caballo sabía el recorrido, se quedó “conversando” con la empleada que me había llevado mientras mi mamá daba clases de inglés en la sala del apartamento. El pony decidió que estaba aburrido y salió por la calle G hacia 19, llevándome encantada por el nuevo recorrido. Esto duró hasta que “los mayores” se dieron cuenta de la escapada y nos trajeron de vuelta.

El Vedado contaba con muchos de estos solares con ponys. A Roberto y sus hermanos los llevaban a unos que estaban en la esquina de L y 23, donde hoy está el Hotel *Habana Libre*. En realidad, en esa época —década de 1930— El Vedado se terminaba precisamente en L. Los tranvías doblaban ahí y lo que hoy llamamos La Rampa era terreno baldío solo interrumpido, a la altura de la calle 21, por el magnífico Hotel Nacional. Creo recordar también el Edificio *Alaska* (me parece que un poco después) en 23 y M, que hoy no existe.

Los tranvías que he mencionado tenían su recorrido por la calle 23 hasta L, donde doblaban en dirección al centro de La Habana. En esa época que ahora estoy rememorando, “ir a La Habana” era trasladarse hacia “la esquina del pecado”, Galiano y San Rafael. En los alrededores se levantaban las grandes tiendas, en especial *El Encanto*, que fuera quemado por los contrarrevolucionarios en 1961. Entonces, los tranvías de El Vedado doblaban por L y por 12 hacia Línea. Si se necesitaba ir, por ejemplo, al *Auditorium*, en Calzada y D, después de tomar un tranvía en 23 y F, viajar hasta 12 y bajar a Línea, se pedía un papelito llamado “transferencia” para entonces tomar un tranvía que recorriera Línea hasta D.

Precisamente en esa esquina se erigía la Parroquia de El Vedado. Fue la primera iglesia a la cual entré, pues fui criada sin instrucción religiosa alguna, ya que mis padres eran ateos. Cuando yo pregunté por qué yo no hacía la Primera Comunión como mis amiguitas, con traje blanco, velo y vela, me respondieron que cuando yo fuera grande podía escoger lo que quisiera, pero que de chiquita no me iban a imponer ninguna creencia. El caso es que entré en la Parroquia porque se casaba una gran amiga de mi mamá, a quien yo adoraba. Se llamaba Anita y era maestra de *Kindergarten*. Después que tomamos asiento, vimos llegar a la entrada de la iglesia a Anita, vestida con un traje de novia alquilado, y del brazo de un hombre encorbatado que yo no conocía. Pero allí se quedaron, de pie, larguísimo rato, antes de poder avanzar en silencio hacia el altar, donde esperaba el sacerdote. Después supe la razón de esa extraña tardanza en la boda. Un rato antes de la hora señalada para la boda de Anita, se había celebrado otra boda,

lujosa, con flores y música de órgano. Pero como Anita no podía pagar tales aditamentos, había que retirar todas las flores y acallar el órgano. Solo entonces podía llegar a celebrarse su boda.

Cuando ya yo iba a la escuela hubo un auge de los ómnibus, llamados popularmente “guaguas”. Estaban señalizados con un número y el nombre del barrio que recorrían con preferencia. Pero durante mi niñez y primera adolescencia preferíamos los tranvías.

Las guaguas eran mal consideradas: no tenían los asientos de pajillas (aunque tuvieran chinches) ni los amplios ventanales de los tranvías y, además, iban demasiado rápido. Había, pienso ahora, cierto desdén clasista hacia la novedad. De niña presencié una escena que no he olvidado, en la esquina de 23 y F. Era un domingo a media tarde y estábamos esperando un tranvía para dar un paseo lejos de El Vedado. Supongo que era el F1-F2 que llegaba hasta “los elevados”; no sé muy bien qué eran (veía unos raíles sobre unos pilares altísimos que recorrían un espacio paralelo al tranvía). Me habían puesto el sombrerito de rigor, que yo odiaba, y las medias blancas nuevas. A nuestro lado, también esperaba un joven elegantemente vestido, con un traje de “dril cien”, zapatos lustrados y corbata evidentemente recién estrenada. Supongo que iba a visitar a su novia oficial, como era costumbre en la época. Ya había escampado después de un chubasco veraniego que dejó los habituales charcos de agua sucia. En eso vemos que estaba acercándose un tranvía —los raíles estaban en el centro de la calle— y el joven camina cuidadosamente hacia él. Antes de que llegara, pasa aceleradamente una guagua por la parte encharcada de la calle, detrás de donde esperaba el joven, y lo empapa. Él deja ir su tranvía, contempla su traje manchado durante unos minutos y entonces se dirige hacia el charco, se sienta en él, termina de ensuciarse echándose el agua sobre el traje, para entonces levantarse, aún lívido de ira, y dirigirse hacia su casa.

Estos paseos dominicales en tranvía ocuparon muchas tardes de mi primera infancia. Mis padres se vestían con las mejores ropas y se ponían sombrero. De hecho, no recuerdo a

mi papá salir a la calle sin su sombrero de pajilla, camisa blanca de manga larga, saco y una sobria corbata. Él murió joven, mucho antes de que la moda cambiara radicalmente, pero después de haberme enseñado a bailar danzón “en un solo ladrillo”.

Un paseo que recuerdo particularmente duraba, me parecía, muchas horas o casi toda la tarde de domingo. Era en el “U-4, Playa-Parque Central”, y hacía un recorrido que cruzaba toda la calle 23 hasta el final de El Vedado, a través de muchos terrenos sin construir, con yerbas y plantas, hasta llegar a su paradero en la playa de Marianao. En la zona de las playas se veían los grandes edificios que eran los balnearios privados para sus asociados, de los cuales el más elegante y exclusivo era el Havana Yacht Club. Se contaba, en años posteriores, que los “nuevos ricos” quisieron asociarse al *Yacht* pero les pusieron “bola negra”. Entonces, en revancha, construyeron su propio balneario en otra zona, con lujoso edificio y lo llamaron “El Biltmore”. Hoy es el Club *Habana*. Al costado del Yacht, estaba el único balneario público, llamado *La Concha*, al cual se podía acceder pagando un peso por persona (no sé si los niños acompañados tenían que pagar). Con esa cuota se podía entrar hasta la playa, con derecho a una taquilla con llave y una ducha común de agua dulce. Pero en la época de los paseos dominicales, nosotros no descendíamos del tranvía, que tenía su paradero precisamente en las playas. Permanecíamos en nuestros asientos, se pagaba de nuevo el pasaje —cinco centavos— y hacíamos entonces el viaje de regreso. Algo delicioso ocurría cuando los mayores compraban un cucurucho de maní, que se comía en el viaje de regreso. Era un gran paseo que costaba diez o quince centavos por persona, que en esa época de depresión era gran cosa.

Otra diversión, algún tiempo después, era ir al cine. El más cercano a mi casa era el Cine *Gris*, en la calle Baños, entre 19 y 21, o entre 19 y 17, no me queda claro, pues hace años desapareció. Era pequeño; a la entrada se vendía helado en barquillo y la tanda, como en todos los cines de la época, comprendía dos largometrajes, los avances de los próximos días y dos noticieros. Esta programación se anunciaba en unos largos papeles

que se enrollaban para que un muchacho los lanzara periódicamente en los portales. También cerca de mi casa, en la calle 23, entre G y H, abrió el cine *Riviera*, que aún existe aunque no como lo recuerdo cuando era niña. Más lejos estaban los cines de la calle Línea: el *Olimpic*, que ha pasado a ser el Centro *Raquel Revuelta* después de años de abandono y de una etapa en que se dedicó a filmes para niños; el *Triación*, casi en la esquina de Paseo, hoy la sala de teatro de Carlos Díaz; el *Auditorium*, en Calzada, cuando no fungía como sala de concierto.

En los años en que vivíamos en los bajos, por las mañanitas, venía el hielero trayendo un bloque de hielo, el cual se colocaba sobre el filtro de agua que estaba sobre una tarimita con un jarro y un cacharrito para servirse agua fría. No existían refrigeradores en las casas que yo conocía, sino esos muebles pequeños para acomodar el hielo y el agua. Cuando entró en mi casa el primer refrigerador, fue todo un acontecimiento. Era un aparato pequeño de metal que se conectaba a la toma de electricidad del comedor. Se suponía que era una compra de la familia que debía durar toda una vida. De hecho, recuerdo que ese inicial aparato duró decenas de años: cuando mi mamá decidió venderlo para adquirir otro más moderno, ya yo no vivía con ella, pero me contó que se encontró un día con el vecino a quien se lo había vendido años atrás, y él le dijo que el refrigerador seguía funcionando.

Yo oía casi todos los días los pregones de los vendedores. El viejito que pasaba dos veces por semana cantaba “Pío, pío, pío, pío, pío, que se va el huevero”. Me parece recordar que los huevos eran a centavo y los pollos a peso, pero se podía comprar poco. La gran fiesta para los niños llegaba con las lluvias de verano y aparecían las carretas de mangos. Conducidas por una triste mula, estaban adornadas con flores que se iban marchitando a lo largo del día. Dentro de la carreta había, me parecía, toneladas de mangos de todos tipos: filipinos, del Caney, mangas hilachosas. El que los vendía detenía la carreta en la esquina de 21 y F y pregonaba su mercancía. Para fomentar la venta, nos solía regalar un mango a los niños que lo ayudábamos, rogando a “los mayores” que nos compraran muchos mangos.

Otros vendedores que surcaban las calles durante todo el año eran los carritos de helado *Guarina* y *Hatuey*. Eran pequeños, empujados por un empleado uniformado que hacía sonar unas campanitas situadas en el mango del carrito. Los helados más pedidos eran los barquillos, que mirábamos ansiosos cómo se iban rellenando con las paletadas que daba “el hombre de los helados”. El heladero competía con el vendedor de billetes de la lotería en la constancia de sus recorridos. El que vendía tamales tendía a ser más fijo en su punto de venta; el más famoso en El Vedado se situaba en la esquina de 23 y 12, pregonando “Pica y no pica”, para anunciar que tenía tamales con picante y sin ese aditamento.

Cuando todavía vivía en los bajos, por la calle F, llegó el momento de ir a la escuela. Yo era bilingüe porque mi mamá siempre me habló en inglés y no le importaba que yo respondiera en español. Así las cosas, fuimos a California, a que mi abuelo me conociera. Me cuentan que el viaje fue en barco, por el Canal de Panamá. Lo más económico era compartir el camarote; así se conocieron mi mamá y Anita, quien llegaría a ser una gran amiga, y cuya boda ya mencioné. En casa de mi abuelo nadie hablaba español, así que, en los ratos de ausencia de mi mamá, me vi obligada a hablar inglés. Cuando regresamos, al cabo del mes, ya hablaba los dos idiomas, aunque siempre reservé el inglés solo para mi mamá y, luego, para leer. Creo que esto influyó en que la escuela primaria escogida fuera no solo cerca de la casa —en F casi llegando a 19—, sino que las clases eran compartidas en los dos idiomas. Fundada por dos hermanas jamaquinas (como se decía entonces), que se llamaban Miss Hannah y Mrs. Butler, llevaba por nombre *St. George*. Era una escuela pequeña en la época y sus maestras eran norteamericanas o inglesas, no sé, y cubanas. Allí estuve cinco años, pero entonces me cambiaron para cursar el Bachillerato en la Academia *Baldor*, que también estaba cerca de mi casa, en la calle G, entre 15 y 17.

Las circunstancias que impulsaron el cambio fueron varias: mi mamá, para asombro de la embajada de los Estados Unidos, había renunciado, hacía algunos años, a su ciudadanía norteamericana para adoptar la cubana. Por otra parte, si yo

quería seguir estudios universitarios en el futuro, necesitaba ser Bachiller, estudios que no proporcionaba *St. George* (allí se graduaba de *High School*). Así que estudié durante seis años en *Baldor*. El director, Aurelio Baldor, había escrito un excelente libro de matemáticas y todo el mundo le tenía muchísimo respeto en el colegio. Era conocido por su ferviente catolicismo —su hermano era jesuita y rector del Colegio *Belén*—, pero su academia era estrictamente laica; no quería competir con las escuelas religiosas, en especial las de El Vedado: las Dominicanas Francesas, solo para niñas, en G, y el Colegio de La Salle, para varones, por la calle 19.

Tuve excelentes profesores y profesores mediocres; entre los primeros, a Juan Fernández Carvajal, quien me prestó un libro de poemas —creo recordar que era *Flor nueva de romances viejos*—, y a un apasionado profesor de Filosofía que se llamaba José Ignacio Lasaga. Curiosamente, Baldor mantenía los cinco años primeros de Ingreso y Bachillerato con las alumnas separadas de los varones. Nos reunimos en el quinto año, en el cual la separación no era por sexo, sino por preferencia de materias: Ciencias y Letras. Hubo un incidente que aún recuerdo con cierta vergüenza. Éramos como mil alumnos, entre la primaria, el bachillerato y el secretariado: todos éramos —o pasábamos por, como se decía— blancos. Entonces supimos que había matriculado en Bachillerato una alumna negra; se rumoraba que era hija de un senador. No estaba en mi aula, pero a la hora del recreo la vi, solitaria, en el portal. Yo paseaba con mi mejor amiga, María Valdés Beola, cuyo padre era hermano de los famosos mártires del machadato y del “bonche” de la Universidad, los Valdés Daussá. María era muy católica, sin que ese tema interviniera en nuestra amistad, y vivía a media cuadra de mi casa, en 21, entre F y Baños. Al ver tan sola a esa muchacha nos dio mucha pena y, desde entonces, procurábamos saludarla y conversar un poquito con ella. La vergüenza de entonces, y durante algún tiempo, radicaba en lo noble que me hacía sentir tal iniciativa mía.

Otro incidente notable que ocurrió durante mi estancia en *Baldor* fue justamente casi al terminar el Bachillerato en Letras. A mi grupo le tocaba el turno de la tarde, de 1 a 5 p.m.

Durante la temporada de los juegos de pelota (no sé por qué yo “le daba” al Almendares), el alumno que se sentaba en el asiento detrás del mío, Martín del Junco, llevaba a clases un radiecito de pilas para oír el juego, mientras “el viejo de inglés” se quedaba dormitando durante las clases. Entonces Martín me “soplaba” que me sentara muy derecha y extendiera la saya del uniforme blanco mientras él, escondido con el radio bien bajito, escuchaba y comunicaba los pormenores del juego. Pero un mediodía no fue un juego de pelota lo que se transmitió. Pudimos escuchar tiros, gritos y a un locutor que trataba de narrar lo que estaba ocurriendo. Fue nada menos que el episodio que luego fue conocido como “la matanza de Orfila”, en la cual dos bandas de gángsteres se enfrentaron a tiros. Ellos eran excombatientes de la Guerra Civil Española que allí habían luchado en contra del fascista Franco y, luego, de regreso a Cuba, habían devenido jefes de grupos gansteriles rivales. Se llamaban Rolando Masferrer y Emilio Tro, quien fue abatido, así como su esposa embarazada y otros miembros de su banda, en el encuentro a tiros en su casa del barrio Orfila. Esa tarde al alumnado de la Academia *Baldor* no se le permitió salir, a menos que algún familiar lo viniera a buscar. Como medida de seguridad, pues no se sabía bien cómo estaba el ambiente, los demás alumnos permanecemos algún tiempo en las aulas hasta que la dirección consideró que reinaba alguna tranquilidad en El Vedado. En esa época se evidenciaba el poder de violencia que llegaría a tener Masferrer, antiguo alumno brillante de Derecho y luchador antifascista: el ejército irregular que comandaba se denominó “los tigres de Masferrer” y, algunas décadas después, hostigaría al Ejército Rebelde de Fidel en la Sierra.

El otro aspecto de mi enseñanza empezó al mismo tiempo que *St. George*. En mi casa apareció un pequeño piano vertical. Yo no sé cómo llegó. Creo que había sido una pianola reformada para convertirla en un pianito y el dueño pedía muy poco para deshacerse de él. El caso es que mi mamá decidió hacer la prueba conmigo, pienso porque en la época era “bonito” que las niñas machacaran alguna pieza al piano.

La enseñanza musical la resolvió mi mamá intercambiando clases de inglés por clases de piano. Así, mi primera maestra de piano fue una desempleada que necesitaba aprender algo de inglés para presentarse a un concurso para una plaza en la Cuban Telephone Company. Resultó que no me era difícil tocar el pianito y así empecé un aprendizaje que solo terminó cuando me gradué de Maestra de Piano, Solfeo y Teoría a los quince años de edad. Entonces cerré el piano y dije que ese no era mi camino.

Ya mencioné los patines como único deporte que he practicado con gusto y cierta pericia. Como tendía a jorobar los tobillos, un médico recomendó que yo me ejercitara. Al parecer, patinar en el parque no clasificaba lo suficientemente, así que me inscribieron en la clases de ballet que ofrecían a sus miembros los asociados de Pro-Arte Musical. Mi mamá pagaba dos pesos y cincuenta centavos al mes para un asiento en el último piso del *Auditorium*, en Calzada y D, para los conciertos que se ofrecían. (Yo me colaba con ella para oír a Rubinstein, Menuhin, Heifitz, Janis, Rosita Renard, y otros pianistas y violinistas). El *Auditorium* de entonces, décadas antes de que fuera quemado y luego mal reconstruido (a mi juicio), tenía un amplio escenario que podía albergar cómodamente la Orquesta Filarmónica —que llegó a su época más alta bajo la dirección de Erich Kleiber— y, llegada la ocasión, un amplio coro para ejecutar la Novena, y, al frente, un foso para una orquesta acompañante cuando se presentaban los ballets, tanto los que se preparaban en las clases como los invitados por Pro-Arte de otros países: el Ballet Theater y el dúo de Anton Dolin y Alicia Markova. El público de mayor poder económico tenía sus asientos en la planta baja y en los palcos que rodeaban el primer piso alto, también con buenos asientos. Luego, aún más arriba, estaba la sección más económica, el llamado “gallinero”, donde íbamos, ya adolescentes, los estudiantes y demás público aficionado a los conciertos. La Filarmónica daba un concierto los lunes por la noche, al cual asistía un público elegante, cuyas fotos en el vestíbulo eran publicadas en la crónica social de la prensa habanera. El día anterior, domingo por la mañana, se ofrecía el mismo concierto a

un público más popular. Cuando Kleiber regresó a su país, terminada la guerra en Europa, ofreció un concierto de despedida. En la función del domingo, se adelantó y nos habló brevemente, afirmando que en realidad él había trabajado con gusto para el público de las mañanas del domingo.

En las clases de ballet que se daban en los altos del edificio que estaba detrás del *Auditorium*, por la calle D, fui alumna primero de un extranjero que se llamaba (o hacía llamar) Milenoff; luego recuerdo a Alberto Alonso, que había venido “del Norte” con su esposa Pat. Ella se llamaba Patricia Dennison, pero cuando bailaba se hacía llamar Alexandra Denisova, por la fama tradicional que tenía el ballet ruso. Ella montó *Pedro y el lobo* con los niños de las clases y me enseñó el papel del Gato. Al otro año, o dos, no recuerdo bien, Alberto preparó un ballet ruso, *Príncipe Igor*. Yo formaba parte de uno de los grupos que se llamaban “muchachas polovitzianas”, en el cual mi traje llevaba unas botas altas (nunca llegué a bailar con zapatillas de punta). Las botas se hacían de la siguiente manera: sobre los zapatos negros del uniforme de la escuela primaria, se ajustaban unos trozos negros —no sé de qué material— que cubrían las piernas casi hasta las rodillas.

Alberto nos enseñó a maquillarnos. Todavía recuerdo cómo se borran las cejas con un jabón húmedo; cómo se acentúan y se achinan los ojos con el creyón negro; cómo después se quita el maquillaje con el mínimo esfuerzo.

Estos ballets, y otros que no he mencionado, se ensayaban unos meses antes del fin del curso de las clases, para una o dos funciones en el *Auditorium*, con orquesta. El aprendizaje se hacía en el espacio del aula con espejos, con un pianista que creo se llamaba Luis Borbolla. También Alberto montó un *Petrouchka* en el cual él era el protagónico. Nunca olvidaré presenciar el ballet desde un pasillo en los altos del escenario, sobre todo los momentos en que “nevaba” sobre la multitud que se movía en el escenario. Se me olvidaba entonces que la “nieve” eran unos papelillos lanzados por los tramoyistas escondidos encima de los bailarines. En esa multitud se destacaban dos muchachas (años mayores que yo) abrazadas a un hombre: en realidad los tres eran hermanos. Esa fue la solu-

ción que encontró Alberto a la prohibición de la madre de las muchachas a que aparecieran en público abrazadas por un hombre. No recuerdo en las clases de ballet ningún muchacho; todas éramos hembras (niñas y adolescentes) y, por consiguiente, los papeles de hombres en los ballets eran difíciles de cubrir. Alberto, después de acudir a los escasos bailarines que existían, buscaba atletas que aceptaran aprender los papeles en cuestión.

Cuando ya entré en el Bachillerato y se terminaron las tardes en los parques y las clases de ballet, descubrí los mundos que se me abrían por la lectura de cuentos y novelas. A una cuadra de mi casa, en los bajos del restaurant *Carmelo*, en la calle 23, entre G y H, había un local pequeño en el cual se vendían, por veinticinco centavos, libros en inglés de la editorial *Pocket Books*. Ahora me doy cuenta de que constituían una biblioteca notable por la calidad de los textos publicados. Además, si uno llevaba dos libritos, ya leídos, que no quería conservar, el dueño permitía llevarse un ejemplar de otra novela. Así leí la gran narrativa del siglo XIX —rusa, francesa, inglesa, norteamericana— y se hicieron míos, ya para siempre, algunos autores: Chejov, Maupassant, las Brontë, y, sobre todo, Jane Austen, Poe y Mark Twain. (Por cierto, acabo de leer que, al cumplirse ochenta años de la fundación de los británicos *Penguin Books*, que también se venden “al precio de una cajetilla de cigarros”, la editorial ha lanzado al mercado una tirada millonaria de sus mejores clásicos: en la primera semana de venta, los autores más vendidos fueron mis queridos Austen y Poe, solo superados —para sorpresa mía— por el Marx y Engels del *Manifiesto*). Años después añadiría a la lista de los favoritos a Shakespeare (por haber visto varias veces, en el Cine *Riviera*, la versión de Lawrence Olivier del *Hamlet*) y, sobre todo, gracias a Enrique Collado, quien me prestó a Sterne y su *Tristram Shandy*. En esta novela por entregas, como era usual en su época, Sterne en ocasiones escribía: “Ya sé que hoy toca el capítulo 18 pero yo tengo ganas de escribir el 25”; en otras, dejaba la página en blanco para que el lector hiciera o imaginara lo que quisiera “porque hoy no tengo deseos de trabajar”. Por otra parte, se suponía

que la novela narrara la vida de Tristram Shandy. En efecto, en la página inicial nos enteramos exactamente cuándo fue concebido, ya que su padre les daba cuerda a los relojes y hacía el amor con su esposa puntualmente los viernes iniciales del mes. Luego empiezan los pormenores de su niñez, con episodios de diversos personajes de la vida de su lugar de nacimiento, hasta el punto de que la novela se termina, después de múltiples relatos adjetivos, cuando Tristram aún es prácticamente un niño. Algunos escritores del siglo xx han introducido similares recursos como una novedad. Sterne vivió en la Inglaterra del siglo xviii.

Todos los años, hasta hoy, un fenómeno natural nos ponía en alerta. La temporada de los ciclones, que en aquellos años no contaba con los meticulosos anuncios de Meteorología, significaba comprar galletas, barras de chocolate y almacenar agua para tomar y para otras necesidades. Los que vivíamos en altos debíamos enrollar bien los toldos de la terraza y cerrar cuidadosamente las ventanas con pestillo. En la época que ahora evoco, las ventanas podían abrirse de par en par; aún no había surgido la moda de las ventanas que no sé por qué se llaman “Miami”, en las que solo se puede voltear las persianas. Recuerdo cuando pasó por La Habana el ciclón del 44. En los momentos en que reinó la tranquilidad porque estaba pasando el centro del fenómeno, salí a la terraza y me asomé a mirar hacia la calle. Casi todos los árboles estaban dañados y los jardines habían perdido sus plantas. En eso veo a un hombre que corría hacia la esquina de F, trepó por el poste para atrapar a una gallina que estaba prendida en su parte alta. Luego, con la gallina bien asegurada en sus brazos, emprendió el regreso a su casa antes de que empezara de nuevo el ciclón a soplar en dirección contraria.

A la mañana siguiente, fui a ver cómo había quedado la calle G. Las palmas erguidas eran las menos, apenas se podía caminar y el aspecto de la calle era lastimoso. Después las repusieron y la calle —y El Vedado— volvió a renacer. Hasta el siguiente ciclón.

De *Flor Martiana* a Vieja Linda

En 1947, cuando yo tenía dieciséis años, quería ir a la Universidad y tenía de alguna manera que conseguir un sueldo para ayudar a mi mamá a sostener la casa. Obtuve una plaza de sustituta de Apreciación Musical en una escuela de Marianao. Como yo vivía en El Vedado, eso significaba atrapar una guagua ruta 22 para llegar a tiempo. Las sustituciones e interinaturas eran relativamente fáciles de conseguir; lo apetecible era la plaza en propiedad, obtenible por una relación con un político (representante o senador), o pagando a uno vinculado al gobierno de turno unos cinco mil pesos (equivalentes en la época a dólares). Así, luego de obtener el nombramiento de Maestro, se pasaba a otra “botella” de Inspector del inexistente Desayuno Escolar, o a una licencia indefinida. Quedaban, pues, las plazas ávidas de sustituciones que se manejaban a través de las Juntas de Educación. Fui a parar a la escuela *Flor Martiana*, en Marianao (donde hoy radica la Escuela Nacional de Arte).

La sesión de la mañana la pasaba como maestra; la de la tarde, como alumna del último año de Bachillerato (en Letras). Era una pésima maestra; los alumnos, que tienen un eficaz radar para detectar el miedo y la insuficiencia del profesor, hacían de mí “sebo y pabilo”. Recuerdo particularmente a un alumno de segundo grado que, en mi clase de Apreciación Musical, invariablemente terminaba cantando el Himno Nacional con un sonoro “¡Bang gang!”.

Las maestras experimentadas y la Inspectora de Música, que había sido maestra, me ayudaron con sus orientaciones, pero mi tránsito por *Flor Martiana* me deja un triste recuerdo.

Hubo un cambio de gobierno. Asumió el Ministerio de Educación Aureliano Sánchez Arango. Su primera medida fue

suprimir el llamado Inciso K, por el cual se habían hecho todos los falsos nombramientos de maestros, los cuales fueron obligados a ocupar sus plazas. Así se presentó en *Flor Martiana* la titular de la plaza que yo había trabajado interinamente. Resultó ser una antigua vecina mía; me constaba que nunca había tocado una nota de piano; su título, pues, era comprado para justificar la plaza inamovible de maestra. Me reconoció y —recuerdo su amplia sonrisa— me comentó: “Me he integrado un viernes para así cobrar sábado y domingo”. Aureliano —desafortunadamente solo en su primera etapa— también puso en vigor la disposición de abrir a oposiciones las plazas vacantes. Luego de algunos meses sin trabajo (ya en la Universidad), obtuve el primer lugar en los exámenes, que recuerdo que se realizaron en los terrenos de la Beneficiencia (hoy Hospital *Ameijeiras*), y me preparé a asistir semanalmente a la Junta de Educación de la calle Inquisidor para ver qué plaza estaba disponible. La primera que se me ofreció se “cayó” al ir yo a tomar posesión porque intervino Francisco Ichaso para defender la “botella” de su esposa. Al fin se presentó una vacante que ningún maestro en ejercicio quería. Yo tendría lo que había obtenido en las oposiciones: una plaza de maestra en propiedad. La escuela se encontraba en un barrio para mí —nacida y criada en El Vedado— totalmente desconocido. Vieja Linda era su nombre y para llegar allí debía tomar una guagua ruta 2 hasta un paradero llamado La Palma (donde con deleite oí a Pérez Prado por primera vez, en la victrola del paradero); luego transfería a la ruta 1, hasta su paradero cerca del sanatorio de tuberculosos *La Esperanza*, y el de niños, el *Aballí*. Entonces debía recorrer, por un camino rural, algo más de un kilómetro para arribar a la escuelita de Vieja Linda.

La destartalada escuela constaba de un local dividido en dos espacios por un tabique de madera, cada uno con un viejo pizarrón. El local mayor se dedicaba al primer grado; tenía una pequeña mesa para la maestra y unos cuarenta pupitres. Como asistían cerca de noventa alumnos, los que no alcanzaban a compartir un pupitre traían diariamente de sus casas algo en qué sentarse: generalmente una caja vacía de botellas de cer-

veza o de otra sustancia, un taburete o una sillita de juguete. Recuerdo a una niña cuya madre traía todos los días un taburete adornado con fragmentos de tul y encaje, que lo caracterizaban como una suerte de “tocador femenino”. El otro local se destinaba a lo que se denomina “un aula mixta”; es decir, ahí se impartían clases de cuantos grados correspondieran a los alumnos que asistían. En el tiempo que estuve en Vieja Linda, pasaron algunos alumnos a segundo grado, dos a tercero y una a cuarto. Muchos de los que habían aprobado el primer grado —o en todo caso el segundo— no seguían en la escuela porque debían asumir otros deberes: las hembras a ayudar a sus madres en la casa y con un nuevo hermanito, los varones a sumarse a las labores de sus padres. Las clases, pues, eran allí bastante movidas, obligada la maestra a mantener ocupados alumnos de distintos niveles. La pizarra era el único medio auxiliar con el cual contábamos. Eso sí, en mañanas de lluvia, era imprescindible abrir el paraguas para escribir en ella, pues las goteras que obligaban a mover los pupitres, también caían justo frente al pizarrón.

Yo pude organizar con los alumnos un corito para cantar el Himno y algunas canciones. Como soy bastante desafinada y ante la ausencia de un piano que me auxiliara, me conseguí un diapasón múltiple y busqué entre los alumnos una voz que guiara el coro. Resultó ser una niña llamada María Elena, a quien veía todas las mañanas llegar corriendo a la escuela a campo abierto: en una mano sostenía un par de zapatos tenis altos, de los que entonces usaban los varones, que se calzaba para entrar en el aula. María Elena tenía que compartir ese par de zapatos con su hermano: a ella le tocaba por las mañanas. Un día la noté cojeando. Al preguntarle, me respondió: “Nada, maestra, es solo una *hincá*”. Resultaba ser una herida producida por un clavo o algo similar: evidentemente requería alguna cura. La convencí para que me acompañara a la más cercana Casa de Socorros, donde procedí a tener una agitada discusión con sus responsables, que me exigían, para curar a la niña, que yo le diera mi boleta para las próximas elecciones. Al fin logré que atendieran a María Elena y regresamos a la escuela. Ella se convirtió en la voz guía de mi corito.

Cuando llegó el Día del Maestro, las cuatro maestras de Vieja Linda organizamos una pequeña fiesta, en reciprocidad a los regalitos que nos hicieron los alumnos (tacitas mínimas de juguete, cuadraditos de tela bordados en los bordes que pasaban por ser pañuelos de cierta elegancia, un pomito de dulce casero de guayaba, la mitad de un jabón, un peinecito). La fiesta se iniciaba con el corito, pero no podíamos empezar porque no había llegado María Elena. Esperamos unos minutos y cuando ya íbamos a dar inicio al canto, varios niños, apuntando a lo lejos, me avisaron que por ahí llegaba María Elena corriendo “a todo meter”. En una mano llevaba los zapatos; en la otra, su regalo para mí: un trozo de caña que había tomado de madrugada de un cañaveral vecino.

Buscando más tiempo para mis estudios universitarios, me trasladé, meses después, a un aula en una escuela en la Calzada del Cerro. Tenía seis grados y un Precolar, que era mi aula favorita. Su directora era capaz y cumplidora; la escuela marchaba bien. Recuerdo felicitar a una viejita sin dientes por el cumplimiento y puntualidad de sus hijos. Me respondió que ella no quería que fueran como ella, que cuando “iba a La Habana no podía leer los nombres de las calles”. La ancianita tenía treinta años. Durante mi estancia en esta escuela, mis amigas organizaron una merienda para mi “despedida de soltera”. Todas las maestras asistirían. La directora me llevó aparte para indagar si ella —mulata achinada— podía ir. Le respondí, sintiendo cierta vergüenza, que la merienda sería en el Lyceum, que allí no había discriminación, que algunas compañeras de la Universidad también eran “de color” (como se decía en la época).

Me enteré de que había unas oposiciones para un aula de Música en una secundaria básica, relativamente cerca de mi casa. Me resultaba atractiva la posibilidad porque, aunque el sueldo no variaba, solo trabajaría dos o tres sesiones a la semana, dejándome más tiempo para la Universidad. Me presenté a los exámenes, obtuve el primer lugar en el escalafón y de nuevo empecé a indagar semanalmente —esta vez directamente en el Ministerio de Educación— cuándo se haría efectivo mi traslado. Nunca logré atravesar la puerta que daba al despa-

cho apropiado: insistí hasta que el individuo que cuidaba la puerta empezó a hacerme insinuaciones procaces. De algún modo que no recuerdo, un empleado que trabajaba en el Ministerio —de nombre *Raulín*— se comunicó conmigo y me dijo que no me darían la plaza porque la reclamaba la que había sido sustituta en la misma (quien fue descalificada en las oposiciones) con una carta de recomendación del Dr. Juan J. Remos, que tenía mucho peso político. Pero *Raulín* también me informó que acababa de vacar otra aula semejante. Como eran los tiempos iniciales en que la dictadura de Batista intentaba dar un aspecto de bienestar dentro del cumplimiento de la ley, no le convenía al ministerio en cuestión que yo iniciara un proceso de cierto escándalo. En efecto, me ofrecieron la plaza: yo insistí que en el nombramiento constara que era en virtud de haber ganado unas oposiciones intachables. Así pasé a la secundaria *Sun Yat Sen*, en la calle Inquisidor, donde estuve hasta el triunfo de la Revolución.

La Universidad

Aquel mundo maravilloso de mis lecturas era una zona casi secreta de mi vida: no tenía con quién compartirla. Los fines de semana, yo formaba parte de un grupito de compañeras y compañeros que nos reuníamos —siempre en El Vedado— para bailar en nuestras casas y tomar Coca Cola. Me encantaba bailar, pero la conversación con mis compañeros de baile no tocaba nunca el mundo de mis lecturas. Por ellas matriculé Filosofía y Letras en la Universidad —que no tenía edificio propio y tomaba prestado los de otras facultades, principalmente el de Ciencias Comerciales, que colindaba con la calle L—, pensando ampliar ese mundo secreto mío con las materias de Letras (cosa que no ocurrió). El primer año de la carrera me desilusionó mucho. Matriculé en el segundo año más por inercia que por verdadero interés. Un caluroso mediodía acudí a la Biblioteca Central de la Universidad para buscar algunos datos, pero me la encontré cerrada porque estaban fumigando. Una compañera de curso, al verme desorientada en el vestíbulo de la Biblioteca, me invitó a unirme a un pequeño grupo de alumnos que, en el local del Departamento de Historia del Arte, en los bajos del lugar, asistía a un curso libre que impartía la Dra. Rosario Novoa sobre Estilografía. Confieso que no tenía ningún conocimiento de la Historia del Arte y mucho menos de qué trataba la Estilografía. Pero hacía calor y la Biblioteca estaba cerrada, así que decidí participar. Entré en un local lleno de libros, reproducciones de obras pictóricas, vitrales brillantes en los ventanales. Escuché durante cincuenta minutos a la Dra. Novoa.

Cuando ella terminó, quedé meditabunda en mi asiento y llegué a la firme conclusión de que precisamente para eso estaba yo en la Universidad. Fue mi primera entrada en el Departamento: no habría de dejarlo por el resto de mis días. El director del Departamento era el Dr. Luis de Soto, quien compartía con la Dra. Novoa todas las iniciativas y deberes: clasificaban diapositivas y libros, y siempre se exigían un alto grado de preparación y disciplina. Un día lo vi afanosamente preparando la clase que debía impartir. Le comenté mi extrañeza de tanto trabajo para impartir una clase que llevaba muchos años explicando; además, el alumnado estaba formado principalmente por muchachitas frívolas (llamadas “pepilllas” en la época) que opinaban que la historia del arte era algo “bonito” (palabra prohibida en el Departamento). Soto me respondió que preparaba la clase “para ese alumno, que no sé si está ahí, que de veras me escucha”.

Años después sentí en carne propia tal exigencia: cuando Rosario Novoa asumió la dirección del Departamento a la muerte de Soto en 1955 (justo después de ser el tutor de mi tesis de graduación) y cuando entré, por concurso, a formar parte del claustro, me encomendó un curso elemental de Historia del Arte. Con la zoquetería característica de algunos jóvenes, yo decidí cambiar la exposición que había recibido, innovando, según mi criterio, la presentación de las artes plásticas. La Dra. Novoa me revisó el plan de clase y entabló conmigo una acalorada discusión, explicándome mi equivocación. Yo me empeciné de tal modo que Rosario acabó por decirme: “Está bien, da la clase a tu manera, pero te advierto que te vas a escachar”. Di la clase a mi manera y, una vez terminada, busqué a la Dra. para decirle: “Usted tenía razón, me escaché”.

En el primer año de la carrera, había conocido a uno de los pocos alumnos varones. Era alto y flaco, escribía poemas y ensayos y se llamaba Roberto Fernández Retamar. Sobre todo, tenía muchas más lecturas que yo y además iba a la playa, nadaba muy bien y bailaba con más entusiasmo que pericia. Me introdujo a los autores de lengua española y, al ser un alumno de expediente brillante, me ayudó en algunas asignaturas, notablemente Latín y Griego. Así empezó un compañerismo que

compartíamos con algunas alumnas: Graziella Pogolotti, Marta Terry, Marta Vesa, María Elena Jubrías, entre otras. Tomábamos en serio los estudios y no éramos “pepillos” ni “calambucos”, no éramos populares en la gran masa del alumnado, por lo general frívola y reaccionaria, que se refería a nosotros de modo negativo. Recuerdo que, al verme frecuentemente acompañada por Roberto, una “amiga” se me acercó para, confidencialmente, recomendarme que me alejara de él porque era comunista, epíteto nefasto en la época y que, aunque falso, se le endilgaba a cualquiera que cayera mal.

Así las cosas, el inusual profesor de Psicología, el Dr. Bernal, organizó una excursión dominguera a un Campo Naturista para un grupo de sus alumnos. Roberto me invitó y tranquilizó a mi madre, quien había entendido que se trataba de un Campo Nudista. La pasamos agradablemente en contacto con la naturaleza: al final de la tarde, Roberto y yo éramos lo que entonces se denominaba “novios”. En la época, ese término variaba bastante de lo que es hoy para mis hijas y, sobre todo, para mis nietos. Estaba vigente el culto a la virginidad; se suponía que los padres respectivos “formalizaran” la relación que debía culminar, pasado cierto tiempo, en un matrimonio formal. Así, Roberto y yo seguimos hasta terminar los estudios universitarios. Mi último examen fue en la Escuela de Derecho, en la asignatura de Economía Política, con el temible Dr. Portela, cuyos alumnos repetidas veces desaprobados solían poncharle las cuatro ruedas de su automóvil mientras daba clases y en una ocasión famosa en la Universidad de entonces, un desconocido alquilado por ellos lo noqueó a la salida de las clases. Quince días después de mi examen, un notario nos casó en la sala de mi casa de la calle 21, en presencia de mi mamá, los padres y hermanos de Roberto, nuestros compañeros de estudios, dos profesoras (Dras. Antuña y Novoa) que firmaron como testigos, y otros familiares de Roberto. Unas horas después, salimos a nuestro inicial viaje juntos: en México nos esperaba el pintor Felipe Orlando, quien se encargó de mostrarnos no pocos lugares de interés y nos llevó a saludar a Rufino Tamayo, quien estaba terminando un mural. Un día fuimos solos en un ómnibus lleno de personas aindiadas con sus paquetes, algunas

gallinas (creo que en algún momento del trayecto montaron a un chivito), hasta llegar a Teotihuacán. Subimos la Pirámide del Sol y, sobrecogidos, contemplamos todas las construcciones de ese sitio mágico. Mientras caminábamos cerca de la pirámide, se nos acercó un niño indio y nos ofreció un pequeño objeto diciendo: “Souvenir, míster; souvenir, ten pesos”. Roberto le dijo que no éramos turistas yanquis y el niño, rápido y siempre sonriendo, replicó: “Recuerdito, señor, recuerdito, un peso”.

Quince días después ocupamos nuestro primer apartamentico en la parte baja de El Vedado, en las calles 5ta. y 6. Tenía una habitación sin ventanas —donde Roberto daba clases particulares de diversas materias—, una cocinita con espacio para una mesa con dos sillas, un pequeño baño y la habitación principal, en la cual el sofá se convertía de noche en cama. Mi viejo piano ocupaba un buen espacio, mientras su amplio taburete pasaba a cumplir las tareas de mesita de noche. Era imprescindible un sillón para Roberto y algunos librereros que trajo de su casa. Ahí habitamos (no puedo decir que vivimos) durante algunos meses, hasta que pudimos mudarnos a un apartamento de tres cuartos al fondo del tercer piso del Edificio *Lourdes*, en la calle H, entre 21 y 23; es decir, a unos cien metros de mi lugar de nacimiento y vida hasta entonces. Medio siglo después, aún vivimos en ese edificio, en un local mayor, con nuestra familia que cuenta, por ahora, con tres generaciones.

La Antibienal

La política de la España franquista se hizo sentir en nuestro país de varios modos. En la esfera cultural, hubo varios intentos de participar en las actividades de la Isla. Los intelectuales cubanos hicieron frustrar en gran medida tales intentos. Así, en 1949, un grupo de jóvenes (entre otros, Tomás Gutiérrez Alea [*Titón*], Lisandro Otero —que lograron escapar de la represalia policial—, Antonio Núñez Jiménez, Roberto, que fueron apresados, encarcelados y sometidos a un prolongado juicio) hizo fracasar una proyectada lectura de poemas de algunos

poetas venidos oficialmente de España. En 1953, meses después del golpe militar de Batista, Franco envió una bienal de artes plásticas para exponer, con la supuesta participación de los cubanos, como muestra inicial de un proyectado periplo por los países latinoamericanos. Salvo algún caso aislado, los artistas cubanos destacados se negaron a participar, organizaron una magna exposición alejada de la oficial y alertaron a sus congéneres latinoamericanos del intento de recorrido oficial. La gran exposición cubana se celebró en enero de 1954 en honor a Martí, en los salones del *Lyceum* (Calzada y 8) y llegó a ser conocida como “la Antibienal”.

Cuando esta se estaba organizando, recibí una llamada del pintor Mariano, citándome para una reunión. En esos momentos yo era una recién graduada de la facultad universitaria, con una tesis sobre “Lo nacional y lo internacional en la pintura cubana”, la cual terminaba mencionando la exposición de Los Once, abierta en La Rampa. Asistí, por supuesto, a la convocatoria de Mariano, y me personé en el *Lyceum*. Allí me recibieron, sentados en el diván a la derecha de la entrada, tres personas: Mariano, el escultor Lozano, y Marta Arjona, la ceramista y escultora. A nuestro derredor, otros artistas y empleados estaban atareados trasladando cuadros, esculturas, cerámicas. Mariano, que sabía que yo no había asistido a la Bienal oficial para nada, me pidió que realizara una visita dirigida a la muestra que allí estaban organizando. Así, yo recibía lo que sería la primera solicitud para una labor pública. Con gusto (y cierto temor) acepté. Pasé entonces varias sesiones estudiando la exposición. El *Lyceum* tenía una excelente galería que durante años había acogido lo más novedoso e interesante de las manifestaciones de las artes plásticas cubanas y algunas de otros países. Pero para esta muestra habían acudido cuarenta y dos artistas de tres generaciones. Citaré solo algunos: había obras de Víctor Manuel y Pogolotti, entre los fundadores; de Amelia Peláez, Mariano, Portocarreiro, Lozano, Martínez Pedro, Cundo Bermúdez, Mario Carreño, Felipe Orlando, Sandú Darié, Arche, Ravenet, Arjona (la generación más activa y de mayor participación en la época); Raúl Martínez, Agustín Cárdenas, Hugo Consuegra, Guido Llinás, Antonio Vidal, entre los jóvenes abstractos. La curaduría no

obedeció a un criterio generacional, sino que las piezas se ubicaron según la armonía de formas entre las obras.

Para la visita dirigida organicé el recorrido según las rutas disponibles, con inicio en el local de la galería y la culminación en el amplio espacio de la sala de conferencias. El público (al principio se me hizo difícil realizar lo que tenía preparado) se movía con libertad entre las piezas, en las cuales armonizaba la figuración con la abstracción, innovadora en ese momento. Por último, debo apuntar que no solo la llamada Antibienal tuvo un gran éxito de público y de crítica, sino que también fracasó el intento de hacer circular la Bienal por otros países, cuyos artistas, alertados por los cubanos (en especial recuerdo la labor de Mariano), también se negaron a acoger la exposición franquista, frustrando así su proyectado recorrido.

Por esa época tuve participación en otro evento público. Desde hacía años se estaba vulnerando lo que había sido un importante concurso para determinar el magno monumento a José Martí que comprendería no solo una figura escultórica, sino también una construcción con espacios para biblioteca, actos alusivos al Apóstol, etcétera. El proyecto triunfador en el concurso de 1941 fue el presentado por el escultor Juan José Sicre y el arquitecto Aquiles Maza, pero no acababa de convertirse en realidad durante años. Después del golpe de Estado de Batista en 1952, se reverdeció el proyecto general de la llamada Plaza Cívica, donde iría el monumento pero con una bochornosa variante: se haría caso omiso del concurso y se le otorgaba la ejecución a los concursantes que habían quedado en el tercer y último lugar del mismo: se trataba de un equipo presidido por el arquitecto Enrique Luis Varela. No recuerdo bien los detalles de las protestas que generó tal iniciativa por parte del Colegio de Arquitectos y muchos otros intelectuales, pero sé que acudí a un programa de televisión en el que un panel de jóvenes arquitectos protestaba por tal proyecto.

Yo formaba parte de ese panel como historiadora del arte. Todos esgrimimos diversos argumentos a favor de que se respetara el concurso que otorgaba al proyecto de Maza y Sicre el lugar indiscutible de preeminencia. Como no se sabía bien cuál sería la reacción oficial ante tal intervención televisada, fui-

mos en grupo. Roberto me acompañó y los panelistas nos separamos calladamente después de haber expuesto nuestro rechazo a la vulneración del veredicto original. Desafortunadamente, algún tiempo después comprobamos que Sicre había claudicado: abandonó a su compañero de proyecto y aceptó colocar su escultura frente al proyecto arquitectónico del arquitecto Varela, proyecto considerado, con razón, similar al diseño de una torre que anunciaba un *whisky* estadounidense. Apoyado por los mandos oficiales del momento, avanzó la construcción del monumento. Desde el punto de vista de la armonía, esta conjunción es poco favorable al constituir dos elementos verticales en lugar del proyecto original, en el cual las horizontales proyectadas por Maza servían de contrapunto a la verticalidad de la figura escultórica. Creo que el público rápidamente se dio cuenta de tal incongruencia, bautizando el conjunto como “la Raspadura”.

Otras universidades

En realidad, antes de entrar en la Universidad de La Habana tuve un primer contacto, no con el mundo universitario propiamente dicho, sino con una escuela de verano en una universidad. En el verano en que terminé el bachillerato, mi abuelo mandó un dinero con el que mi mamá y yo fuimos a Nueva York. Allí ella alquiló un cuarto en una casa que acogía a estudiantes de la cercana Universidad de Columbia. Era un barrio precioso, que tenía a Riverside Drive como arteria principal. Matriculé la asignatura de Inglés Avanzado, y compré, en una tienda vecina a la Universidad, un diccionario de uso, requisito reglamentario para el curso. Yo era una de los dos participantes que no era estadounidense. La otra alumna extranjera era oriental, nunca supe si china o japonesa; nunca la oí hablar y se pasaba las dos horas de clase escribiendo en su idioma lo que parecían ser unas interminables cartas. Como era un verano muy cercano al fin de la Segunda Guerra Mundial, habían matriculado varios jóvenes que se habían

acogido al llamado *G.I. Bill of Rights*, que daba a los que habían participado en el servicio militar cierta ayuda para retomar sus estudios. Lo primero que aprendí fue a saber manejar correcta y rápidamente un diccionario. Le cogí verdadero aprecio a esos gruesos volúmenes que me han ayudado tanto desde entonces. Por eso siempre he estado muy en sintonía con la preciosa canción de María Elena Walsh, *Pequeño Larousse Ilustrado*.

La otra cosa que aprendí fue la de atender al constante uso cambiante de los modismos y frases populares que matizan un idioma. La oriental se sentaba a mi izquierda, siempre silenciosa, escribiendo sus documentos. A mi derecha se ubicaba un joven exsoldado que se estaba preparando para ocupar una beca que había ganado en una prestigiosa universidad inglesa; por supuesto, hablaba un inglés muy de moda en los Estados Unidos, usando algunos giros que me eran desconocidos y que tenía que deducir por el contexto general de la frase. Un día nos fascinó la labor incesante de la china/japonesa y nos quedamos mirándola durante los cinco minutos del receso. Entonces el joven, muerto de risa y señalándola discretamente, me comentó: “Isn’t she a hot potato?”. Así aprendí que la papa caliente no era solo para comer.

La experiencia mayor de esas semanas la experimenté cuando fui con mi mamá al teatro a ver una obra muy ponderada en la prensa. Yo no estaba enterada de nada sobre el autor ni los actores, simplemente me senté con mi mamá en una de las últimas filas del lugar. De buenas a primeras, me sorprendió un grito del escenario cuando un joven actor llamaba solariegamente: “¡Stella! ¡Stella!”. Por supuesto, estábamos asistiendo al debut de Marlon Brando en *Un tranvía llamado deseo*. El papel de Blanche DuBois lo interpretaba magistralmente Jessica Tandy, quien décadas después protagonizaría, también magistralmente con el actor Morgan Freeman, el filme *Driving Miss Daisy*. Pero en la época en que creó en teatro el protagónico de la pieza de Tennessee Williams, los productores consideraron que necesitaban un nombre muy conocido para encabezar el elenco cuando llevaron la pieza al cine. Contrataron a Brando y a la actriz que hacía de Stella (jóvenes populares solo en el

ámbito teatral), pero le asignaron el estelar a Vivien Leigh, internacionalmente famosa ya por sus papeles en grandes producciones filmicas como *Lo que el viento se llevó*. Sea como fuere, no he olvidado esa puesta del *Tranvía* ni las actuaciones de los estelares.

En 1955, tres años después de terminar nuestros estudios en la Universidad de La Habana, le llegó a Roberto, retrasada, la beca que le correspondía por haber sido el mejor expediente como alumno universitario. Ya para entonces había obtenido, por concurso-oposición, la cátedra universitaria de Filología Clásica y Lingüística y tenía, además, trabajo en una prestigiosa escuela de La Víbora, su barrio querido. Ante la oportunidad de poder seguir el curso del afamado profesor André Martinet en la Sorbona, pidió licencias sin sueldo y se preparó para el inicial viaje a París. Yo hice otro tanto, en cuanto a las licencias, y así partimos los dos, con una magra beca para uno. Fuimos a Francia vía España, aunque repugnábamos a Franco, porque era dudoso el otorgamiento de visa por los Estados Unidos, entonces bajo el macartismo. Llegamos a inicios del mes de agosto y en Madrid nos esperaba el gran amigo de Roberto, Pablito Hernández Balaguer, quien estudiaba música.

Pocos días después, a las once de la mañana del domingo, entramos en la nave central de Notre Dame, en el momento preciso en que el gran órgano barroco rompía a tocar. Ya una oficina de orientación a alumnos nos había situado en una residencia de estudiantes llamada *Cercle Concordia*, a unas cuardas de la Sorbona, en el viejo Barrio Latino, que aún hoy es para mí la esencia misma de París. Aprendimos rápidamente que al Boulevard Saint Michel se le llamaba Boul Mich; que el metro era el método rápido y económico para moverse en la ciudad y descubrimos los baratos restaurantes universitarios, donde las bandejas de comida eran pobres pero se podía coger todo el pan que uno quisiera.

Un día, Roberto encontró un gusano en la ensalada: fue a reclamar a la vieja que servía detrás de un mostrador. Ella miró atentamente la bandeja y, como conclusión, le dijo: “Pero, señor, está bien muerto”. Ante ese terminante veredicto, solo había

que asentar; efectivamente el gusano estaba muerto, no había nada que hacer sino regresar al puesto y seguir comiendo.

Ya habíamos matriculado en la Alianza Francesa, donde nos ubicaron en el cursillo superior de Conversación, y, en espera de que terminara agosto, nos dispusimos a conocer París y Chartres, con una excelente Guía que Roberto analizaba todas las noches para organizar el recorrido —a pie— del día siguiente. En la Alianza se organizó, al final del curso, una excursión de fin de semana a los castillos del Loira, donde vimos, entre otros, a Chambord y, sobre todo, la noche final, el magnífico espectáculo de “Sonido y luz” (*Son et Lumière*) visto del otro lado del río. Siempre he pensado, por ese recuerdo imborrable, que en La Habana pudiera hacerse algo semejante con el complejo Morro-Cabaña, visto del otro lado de la bahía, en la explanada del Castillo de La Punta.

A inicios de septiembre, siempre con las orientaciones de las oficinas estudiantiles y las guías que Roberto estudiaba, partimos hacia Italia. La noche antes, nuestro amigo Ricardo Vigón nos recomendó insistentemente que fuéramos a ver *La Strada* en la cinemateca universitaria. Sacamos unos billetes en la tercera clase de los trenes, que se volvían más baratos mientras más kilómetros se recorrieran. Dormíamos en albergues que aceptaban estudiantes por un precio muy módico. En Milán nos tocó estar en un convento; en Venecia, en un hogar humilde, con almohadas de paja y el triciclo del niño colgado encima del inodoro. En Florencia fuimos muy elegantes: el albergue estudiantil estaba en la Villa Fabricotti, en las afueras de la ciudad, que había pertenecido a un enriquecido fascista; como estaba lejos de la zona histórica, a la hora del desayuno pedíamos el almuerzo en una jabita de papel llamada *cestini* (un pedazo de pan con queso o jamón, una fruta y una botellita) que comíamos donde nos cogiera la hora, en un jardín o parque. En Roma fuimos a parar a una casa que se llamaba *Domus Mea*, bastante amplia pero sin ducha ni bañera. Si queríamos bañarnos y no solo lavarnos en el lavabo de la habitación, teníamos que ir a la gran Estación Terminal donde, por unas cuantas liras, accedíamos a una bañera, con toalla y jaboncito incluidos. En Nápoles, en cambio, nos

dirigieron a una casa repleta de familiares, donde no teníamos un cuarto, sino dos catres separados (a mí me tocó en el comedor). A la hora del desayuno, apareció el anciano abuelo, que nos preguntó de dónde éramos. Como ya estábamos acostumbrados a esa pregunta, habíamos llegado a responder con una mentira: si decíamos que éramos de Cuba, nadie parecía saber dónde quedaba ese país; entonces probamos con responder “de América”, pero eso era fatal porque entendían que éramos de los Estados Unidos, por consiguiente, ricos, y nos pedían más dinero. Decidimos entonces responder que éramos de España, puesto que hablábamos español. Pero al darle esa respuesta al abuelo, que parecía vivir en el pasado, este nos respondió, sonriente: “Sí, fascistas, como nosotros”.

Ya habíamos sacado pasaje en un barquito que iba al Pireo, puerto de Atenas. Con el carnet de alumnos de la Alianza, teníamos derecho a un treinta por ciento de rebaja. Pero al seguir leyendo el aviso sobre el mostrador de la agencia de viajes, leí que a los profesores les daban un cuarenta por ciento: rápidamente cambiamos los documentos y sacamos los de profesores de la Universidad de La Habana (a los sacerdotes les daban el cincuenta por ciento.) Para embarcar, seguimos en tren hasta Brindisi, en la punta misma de la bota italiana. Recuerdo, por razones obvias, que el barco se llamaba *Princesa Adelaida*. Nos tocaba pasar la noche de travesía en dos camarotes separados: uno con seis literas para mujeres, otro con igual disposición para hombres. Al entrar en el que me correspondía, traté de abrir la ventana redonda que tenía, por el calor que sentía. Pasó un marinero, me vio y me dijo, en italiano que ya yo más o menos entendía: “Si logra abrirla, nos hundimos, porque aquí estamos bajo el nivel del mar”. La travesía me fue horrible, pues soy pésima en el mar, me mareaba y pasaba todo el tiempo vomitando en cubierta, hasta en el histórico Istmo de Corinto, que había estudiado en las clases de Griego.

Grecia fue la culminación de ese viaje en el que tantas clases universitarias se convirtieron en realidades vividas. Pasear por las plazas italianas, por el Coliseo romano, frente al David florentino de Miguel Ángel; entrar en museos donde lo que habíamos visto en diapositivas devenía realidad; escuchar desde lo

alto del anfiteatro de Epidauros el rasgar de un fósforo en el escenario allá en los bajos; en fin, experiencias inolvidables.

Nos tuvimos que separar al recibir un cable de la Dra. Novoa, comunicándome que debía regresar inmediatamente a incorporarme a la plaza que había obtenido por concurso en el Departamento de Historia del Arte. El que había quedado en segundo lugar estaba reclamando, apoyado por el Dr. Mario Rodríguez Alemán, la plaza que consideraba vacante. Así regresamos a París un fin de semana, con veinte dólares entre los dos. No se podía cobrar la mesada correspondiente hasta el lunes. Dividimos el tesoro. Roberto consiguió una habitación en la Casa *Cuba* de la Ciudad Universitaria, para luego inscribirse en el curso de Martinet, y yo tomé un avión hacia La Habana.

Al año siguiente, a través del British Council, obtuvimos plazas en el cursillo intensivo de verano de la Universidad de Londres: nos preparamos para nuestro segundo viaje a Europa. El curso se celebraba en unos amplios edificios cerca de Nottingham Hill, lugar que nos sonaba familiar por la conocida novela de Chesterton. Recibíamos clases toda la mañana y parte de la tarde. A la noche solía venir un conferencista invitado que impartía una clase sobre su especialidad. Recuerdo que un día, al entrar en el comedor para la cena, fuimos invitados a pasar al *High Table*, mesa reservada para el director, los profesores y el invitado. Esa noche era Stephen Spender, y obviamente fuimos invitados por conocerse que Roberto era poeta y ensayista. No recuerdo haber hablado una sola palabra con Spender, pero su intervención fue ciertamente enriquecedora.

Hicimos amistad con dos alumnos universitarios franceses, con los cuales solíamos ir los fines de semana a comer pastas en restaurantes italianos vecinos, para resarcirnos de la monótona comida de la Universidad (basada en la ya familiar papa hervida). En un fin de semana fuimos llevados en una excursión hasta Oxford, donde tomamos el té un tanto por cortesía, ya que extrañábamos el café criollo. Otro fin de semana Roberto y yo, por incitación de Felipe Orlando desde México, nos aventuramos a visitar al afamado Henry Moore.

Creo que quizás nos recibió porque pensó que éramos coleccionistas de América. Nos enseñó sus monumentales esculturas que en la época se centraban en el tema que titulaba “Rey y Reina”.

Al finalizar el cursillo, fuimos a pasar algunos días en Holanda (donde fotografiamos en Rotterdam unos relieves de Moore que él nos dijo no había visto colocados y luego le mandamos las fotos) para ver los Rembrandt. Luego pasamos a Amberes, donde vivían mi tío Julio y su hija Diana, y un amigo de escuela de Roberto llamado Simón Boris Essig. Se habían conocido en la adolescencia, en el bachillerato de La Víbora. Los padres de Simón había tenido que huir de las matanzas de judíos del nazismo. Una vez terminada la guerra, regresaron a su hogar en Bélgica. Como estaban veraneando, Simón nos acogió en el cuarto de sus padres en su lindo apartamento. Con Diana hicimos un cuarteto que recorrió los puntos más interesantes de la ciudad. Una noche, a instancias nuestra, fuimos a ver una vieja película de Laurel y Hardy, el clásico dúo del Gordo y el Flaco. Apenas podíamos ver sus caras pues, al ser Amberes una ciudad bilingüe, la traducción de los diálogos era en francés y en valón, con lo cual el rostro de los actores quedaba casi cubierto de texto. Sin embargo, la noche inolvidable transcurrió en la sala del apartamento de los Essig. Simón nos instó a que oyéramos una grabación de la *Pasión según San Mateo* de Bach, y caminando cada vez más agitadamente por la habitación, nos fue traduciendo el texto del alemán al español. Roberto y yo compartimos la emoción que transmitía la música y la propia de nuestro amigo. Así estuvimos hasta las tres de la madrugada.

El final de este viaje fue, por supuesto, en París. Durante unas horas, compartimos de nuevo los recuerdos del Boul Mich, fuimos una vez más a Nôtre Dame y reencontramos las eternas viejas que cobraban las sillas del Parque de Luxemburgo. Creo recordar que fue en esta breve estancia cuando Roberto encontró, en una tiendecita al borde del Sena (uno de los eternos *bouquinistes*), y compró por unos cuantos francos, un mapa de Cuba del siglo *¿xviii?* Ese mapa aún nos acompaña en El Vedado.

En 1957, la Universidad de La Habana se había visto obligada a cerrar sus puertas por la dictadura batistiana. Quedábamos, pues, sin alumnos y sin clases que impartir. Roberto recibió una comunicación que le enviaba el Dr. José Juan Arrom, profesor de Literatura en la Universidad de Yale, pidiéndole que ocupara su plaza mientras él disfrutaba de su año sabático. Pedimos licencias sin sueldo y nos preparamos para cumplir con las nuevas tareas.

Roberto llegó a ser un brillante profesor en Yale, y recibió, al final del curso, una oferta para cubrir una plaza en la Universidad de Columbia en Nueva York. Yo le di a leer mi tesis dirigida por el Dr. Soto al director del Departamento de Arte de Yale, el prestigioso Dr. George Kubler, con la esperanza de que me admitiera en uno de sus cursos. Una semana después, devolviéndome la tesis ya leída, me explicó que las becas habían sido cubiertas hacía meses y que una matrícula costaba más de mil dólares, que por supuesto yo no tenía. Kubler entonces me ofreció participar en un seminario suyo de postgrado, sin cumplir los requisitos de una matrícula oficial. Por supuesto, acepté y me dispuse a asistir a su despacho, para el inicio del seminario, a las dos de la tarde del próximo lunes. Me encontré que solo éramos dos participantes: Meg, una profesora de pregrado que estaba trabajando para su doctorado, y yo. Kubler nos dio la bienvenida, unas tarjetas que nos facilitaban el acceso libre a la biblioteca especializada de la Facultad de Arte y a la espléndida Biblioteca *Sterling* de la Universidad que constaba de siete pisos. Procedió entonces a leernos un listado de temas sobre arte precolombino mesoamericano (tema central del seminario) y a explicarnos que ese listado contenía los temas que debíamos exponer semanalmente y de forma alterna. Meg y yo nos dimos cuenta de que eso implicaba una sesión quincenal para cada una de nosotras. Con esa lectura del listado, Kubler se despidió y empezó uno de los períodos de más intenso estudio por mi parte.

No he podido olvidar que el tema inicial que me tocó se refería a la arquitectura de la meseta mexicana. Para prepararlo devoré el grueso volumen de Diego Angulo Íñiguez. El lunes siguiente presenté el tema durante una hora y media. El Dr.

Kubler entonces habló durante la media hora restante, comentando y, sobre todo, señalando algunos puntos que pudieron ser ampliados o tocados de otra forma en mi exposición. Así prosiguió el curso hasta que una semana encontré en las bibliotecas a las cuales tenía acceso que solo había un libro sobre el tema que me tocaba desarrollar y que estaba escrito en alemán, idioma que he ignorado insistentemente durante toda mi vida. Lo tomé y me dirigí al despacho de Kubler para pedirle me cambiara el tema. Me lo encontré sentado a su mesa, con una expresión alborozada en su rostro. Me instó a que me acercara para mostrarme la maravilla que acababa de recibir de Sevilla. Se trataba del facsimilar de un manuscrito en náhuatl del siglo xvi y ya había empezado a organizar su trabajo. Al poco rato, yo —siempre con mi librito de alemán bajo el brazo— me atreví a comentarle que no sabía que él conociera el náhuatl. Sorprendido, me respondió que lo ignoraba, pero que era como con cualquier otro idioma: se tenía el texto, se trabajaba con un diccionario y una gramática. Ante esa respuesta, salí rápidamente del despacho para conseguir un diccionario y una gramática alemanes, y disponerme a descifrar el texto que necesitaba. Dos semanas después, presenté lo que creo fue mi peor intervención del curso; pero había cumplido con mi obligación (sigo ignorando profundamente el idioma alemán). Debo reconocer que fue una de las lecciones que me dio Kubler. Como todo verdadero maestro, también se aprendía de él fuera del horario obligado de clase, en el contacto diario con su sabiduría.

La universidad de Yale está situada en el poblado de New Haven, que tenía, además de la universidad y sus instalaciones, dos atractivos para mí. En primer lugar, estaba cerca en tren de Nueva York y, además, los miércoles eran *Ladies Day*, lo cual se traducía en que, siempre que regresara el mismo día, el asiento me costaba la mitad. Así recorrí museos y bibliotecas (sobre todo la gran Biblioteca Pública de 5ta. y 42) y sacaba reservaciones para teatros y conciertos, que Roberto había calculado con meses de anticipación para que nos fueran más económicos cuando lográbamos pasar un fin de semana allí.

En segundo lugar, en New Haven funcionaba un teatro llamado *Schubert*, donde se prestrenaban obras cuya meta era

un teatro newyorkino, en Broadway. Así, pudimos asistir a muchas funciones, por un costo económico, de algunas obras que llegaron luego a ser un éxito en Nueva York, y también a otras que no lo lograban. Entre ellas, recuerdo una, basada en una novela de Thomas Wolfe, con la actuación de Anthony Perkins (esa se quedó en el camino). Entre las que luego triunfaron en Nueva York, vimos una buena actuación de Walter Pidgeon, a quien conocíamos por el cine. Pero el punto culminante que nos deparó el *Schubert* fue la puesta de la obra más reciente de Dürrenmatt, *La visita de la vieja dama*, con Alfred Lunt y Lynn Fontanne en los papeles protagónicos. Ya avanzados en años, conservaban un dominio absoluto de sus actuaciones; ella pasaba casi todo el tiempo sentada en escena, lo cual no impedía que su magnífica voz se proyectara por toda la sala. Por su parte, Lunt tuvo un momento en particular en el cual hizo una suerte de pirueta que lo dejó de espaldas al público: fue tan expresivo el gesto, tan heredero de la belleza de los movimientos de la tradicional *Commedia dell'Arte*, que se me ha quedado grabado a lo largo de los años.

También recuerdo dos obras que vimos en Nueva York. En un pequeño teatrico *off-Broadway*, fuimos a una magnífica puesta de *La ópera de tres peniques*. Desde entonces, de modo a veces casi mágico, la música de Kurt Weill nos acompaña. Años después, recorriendo las galerías de un museo en una ciudad francesa donde exhibían una muestra de pintura expresionista alemana, escuchamos la inconfundible voz de Lotte Lenya entonando la canción *Mack the Knife* y el resto de la partitura de la ópera. La otra obra que recuerdo particularmente fue *West Side Story*, dirigida por su autor, Leonard Bernstein. La pieza, con su elenco original, tuvo una larga temporada en Broadway, siempre a teatro lleno. Con una versión actualizada y una magnífica partitura, la perdurable historia de Romeo y Julieta cobraba vida como si fueran, como de hecho lo son, personajes que forman parte de nuestra cotidianidad. El elenco era magnífico y la ovación tributada a su autor-director bien merecida. Años más tarde, en una conversación con Portocarrero en su casa de El Vedado, nos dimos cuenta de que habíamos coincidi-

do, sin saberlo, con Porto y Milián en el mismo teatro, el mismo año, el mismo mes, ¿el mismo día?

Muy distinta fue mi asistencia a l'École du Louvre, donde seguí un breve pero intenso curso sobre el Gótico en l'Île de France. La profesora era erudita y daba la impresión de estar bastante aburrida mientras hablaba con una catarata de fechas y datos librescos.

El curso tenía a su favor el poder moverse entre los originales aún existentes en París y sus museos. El examen final constó de tres diapositivas proyectadas durante un minuto o algo así; si el alumnado no lograba identificarlas de inmediato, no podía contestar las interrogantes subsiguientes sobre la obra mostrada. A pesar de las décadas pasadas, aún recuerdo las obras sobre las cuales respondí: la planta de la Catedral de Reims, una escultura del pórtico oeste de la Catedral de Amiens y un detalle de la pieza emblemática de Cluny. El hecho de que aún recuerde esas piezas creo que prueba que de algún modo la enseñanza fue perdurable.

Pero me sirvió para evitar tales métodos en mi labor docente y preferir aquellos que había aprendido en el departamento habanero y la universidad norteña.

Los de Orígenes

Durante la década de 1950, y por razones diversas, el núcleo de nuestras amistades sufrió algunos cambios: conservamos algunos amigos de la infancia y la adolescencia (que integrarían luego parte de la célula insurreccional contra la dictadura batistiana que encabezaba Roberto) y, sobre todo, entramos en nuevos círculos. Entre estos sobresale el conocido como “el Grupo *Orígenes*”. Como Roberto ha escrito memorables poemas sobre varios de estos amigos, me siento provocada a rememorar unos pocos incidentes que recuerdo de la casa de Cintio y Fina en Santos Suárez, frente al parque Mendoza, que compartían con los padres de Cintio. Para subir al piso

alto donde vivían nuestros amigos con su hijo mayor, había que pasar por la mesa del comedor, donde invariablemente veíamos a Medardo, el erudito padre de Cintio, escribiendo notas en una libreta.

Eliseo y Bella vivían en un apartamento en El Vedado, cerca de un lindo parque, por la calle 13. El primer día que los visitamos, Bella me llevó al cuarto de los niños, donde vi las tres cunas en las que dormían los jimaguas y Rapi, el mayor, con quien, pocos años después, Roberto iría a cazar lagartijas en el parque. En esas casas solíamos reunirnos con Agustín Pi, Dinorah y Octavio Smith los domingos por la tarde-noche, hasta que los Diego se mudaron a Villa Berta, en Arroyo Naranjo. Ya para entonces se añadieron a los juegos nuestras hijas y los de Agustín y Dinorah, quienes establecieron con los niños “de Arroyo” una amistad que, para algunos de ellos, dura hasta hoy día.

La música formaba parte importante de algunas de nuestras reuniones. Josefina, la madre de “los Marruz”, era una notable pianista y directora musical; no resulta extraño que en algunos días la música dominara las horas de reunión. Recuerdo especialmente una noche (no sé en qué casa era) en la cual coincidieron, en un improvisado concierto, al piano Josefina y su hijo mayor, el notable Felipe Dulzaides, Cintio con su violín y Sergio García Marruz, cuya voz entonaba armoniosamente las canciones tradicionales y nuevas. Otras veces compartíamos los más recientes discos de música, especialmente los de Chevalier.

Algún tiempo después, Agustín, quien vivía en El Vedado, solía visitarnos en H los domingos por la mañana. Uno de esos días, Roberto estaba furioso con alguien, no recuerdo quién, y estuvo largo rato denunciándolo y amenazando con lo que haría si volvía a encontrarse con esa persona. Agustín y yo escuchábamos en silencio hasta que la catarata furiosa se agotó. En el silencio que sobrevino, Agustín, muy serio, me dijo: “Adelaida, tilo para el tigre”. Con lo cual, por supuesto, todo se diluyó en fuertes carcajadas.

Una vez al mes, en los días próximos al cobro, íbamos con Lezama a cenar en el *Cantón*, un restaurante chino en el que

había dos menús: uno de noventa centavos y el de más lujo, que costaba un peso. Naturalmente esto no era suficiente para Lezama, quien llegaba feliz con un cartucho lleno de empanadas, que engullía antes de lo chino. Recuerdo a Lezama sonriente; sus conversaciones con Roberto eran, por supuesto, de mayor seriedad, pero mi recuerdo más fuerte me remite a su risa, a través del jadeo del asma y el eterno tabaco. Cuando nació nuestra primera hija, Lezama se presentó en nuestra casa con su regalo, una linda “cucharita de paladeo”, que servía para las primeras comidas de la criatura. Unos años después, de nuevo de visita en la casa, y por excepción, Teresa, que tendría unos tres años, trajo su silloncito a la sala y se quedó tranquila oyendo a ese “señor gordo”.

Cuando Lezama terminó la parrafada que había pronunciado, la niña lo miró y, muy seria, le dijo: “Más”. Lezama, imperturbable, cogió aire y empezó una nueva parrafada.

En algunas ocasiones nos uníamos al grupo que iba a Bauta a visitar al padre Gaztelu. Él era todo un personaje en el pueblo: se unía al secretario (creo que comunista) del Sindicato de los trabajadores de la Textilera que funcionaba allí para reclamar los derechos de los trabajadores. Por eso, cuando se estrenó el filme italiano *Don Camilo*, que presentaba un dúo similar, Gaztelu la encontró “muy natural”. En su iglesia de Bauta habían trabajado Mariano y Portocarrero, con pinturas maravillosas; no recuerdo si también lo hizo el escultor Lozano. Sí recuerdo un Cristo magnífico que hizo después, en la iglesia de Baracoa, junto a unas cerámicas de Portocarrero.

La Revolución

Enero de 1959 abrió una nueva etapa en nuestras vidas. En abril nació Teresa, nuestra hija mayor: ya para entonces Roberto se había integrado totalmente al proceso revolucionario y renunciado al contrato de la Universidad de Columbia, para retomar la cátedra que había ganado en la Universidad de La Habana y cuanta tarea era necesaria para el proceso revolucionario. Yo también me reintegré a mis tareas docentes en el Departamento de Historia del Arte. A fines de año, nos preparamos para viajar a París, centro de las futuras actividades de Roberto como consejero cultural en la embajada cubana. Allí fue un año de intensas actividades, renunciadas constantes de viejos diplomáticos cubanos, relaciones nuevas para la joven Revolución.

Tuvimos una linda amistad con Claude Julien, entonces figura central del influyente periódico *Le Monde*, así como con otros residentes parisinos. Entre ellos, fue cálida la relación con el Encargado de Negocios de México, Octavio Paz, quien nos llevó en su carro (después supimos que era la primera vez que manejaba en carretera) a un lejano homenaje que se le ofrecía al poeta Ungaretti. Fue perdurable la relación que establecimos con Edouard Glissant, quien acababa de publicar *La lézarde*, y a quien nuestra pequeña Teresa llegó a llamar “Papá” (Roberto era su “Papi”). Años más tarde, nuestra hija Laidi lo visitaría, con Nancy Morejón, en su apartamento de Nueva York y Édu recordaría los días juveniles.

También iniciamos amistad con dos de los grandes pintores de la época: el cubano Wifredo Lam y el chileno Roberto Matta. Unos años después, en 1967, Lam organizaría el viaje a La Habana del vigésimo tercer Salón de Mayo parisino, en lo que sería su primera muestra en territorio americano. Uno de los

hechos más notables de este evento fue la ejecución del mural colectivo, llamado *El Mural*, o, más frecuentemente, *La gran espiral*. Se ha documentado que en París, Lam conversaba frecuentemente sobre un mural colectivo desde años atrás; concretamente he encontrado testimonio sobre esta idea suya a partir de 1958. Al estar en Cuba con los artistas y escritores nucleados alrededor del Salón de Mayo, tal iniciativa pudo cobrar realidad y se realizó en La Rampa habanera, en la noche de julio 17 de 1967, en una labor que duró hasta las primeras horas de la madrugada. El mural se concibió como una gigantesca espiral dividida en cien casillas, que habrían de corresponder a otros tantos artistas y escritores europeos y cubanos. La ejecución de la obra tuvo lugar cerca del Pabellón Cuba, sede del Salón. Ahí, en La Rampa, en espacio abierto, se colocaron, siguiendo las orientaciones de Lam, los andamios que permitieran la ejecución simultánea de los dibujos, manchas de color y textos del gigantesco lienzo. Las casillas ya venían numeradas en la espiral: el número 1, centro alrededor del cual giraba la espiral, correspondía, como era de esperarse, al propio Lam, quien allí pintó sus características formas romboidales, que después servirían para identificar la Bienal de La Habana. El emblemático número 26 se reservó para Fidel; es la única casilla que permanece en blanco. No recuerdo ahora qué número le tocó a Roberto.

El público se congregó en la calle; la algarabía llenó la noche; las bailarinas de Tropicana irrumpieron pasada la medianoche; los artistas y escritores encaramados en los andamios trabajaban fervorosamente; se oyó la música y no cesaron las canciones... hasta que llegó la madrugada y el último brochazo al lienzo... Entre los artistas cubanos que participaron recuerdo a Portocarrero, Fayad Jamís, Agustín Cárdenas, Mariano y, por supuesto, a Lam. El Mural se colocó en el Pabellón Cuba y posteriormente fue donado a la Casa de las Américas. Hoy en día integra los fondos del Museo Nacional de Cuba. Recuerdo la última vez que vi a Lam en La Habana. Ya en silla de ruedas, insistió en participar en una masiva manifestación de apoyo a la Revolución.

Matta se vinculó especialmente a la Casa de las Américas, cuyo vestíbulo tiene una obra que hiciera el pintor. Ya desde que lo conocimos en París, era exuberante e incesante en su entusiasmo y en su actividad creadora. Un día íbamos con él en su pequeño automóvil cuando divisó en la calle al conocido escultor Alexander Calder. Matta detuvo su carro para saludarlo y gritarle: “¡Calder, hay que apoyar a la Revolución Cubana!”. El escultor, bien entrado en tragos, le respondió: “¡Merde!”, y siguió su tambaleante camino. Matta persistió siempre en su entusiasta apoyo a nuestro proceso revolucionario. Poco después de nuestro conocimiento parisino, vino a La Habana por primera vez. Lo acompañé en una visita a la recién creada Escuela Nacional de Arte y quedé maravillada al presenciar cómo él tomaba en sus manos la paleta de un alumno y con un pincel creaba fabulosas figuras a partir de las manchas de pintura. Sus visitas se hicieron habituales, siempre desplegando una fervorosa actividad creadora y donando valiosas obras a la Casa.

En nuestro pequeño apartamento parisino de la Rue d’Ankara, aún hoy alquilado por nuestra embajada, Pablo Neruda dio lectura a su poemario dedicado a Cuba, *Canción de gesta* (que no recogió en una posterior colección). Ya de visita en La Habana, fue con Roberto a una entrevista con el Che. Era el 30 de diciembre de 1960 e inminente lo que sería conocido alternativamente como *Bay of Pigs* o, con mayor justicia, la victoria de Girón. Tras la conversación con el Che, Neruda, después de adquirir algunas cosas que se vendían a buen precio (como las botellas de whisky), decidió marcharse rápidamente de la Cuba amenazada “porque seré más útil desde fuera”. Confieso que admiro la grandeza de la creación poética del chileno, pero también debo confesar que el contacto personal que tuve con él (y Matilde) en París y luego en La Habana no fue grato.

Nuestro regreso a Cuba me fue bastante movido. Estaba embarazada de nuestra segunda hija (Laidi); el país estaba preparándose para la probable agresión; Roberto estaba movilizado y, como había comenzado el éxodo de los médicos, yo ignoraba quién me iba a atender en el esperado parto. Resultó ser un doctor joven que fue muy atento (después abandonó el país): la niña nació pocas semanas después de Girón y no sabíamos bien

dónde íbamos a poner la segunda cunita en nuestro pequeño apartamento. Algunos meses después, Roberto asistió a una reunión con Fidel, en el curso de la cual este elogió la oficina recién creada para atender los asuntos de la vivienda. Roberto entonces se animó a decirle al Comandante que esa oficina no funcionaba bien, porque él, con todos los derechos legales, llevaba meses reclamando un apartamento vacío en el mismo edificio donde vivíamos hace años, y tal oficina no daba sino absurdas excusas. Fidel le encargó a un ayudante que investigara “el caso” y actuara en consonancia. Una semana después pudimos colocar las dos cunas en una habitación que devino “de las niñas”, los libreros que crecían con el tiempo por todas partes y los pocos muebles que teníamos en el apartamento en cuestión.

Antes de que esto ocurriera, yo me inscribí en un cursillo de Brigadas de Primeros Auxilios que se organizó en la Universidad. Las clases, que eran nocturnas, estaban fundamentalmente a cargo del prestigioso Dr. Presno, auxiliado por otros médicos, y se impartían en un anfiteatro del Hospital *Calixto García*. Realmente me interesaron mucho y aprendí algunas cosas que aún recuerdo. Cuando llegó el momento de tratar el tema del auxilio en camillas, empezaron a proyectar algunos filmes sobre el tema, casi todos provenientes del ejército norteamericano y bastante antiguos, a juzgar por las vestimentas usadas. Como ese capítulo del curso consistía solo en sentarse cómodamente a ver la pantalla y tomar notas, una noche decidí ir con un vestido bastante ajustado y con mis habituales zapatos de tacones. Cuando llegué al anfiteatro, me lo encontré cerrado y con un letrado dirigiendo al alumnado del curso hacia los terrenos abiertos del estadio universitario. Allí fui y me encontré que esa noche íbamos a poner en práctica lo aprendido en los filmes. Me dirigí al Doctor y le pedí permiso para ir un momento a mi casa para cambiarme de ropa y sobre todo de zapatos. Me respondió sin ambages que si yo pensaba tener tiempo para vestirme adecuadamente en un momento en que se hacía imprescindible mi actuación como auxiliar de enfermería. De modo que no me quedó más remedio que incorporarme, elegantemente vestida, a un equipo que

constaba de cuatro personas para sostener la camilla y una infeliz que le tocó hacer de herida acostada (con la cabeza sostenida por las manos como medida de precaución). Todavía recuerdo cómo pasar una camilla cargada a través de un tupido seto de arbustos. Por supuesto, mi indumentaria quedó bastante lastimada por la experiencia.

El nacimiento de Laidi en los días iniciales de mayo, 1961, me impidió asistir a las primeras reuniones de los intelectuales con Fidel y la dirigencia revolucionaria del momento, en el teatro de la Biblioteca Nacional. Solo pude acudir a la última, seguramente la de mayor trascendencia, cuando intervino Fidel y pronunció su famosa frase “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada”. Unos meses después, se procedió a la fundación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), presidida por Nicolás Guillén. Roberto devino el secretario coordinador y otros cargos de importancia fueron ocupados por Lisandro, Mariano y Juan Blanco. En la sección de crítica de artes plásticas estábamos Rosario Novoa, Graziella Pogolotti y yo. Algunos años después, cuando ya Mariano había pasado a cumplir una misión diplomática en la India y luego se ocupó de dirigir la Dirección de Arte de la Casa de las Américas, Carmelo fue designado para la dirección de arte y suprimió, por viejas rencillas, la subsección de crítica. Como Graziella y yo ya habíamos publicado sendos libros, fuimos acogidas por la sección de literatura; Rosario, quien nunca publicó un texto, quedó fuera de la UNEAC hasta su reorganización algunos años después.

Con el tiempo, la UNEAC ha devenido un elemento importante en el conocimiento y promoción de la cultura cubana. Periódicamente se organizaban importantes congresos, los cuales solían culminar con unas significativas palabras de Fidel. Su presencia en estas reuniones fue siempre provechosa e incitante en cuanto a las intervenciones que daban pie a sus palabras finales.

A mediados de 1961, ocurrió un hecho que recuerdo bastante bien. Un sábado por la mañana nos enteramos por los medios de difusión que al día siguiente se procedería al cambio de la moneda. Se aclaraba que los depósitos en los bancos no

sufrirían cambio alguno; el dinero que tuvieran los ciudadanos en mano sería cambiado hasta una cierta cantidad el domingo, durante todo el día, en oficinas habilitadas al respecto. Para nosotros, la noticia solo representaba que debíamos ocupar parte del domingo en cambiar el dinero que teníamos en la casa, por cierto una cantidad bastante menor que la permitida para el canje. Pero para aquellos que habían escondido y acumulado gran cantidad de dinero sin invertirlo ni guardarlo en una cuenta bancaria, la medida representaba la pérdida de una riqueza oculta quizás para desestabilizar la economía. Ese sábado por la noche, Roberto y yo decidimos llegarnos al Carmelo que estaba —está— en la esquina de nuestro hogar, por 23. Allí encontramos un espectáculo que parecía salido de un viejo filme del oeste. Los dos viejos capitanes del restaurante, Carlos y Rivas, estaban algo alterados atendiendo mesas que pedían incesantemente los platos más costosos, acompañados por variedad de bebidas y vinos europeos. Los estantes que habían adornado durante años las paredes laterales del Carmelo con elegantes botellas de bebidas exquisitas, se habían vaciado; no quedaba siquiera la finísima botella azul celeste que siempre se veía con el discreto nombre del licor *Marie Brizard*. Las grandes cajas de tabacos, con sus litografiadas habilitaciones, que siempre reposaron en los muebles adyacentes, también habían desaparecido. Todo lo que se podía comprar, todo lo que significaba gastar dinero, había sido vendido a personas que ni siquiera preguntaban el precio; lo importante era gastar un dinero que en pocas horas ya no podrían cambiar, ya no tendría valor. Pero el punto culminante de la noche nos la ofreció uno de los comensales al proceder, con ampulosos gestos, a encender su gran tabaco con un flamante billete de cien pesos.

Casa de las Américas

En 1965, Roberto pasó a dirigir la revista homónima de la Casa de las Américas. Esto lo puso en contacto directo con

quien sería una persona entrañable en su vida: Haydée Santamaría. A diferencia de un pequeño grupo de muchachas que ya llamaban a la directora *Yeyé* (Marcia Leiseca, Chiqui Salsamendi, creo que no fue el caso de Silvia Gil), Roberto siempre la trató de Haydée, aunque llegó a sentir por ella un cariño admirativo excepcional. Ella se convirtió en una de las personas que más influyeron en él y hacia la cual más respetuoso cariño sintió.

La revista, diseñada por Umberto Peña, devino no solo el órgano de la Casa, sino además un portavoz de lo mejor y más revolucionario del pensamiento latinoamericano. Ante cualquier duda, Roberto consultaba con Haydée, quien siempre le dio su confianza y su aliento. De vez en cuando, lo llamaba para preguntarle qué pasaba con la revista que no tenía ningún problema. Otro tanto ocurrió con Mariano y ambos fueron designados vicepresidentes de la Casa. Haydée convirtió a la Casa en un reservorio de lo más audaz y auténtico de la América Latina y el Caribe: impulsó siempre las actividades culturales que fueran portadoras del espíritu genuino de los pueblos de la América Latina, dándole voz a lo que solía permanecer silenciado. Con toda razón, el cubano Silvio Rodríguez llegó a sentenciar que la Casa, con Haydée, había sido el útero de la Nueva Trova. En los años en que todos los países latinoamericanos, salvo México, rompieron relaciones diplomáticas con la Cuba revolucionaria, la Casa mantuvo sus actividades culturales, en especial el premio literario convocado anualmente. El trayecto que estaban obligados a recorrer los jurados invitados para llegar a La Habana era bien fatigoso si fallaba la conexión con México: entonces debían ir de su país natal a Europa (generalmente a Praga) para entonces volar hasta La Habana. Después de finalizado el Premio, debían desandar el camino. Es decir, ir una vez a Europa desde la América Latina y otra vez el mismo viaje en sentido inverso.

Haydée acogió a varios notables intelectuales latinoamericanos obligados a exiliarse de sus países natales, que estaban bajo crueles tiranías. Tal fue el caso del guatemalteco Manuel Galich, que devino director del Departamento de Teatro de la Casa. Su relación con Haydée era de un respetuoso afecto entre

ambos. Galich, en las reuniones familiares en nuestra casa, era un invitado estelar, un cuentero con una gracia extraordinaria. Algunos de sus relatos aún integran nuestros recuerdos íntimos.

También formó parte importante de la Casa el uruguayo Mario Benedetti, quien se estableció en Cuba durante varios años. En la institución fue el fundador del Centro de Investigaciones Literarias (CIL) que, entre sus funciones, tiene a su cargo la organización del Premio literario. Con Luz y Mario tuvimos una linda amistad, que continuó más allá de su estancia de varios años en La Habana. Luego lo visitamos en su apartamento en Madrid, que recordaba curiosamente al que habían organizado durante su vida cubana. El último contacto directo que tuvimos con él (ya Luz no estaba) fue a través de nuestra hija Laidi. Ella estaba en la Feria del Libro de Montevideo para presentar un texto suyo allí editado. Por supuesto, una de las primeras cosas que hizo fue contactar a su admirado conocido desde la infancia, quien la recibió en su casa. Intercambiaron libros de sus autorías y conversaron sobre las amistades comunes. Mario le hizo una cariñosa dedicatoria en *Primavera con una esquina rota* y recordó con afecto sus estancias cubanas. Falleció poco tiempo después.

El salvadoreño Roque Dalton vivió algún tiempo en Cuba. Roberto había participado en el jurado que le otorgó Mención a su segundo libro de poemas en el Premio *Casa*. Tuvieron una fuerte relación amistosa durante algunos años, que se extendió a las familias respectivas. Con cierta frecuencia Roque, con Aída y sus tres hijos, compartían la cena en casa con nosotros y nuestras hijas. Aída aún tiene un hogar en La Habana y conversamos en las diversas actividades de la Casa a las que ella asiste.

Un grabador muy activo aportó sus conocimientos en la Dirección de Artes Plásticas de la Casa. Era el chileno Hugo Rivera, a quien tuvimos el placer de reencontrar en Santiago de Chile, cuando él y su familia pudieron regresar a su patria. Estaba muy ligado a las actividades de nuestra embajada allí, en remembranza de sus años laborando en la Casa.

La Dirección de Artes Plásticas que dirigía Mariano tenía una galería, llamada Latinoamericana, que realizaba periódicas muestras del arte de Nuestra América. Estas exposiciones tenían una doble importancia: por una parte, permitían una visión actualizada del arte de muchos países de la América Latina y el Caribe. Por otra parte, se estableció la costumbre de que los expositores dejaran al menos una pieza para constituir la Colección de Arte, que en la actualidad es de las más abarcadoras en el continente. En su inicial década, en la galería se expusieron obras de los ya clásicos Rivera, Siqueiros, Matta, Pettoruti; de los de cierto renombre como Homar, Berni, Saura, Botero, y nombres emergentes como Seguí, Soto, Obregón. También formaban parte de la colección los cubanos Mariano, Portocarrero, Martínez Pedro, Eiriz y Peña. (Como nota bibliográfica, recuerdo cómo, en 1977, publiqué *En la Galería Latinoamericana*, “libro que agrupa reseñas sobre algunas de las más importantes exposiciones que han tenido lugar desde 1965 en la Galería Latinoamericana”, e incluí, como muestrario, cerca de medio centenar de ilustraciones al texto).

Posteriormente, en 1984, la Casa abrió, en un edificio cercano por la calle G, la Galería *Haydée Santamaría*. Este local tuvo, paralela a la Latinoamericana, una actividad importante al albergar muestras que requerían un espacio de mayor amplitud. Desafortunadamente, la entrada del mar lastimó la construcción misma del edificio: la vida activa de la galería comprendió apenas una década. La Casa tiene, a partir de entonces, otro local en la calle 15, entre B y C, para su importante colección de artes populares. Esta Galería *Mariano* ha realizado importantes exposiciones; una de las más recientes ha sido la de obras de Martha Le Parc.

En la década de los años 60, Mariano me pidió que formara parte del jurado del Concurso de La Habana, que se dedicaba al grabado. Recuerdo que cuando ya el jurado estaba casi completo (y casi de acuerdo con respecto a los premios) llegó la persona que faltaba: Enrique Lihn, quien venía de Chile icon un paquete de grabados para concursar en su equipaje! No hubo mayores problemas, pues logramos adjudicar los premios

con la mayor equidad posible. Mariano decidió cambiar el Concurso la década siguiente, sustituyéndolo por los Encuentros de Plástica Latinoamericana. Una figura constante y activa en ellos fue el argentino Julio Le Parc, quien ya había hecho una sensacional exposición en el vasto salón del tercer piso de la Casa (hoy Sala *Che Guevara*), en la cual el público, entusiasmado, era invitado a participar activamente. Personas de todas las edades actuaban con avidez, lanzando pelotas a unas imágenes del Tío Sam, y columpiándose en unos artefactos que Le Parc había fabricado. Nuestras hijas Teresa y Laidi fueron a la muestra con su prima Laura, y aún recuerdan cómo hubo un pequeño apagón de las luces de la sala mientras ellas se estaban columpiando con entusiasmo. Pensaron, claro está, que formaba parte del entretenimiento. Esta exposición se insertaba en la etapa en que Le Parc, desde París, experimentaba con lo que se conocería como Arte Cinético que, además, se llevaba a la vía pública.

Le Parc formó parte permanente de los Encuentros, compartiendo con otros artistas y críticos latinoamericanos, y el grupo de cubanos, que contaba con pintores, grabadores, escultores, caricaturistas y críticos. Mariano nos dirigía con habilidad, escuchando los temas que se proponían, sugiriendo otros y haciéndose un tanto famoso por su insistencia en permanecer trabajando en la sala, con un breve receso para comer algo y tomar un refresco (creo recordar que él lo llamaba “un ambigú”).

Al finalizar uno de los Encuentros, Mariano, Le Parc y yo fuimos designados a dar forma escrita a un resumen de la conclusión de los temas que habían sido objeto de debates durante las reuniones. El borrador inicial se lo hicimos llegar a varios compañeros de la dirección de la Casa, especialmente a Haydée. Aceptamos casi todas las sugerencias y las integramos a la redacción. En eso, me llaman por teléfono. Era Haydée desde su casa que quería ampliar la sugerencia que había hecho, explicándome sus razones para la matización propuesta. Yo le insistí que el recado original nos había convencido, pero ella reiteraba sus argumentos, hasta que la conversación telefónica se hizo bien amplia. Fue característi-

co de Haydée el evitar por todos los medios la impresión de una imposición de criterio y tratar de convencer sobre la base de un mayor conocimiento de las posibles secuelas e interpretaciones de un texto.

En 1967 la Casa organizó un notable encuentro en Varadero en honor a Rubén Darío. Fui invitada a unirme a las actividades finales: la compañera de la Casa que me indicó cuándo me recogerían para ir hacia Varadero, me pidió que pasara primero por el Hotel Nacional para unirme a una invitada retrasada, de nombre Ugné Karvelis. Así lo hice, viajamos juntas en el auto y al llegar, se la presenté a varios de los escritores que estaban allí reunidos. Entre ellos, al argentino Julio Cortázar. Por supuesto, no podía sospechar el futuro de la relación que se inició con esa presentación. De regreso a La Habana, Julio me pidió que lo llevara a conocer a René Portocarrero, cuya pintura admiraba. Así fuimos caminando juntos al apartamento de René, muy cerca del hotel. Tuve cierto temor de nuestra recepción, conociendo el hábito de René y Raúl Milián de decir ellos mismos que no estaban en la casa cuando no querían recibir visita. Pero René nos abrió la puerta inmediatamente y pasamos al cuarto que era su estudio. La conversación se hizo muy agradable, hasta el punto de que Raúl salió de su cuarto y se unió a nosotros. En eso, la charla derivó hacia los comentarios elogiosos de Julio sobre la novela de Lezama, *Paradiso*, de reciente aparición. Raúl tomó la palabra de modo agitado, expresándose muy críticamente sobre la obra. Terminó gesticulando y profiriendo frases como “¡Por algo el sexo está abajo!”. Julio escuchaba pacientemente sin proferir palabra; René contemplaba la escena también sin interferir en el discurso de su amigo. Este terminó retirándose a su habitación; no se dijo más sobre el incidente y continuamos conversando y disfrutando de las obras recientes de Portocarrero.

Cartier-Bresson en La Habana

En 1962, la revista *Life* le encargó a Cartier Bresson, uno de los fotógrafos de mayor importancia en el mundo, un ensayo sobre Cuba, en el cual él proporcionaría las fotos y, a su insistencia, los textos que irían al pie de grabado. Durante su estancia de trabajo en La Habana, lo conocimos y compartimos no pocos paseos y conversaciones.

Recuerdo vívidamente la tarde en la cual él, su siempre presente Leica al cuello, y Roberto conversaban en la sala de nuestra casa. Cartier, como le era habitual, estaba atento a disparar la Leica; Roberto, también como siempre, se mecía acomodadamente en su sillón. De repente, el pie de Cartier avanzó y detuvo bruscamente el movimiento rítmico de Roberto, mientras exclamaba: “¡No! ¡Así, con ese balanceo, no puedo!”. Y Roberto se quedó silencioso y sin una fotografía de Cartier. Para su sorpresa, algunas semanas después de la partida del francés, recibimos una extraordinaria fotografía en la que aparece Roberto con la cabeza apoyada sobre el brazo flexionado. En primera instancia no reconocimos el lugar ni el momento en que fue tomada la foto. Luego recordamos la noche en que habíamos ido a ver un ensayo de lo que sería el Conjunto Folklórico Nacional, en la Plaza de la Catedral, y que habíamos contemplado desde un balcón en los altos de uno de los edificios coloniales de la Plaza. Allí no había sillón, no había conversación, pero estaba, siempre atento, Cartier con su Leica, y así logró el extraordinario retrato de Roberto.

Pero no fue esa la única fotografía que tomó de nuestra familia el admirado artista. Un mediodía, la más pequeña de nuestras hijas, de alrededor de año y medio, al despertar de la siesta, siente la voz de su padre desde el cuarto vecino. Corre hacia él, pero se detiene bruscamente al ver que está con una persona extraña. Entonces, sin quitarle la vista de encima, busca refugio abrazando la rodilla de su padre, siempre mirando al extranjero. Este, silencioso, hizo funcionar su cámara, mientras Roberto, protector, se inclinaba sobre su hija. Esa foto también nos la mandó Cartier después de su partida. Pero no terminó ahí tal pintoresca relación. Unos días después, la compañera

que cuidaba de las niñas mientras yo daba clases en la Universidad, nos informó que había vuelto esa tarde a la casa “el francés”. Cuando nos excusamos con Cartier por nuestra ausencia, él nos respondió que no había problema, él iba a ver a *la petite* —no importaba que no hubiera lenguaje posible entre ellos—; él le llevaba una flor y ella le daba una hojita del pino del jardín. De esa tierna amistad, Laidi tiene el privilegio de ser el objeto de una notable fotografía de Cartier-Bresson.

El día antes de su partida, Cartier quiso que lo lleváramos a Regla a ver una ceremonia de origen africano. En la lanchita en la cual cruzamos la bahía, le pregunté (mientras conversaba sin dejar de funcionar su Leica) si estaba contento de su viaje a Cuba. Me respondió que sí; había tomado unas mil fotos, de las cuales calculaba que un centenar tendría alguna posibilidad de publicación. Cuando llegamos al ceremonial, Cartier entró en una actividad casi frenética. Al cabo del rato, al enterarse de que existía un cuarto sagrado, nos pidió que tratáramos de lograr su acceso a él. La respuesta del poderoso hombre de gran estatura que cuidaba la entrada fue contundente: “Dígale al señor francés amigo de ustedes que hay dos cosas en la vida por las que me dejo matar: la Revolución y este cuarto”.

Y así concluyó el memorable viaje de Cartier a la Cuba de principios de la década del 60. Un día, con una sonrisa un tanto maliciosa, nos había confiado: “A mí siempre me mandan al lugar donde se espera que ocurra algo”.

La ENA y las Brigadas Arístides Fernández

En los terrenos de lo que había sido el exclusivo Country Club de La Habana, empezó a funcionar la Escuela Nacional de Arte (ENA), que abarcaba diversas especialidades. Aún no estaban construidas las edificaciones que han distinguido estas instituciones según los diseños de los arquitectos Porro, Garatti y Gottardi, ni existía el Instituto Superior de Arte (ISA). Pero las clases comenzaron en las casas abandonadas por los dueños

que habían emigrado en los primeros meses de la Revolución. A mí me llamaron para iniciar los estudios de Historia del Arte, dirigidos a los alumnos de la Escuela de Teatro. Para no interrumpir mis clases en la Universidad, me concentraron las clases allí en una mañana a la semana, desde las 8 hasta el mediodía. Me venían a buscar y me traían de vuelta en el carro de alguien —no recuerdo quién— que trabajaba en la Dirección. Como aún no funcionaban los Círculos Infantiles, a menudo tenía que ir con mis dos hijas pequeñas que allí eran atendidas por la conserje —la “Tía”— de la casa y, de vez en cuando, por una alumna cariñosa. También llevaba mi viejo proyector y las diapositivas del departamento universitario.

La casa en que me tocó dar las clases fue evidentemente copiada de un modelo de *Good Housekeeping*, con una falsa chimenea en la sala, iluminada eléctricamente. La chimenea era el punto culminante de esta copia: el calor de un puntal bajo y deficientes aperturas al aire se compensaba entonces por aire acondicionado, al menos en los cuartos que pude ver. Contrastaba la chimenea con la piscina en el patio, vacía en la época de las clases. Estas eran muy agradables, los alumnos atentos y realmente la pasábamos bien; creo que, al no estar en un aula, llegamos a sentir que no eran clases rígidas, sino conversatorios ilustrados con diapositivas. En el receso, que yo indicaba cuando creía oportuno ya que no había timbres ni otras clases en la casa, solía pedirle a un alumno que tumbara un fruto de un árbol del pan que había en el jardín, para llevármelo. Después de ese periodo inicial de la ENA, estuve varios años más hasta que aumentaron los cursos en la Universidad y me fue imposible seguir allí. Dejé en mi lugar a una alumna del curso nocturno del Departamento, Elena Serrano, quien continuó durante un tiempo en ese puesto.

Rosario Novoa fue la encargada de organizar unos cursos libres de Apreciación de las Artes Plásticas, que ella nombró Brigadas *Aristides Fernández*, en recordación del talentoso pintor de las vanguardias artísticas de nuestro país. Colaboramos en las clases el uruguayo Sergio Benvenuto y yo; los alumnos tenían diversa procedencia. Trabajábamos en un aula en los altos del edificio adyacente al *Auditorium*, por la calle

D, en las horas del mediodía. Algunos de esos alumnos obtuvieron trabajo después en las dependencias de audiovisuales de la Universidad, otros pudieron seguir luego en los cursos nocturnos para trabajadores que se organizaron. Aún otros siguieron los cursos por ser su única oportunidad de acercarse a las manifestaciones de la historia del arte, mientras muchos de ellos pasaron a ofrecer charlas introductorias de apreciación del arte en diversas provincias.

El quinquenio gris

El Departamento de Historia del Arte de la Universidad fue objeto de una de las maniobras anunciadoras de lo que Ambrosio Fornet ha inmortalizado como “el quinquenio gris”. La directora de la facultad era la profesora Vicentina Antuña, pero se sentía mucho la presencia de Mirta Aguirre (antigua miembro del Partido Socialista Popular), conocida por ser excelente profesora y fuerte influencia en diferentes vertientes de la escuela. A pesar de que Rosario Novoa había presentado, dos años antes, su solicitud de ser liberada de la dirección del departamento, esta no fue aceptada por alguna razón que aún no comprendo del todo; convenía realizar una remoción a fondo. Creo que solo Rosario me creyó cuando yo insistía, desde tiempo atrás, en que yo no servía para dirigir nada, razón por la cual me limitaría a ser profesora en el departamento; había rechazado ya varias ofertas que me hiciera Marta Arjona para asumir (sin abandonar el departamento) la dirección de varios museos capitalinos, en especial el de Cuba colonial. Por consiguiente, se hizo evidente que no bastaba con nombrar a algún personaje en la dirección: había que sacudir fuertemente su organización misma y destruir ¿a quién? ¿por qué? El resultado final (no quiero recordar las infinitas y ácidas reuniones que lo precedieron con algunos miembros del recién fundado PC universitario) fue el cambio de la dirección del departamento y la validación de varios nombramientos de profesores, sin que se celebraran, como siempre estuvo establecido, los

ejercicios de concurso-oposición. Tomó posesión de inmediato una dirección colegiada (Vicentina y Graziella Pogolotti) y se procedió a cambiar algunos cursos, designar nuevos profesores entre los recién graduados, y reorganizar las asignaturas para el nuevo curso.

A mí me eliminaron de algunas temáticas que había introducido en el currículo, sobre todo las relacionadas con el arte cubano. Para cubrir estas últimas, ingresó en el claustro Yolanda Aguirre, la hermana de Mirta, quien dedicó el curso a la construcción en La Habana, durante los tiempos iniciales de la colonia, de los barcos que integrarían la llamada Flota de Plata. Luego apareció el nuevo director, un viejo comunista que ejercía como crítico de arte, nombrado Amado Palenque, quien creo que no duró mucho tiempo. A él le sucedieron varios directores que eran profesores de diversas disciplinas, ninguna de las cuales tenía que ver con la Historia del Arte. Esta situación duró varios años, fuimos en un momento trasladados a la Facultad de Historia (Rosario Novoa se negó a ir y, por consideración a su antigüedad y prestigio, fue asimilada por la Cátedra de Literatura Española, impartiendo un curso de Arte Español). Pasaron los años y, superada la tormenta, se reconstituyó el departamento en la recién bautizada Facultad de Artes y Letras.

Ya yo había tenido una breve experiencia de esos “poderes detrás del trono”. Marta Arjona, al frente del área de artes plásticas del Consejo Nacional de Cultura, me había convocado a su oficina, en el edificio de la calle 2, para pedirme que participara en un programa de televisión que se llamaría “Cortos de arte”. Mi tarea consistiría en presentar semanalmente (en un estudio de Mazón y San Miguel) un breve documental sobre arte, suministrado generalmente por las embajadas acreditadas en nuestro país. El programa cerraría las transmisiones nocturnas, después de la presentación en vivo de una obra de teatro, lo que provocaba que la hora de inicio podía variar hasta casi una hora. Mientras Marta me explicaba lo que sería mi tarea (sin remuneración), irrumpió en su despacho Edith García Buchaca, quien en esa época tenía mucha influencia. En una discusión que iba subiendo de tono (mientras yo procuraba hundirme en mi asiento), Edith le exigía a Marta que des-

colgara de las salas del Museo Nacional las obras de Servando Cabrera Moreno. Marta se negaba rotundamente. La discusión subió de tono hasta que Marta gritó que se bajaba una obra del Museo “por encima de mi cadáver”. Con eso Edith salió, dando un portazo, y yo me atreví a salir de mi asiento.

En 1970, fui convocada por la UNESCO, como especialista de arte latinoamericano, para asistir a una reunión en Quito con el fin de esbozar el plan de un libro sobre “La América Latina en sus artes”. Asistimos, entre otros, Edmundo Desnoes y yo por Cuba, Jorge Alberto Manrique por México, Samuel Oliver por Argentina; el relator era el argentino Damián Bayón y el director de la colección, César Fernández Moreno quien llegaría a ser amigo nuestro.

Acordado el plan del libro, distribuimos los autores de los capítulos que lo formarían. De regreso a Cuba, redacté el que me correspondía y lo envié a la Unesco en París por correo certificado. Algunas semanas después me llamó, con cierta urgencia, una exalumna, militante que formaba parte del núcleo del Partido Comunista en la facultad, quien tenía un impresionante expediente de su labor en la insurrección contra Batista. Roberto, quien ya trabajaba con Haydée Santamaría en la Casa de las Américas, me acompañó esa noche a casa de Dolores Nieves. Muy seria en su expresión, me entregó un sobre de correo que había sido abierto. Leí que estaba dirigido a mí, aunque nunca lo había recibido. *Lolita* (quien formaba parte de la dirección de la facultad) me informó entonces que se lo había enviado, ya abierto, el entonces presidente del Consejo Nacional de Cultura, Luis Pavón, quien le exigía “tomara medidas” porque yo había incumplido con el envío del capítulo “en tiempo y forma, y sin consulta” (la carta en cuestión era un recordatorio de las fechas acordadas). Por suerte, yo había guardado en mi billetera, que siempre llevaba en la cartera, el comprobante del envío por correo de mi texto varias semanas antes. *Lolita* me dijo que se lo dejara y que no me preocupara, que ella “se ocuparía”, cosa que hizo. Lo que nunca pude averiguar fue cómo una correspondencia dirigida a mí llegara a mis manos ya abierta y leída por otra persona quien, además, la utilizaba para tratar de perjudicarme.

Carifesta

A mediados de la década de los 70, le tocó a Jamaica la celebración de *Carifesta*, la periódica reunión de las manifestaciones culturales de los países caribeños. Al no poder asistir Nicolás Guillén, como presidente de la UNEAC, Roberto era conocido popularmente como la figura principal al frente de la amplia delegación cubana. Yo asistí por el encargo de la UNESCO de recopilar información para el capítulo caribeño de un libro sobre la América Latina. A los pocos días de nuestra estancia en Kingston, fuimos invitados a la mansión del primer ministro Michael Manley (quien se había fascinado la noche anterior con la puesta en escena del ballet cubano *Sulkary*). Allí tuve el privilegio de conocer a la fabulosa Edna Manley, esposa y madre de dos primeros ministros, escultora excelente y responsable del ámbito cultural de su país por su incesante labor como promotora y fundadora de instituciones importantes para el desarrollo cultural. Era ya una anciana encantadora, con quien tuve el placer de conversar sobre las actividades culturales de nuestros países respectivos.

Pocos días después, recibimos una inesperada visita recién llegada de Cuba. Se trataba de un conocido miembro de la Seguridad de nuestro país, acompañado de un silencioso joven vestido muy a la moda de entonces. Le informaron a Roberto que “había salido” la información de que se planeaba un atentado; se mencionaba al que estaba al frente de la delegación y, por consiguiente, el silencioso compañero, a quien debíamos llamar “Muro”, estaría siempre con nosotros: si algún indiscreto preguntaba, Muro era el secretario de Roberto. De inmediato empezó su tarea.

Al inspeccionar nuestro cuarto en el hotel, que tenía una linda terracita donde solíamos desayunar, y comprobar que este se comunicaba con uno adyacente por medio de una puerta, Muro dictaminó: la terracita quedaba cerrada y prohibido su acceso por nosotros. Él dormiría en el cuarto de al lado, la puerta comunicante permanecería siempre abierta. Además, le indicó suavemente a Roberto que aceptara los regalos que le ofrecieran, pero que sería él, Muro, quien los guardaría y, lle-

gado el caso, los abriría. Además, al entrar en el restaurante, la mesa la escogería Muro, quien siempre prefirió la pegada a la pared. Me prohibió ir sola a las diferentes galerías de arte: debíamos andar juntos los tres. Como Muro no hablaba inglés, le traducí lo necesario, pero siempre pensé que se debía aburrir de lo lindo durante las infinitas conferencias, no todas interesantes en su contenido, aun en inglés.

Muro se instaló de inmediato en el cuarto adyacente al nuestro, que hasta ese momento había sido ocupado en solitario por Víctor Casaus, quien había ido a Montego Bay el día en que llegó Muro. Víctor regresó a las tres de la madrugada y se encontró a Muro durmiendo en la cama gemela. Silenciosamente se acostó en la otra: en ningún momento hizo algún comentario o pregunta sobre su presencia; su discreción no fue compartida por otros miembros de la delegación cubana.

Hubo algunos incidentes que mis lecturas de novelas policíacas me hacían identificar como posibles ataques. Muro, que tenía el aspecto de estar siempre medio dormido, no perdía ningún incidente y su mano se movía con rapidez hacia el arma que portaba. En un momento dado se quejó de un dolor de garganta, dolencia que le era frecuente. Le pregunté por qué no se operaba y me respondió que de ninguna manera, porque sabía que le pondrían una terrible inyección antes: no dejaba de ser curioso en alguien que se jugaba la vida constantemente.

El día final de *Carifesta*, fuimos invitados a una magna función en un gran teatro. Los tres fuimos colocados en primera fila. Ya me había acostumbrado a que Muro, sin parecerlo, localizara cuanto elemento sospechoso había a nuestro alrededor. Nos dijo que como había mucho público, nosotros saldríamos al final o al inicio mismo del éxodo, pero nunca en medio del público. Roberto le dijo que al terminar el espectáculo, quería ir a los camerinos a saludar y felicitar a Rex Nettleford, amigo talentoso y coreógrafo del espectáculo. Mientras, se me acercó insistentemente una desconocida joven inglesa (por el acento) que tenía prendido el distintivo del espectáculo en la blusa, para insistirme que nuestro carro nos esperaría por la puerta a la derecha del teatro. Cuando le traduje el reiterado mensaje a Muro, él me respondió tranquilamente que bien,

nosotros saldríamos por la izquierda. Yo me limité a asentir ante la insistencia de la inglesita. Pasamos un agradable momento con Nettleford, y, por supuesto, salimos por la izquierda escoltados por el atento Muro.

Muro había mostrado vivo interés en un espectáculo de *Carifesta*: el concierto que daría Farah María. Pero Roberto tuvo que revisar la traducción de una de sus conferencias que daría al día siguiente, así que no podríamos asistir a la función. Como sabíamos del interés de Muro, le dijimos que fuera, le juramos que permaneceríamos en nuestro cuarto, con ventanas y puertas cerradas, no pondríamos el radio ni contestaríamos el teléfono ni la puerta, hasta que él regresara del espectáculo. Pese a nuestra insistencia, Muro se negó a abandonarnos, murmurando “lo que no pasa en un día, pasa en un minuto”.

El día que regresamos a Cuba, encontramos que, sobre la pista del aeropuerto, al lado del avión de Cubana, estaba todo el equipaje. Solo entraban al avión las maletas que el pasajero que abordaba señalaba como suyas. Tal medida extrema de seguridad se debía, entre otras razones, al hecho de que unas semanas atrás había explotado una bomba que estaba colocada en una maleta con destino a Cuba. Como ese avión de Cubana llegó tarde, la bomba explotó en tierra. Trágicamente, eso no ocurrió unos meses después con el avión cubano que fue destruido en Barbados.

Los domingos en casa

Al triunfo de la Revolución, Lilia y Alejo Carpentier abandonaron su larga estancia en Venezuela para instalarse a trabajar en Cuba. Lilia llegó a dirigir la emblemática Galería *Habana* y Alejo fue nombrado director de la Editorial Nacional. Tiempo después, fue designado consejero en París, con periódicas visitas a La Habana. Durante estas, siempre venían a las íntimas reuniones que teníamos en casa los domingos por la noche. Recuerdo vivamente la entrada de los Carpentier por el jardín,

con Alejo, sonriente, anunciando: “Vengo con la trompa llena de chismes”. Siempre le traían unos abriguitos a las niñas, que los esperaban con alegre ansiedad. Este tipo de relación se mantuvo hasta la desaparición física de los Carpentier. La muerte de Alejo en París fue un golpe duro que puso a prueba la entereza de Lilia, durante el multitudinario entierro que partió de la Plaza de la Revolución hasta el secular Cementerio de Colón. A partir de ese momento, Lilia no solo se ocupó del destino de la obra magnífica de Alejo, sino que creó y dirigió la fundación que lleva su nombre y está situada en un edificio colonial que le había servido de ambientación para una de sus más populares novelas. Tales actividades la obligaban a viajes anuales a París: allí supo, por el comentario de una de nuestras cartas, que la misión médica cubana en África, de la cual Laidi formaba parte, estaba obligada a tratar pacientes (generalmente de Sida) sin tener guantes protectores. Inmediatamente, Lilia procedió a enviar a Zambia, desde París y por vía aérea, un generoso cargamento de guantes médicos. Dejó, además, el encargo de renovar el envío periódicamente, durante todo el tiempo que duró la misión de Laidi.

Varios amigos venían todos los domingos a charlar. También oíamos, en esa entrada por el jardín, el sonido de las sandalias (que no estaban de moda en la época) que usaba Saúl Yelín. Era todo un personaje, lúcido y activo, con un gran sentido del humor. Fue la única persona conocida por mí que no era de extracción popular pero podía bailar un impecable guaguancó. De hecho, en un temprano Festival de la Juventud en Moscú, Saúl reunió a los otros dos cubanos que estaban en la Unión Soviética (Menia Martínez, quien estudiaba ballet, y Jaime Sarsuky). Consiguió una tumbadora, obligó a Jaime a tocarla con sus manos sudorosas mientras Menia y él bailaban hasta conquistar un premio. Durante el período del bloqueo y las grandes escaseces, Saúl nos contó que consiguió una mesa en un restaurante de El Vedado. Al consultar el menú, pidió como entrante una sopa tártara con dos yemas. Al rato le trajeron un plato de sopa llena de un líquido turbio; él la miró y llamó al camarero. “La sopa tártara ¿no lleva dos yemas?”. “Sí, compañero, las lleva pero no las contiene”.

Personaje clave en el desarrollo del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), desde su puesto oficial de Relaciones Internacionales, Saúl era mucho más en esa institución. Profesionalmente, a mí me interesaba en particular su papel clave en el surgimiento y desarrollo del *affichismo* cubano de temática cinematográfica. Sin antecedentes notables, Saúl reunió y organizó a un grupo de jóvenes artistas que devinieron uno de los núcleos esenciales de esa manifestación plástica. Él escogía el afiche que había de imprimirse, orientando a los autores sobre sus méritos y errores. Por las escaseces sufridas en los años iniciales tenían, además, que resolver el diseño trabajando sobre la mitad de la superficie y utilizando solo dos colores. Saúl no dejó que eso fuera una limitante y convenció a los artistas de que podía devenir una característica de estilo. Cuando decidí escribir sobre el nuevo aporte a la plástica cubana que era el *affichismo*, le pedí a Saúl una entrevista de trabajo para puntualizar algunos aspectos. Me recibió en su despacho del ICAIC, en 23 y 12, en El Vedado, donde respondió todas mis inquietudes. Después, me invitó a ir con él a ver unos *rushes*. Mientras esperábamos por las cámaras, me confesó que no se sentía nada bien. Al sugerirle que ingresara para un chequeo médico urgente, me respondió que no podía, tenía un viaje de trabajo en Europa dentro de setenta y dos horas.

Terminada la función, me llevó a casa en su auto. Surgió la conversación sobre nuestro común amigo, el psiquiatra Enrique Collado, quien había sufrido un infarto y después, desoyendo las instrucciones del cardiólogo, había reanudado el ritmo agitado de su trabajo en el hospital. Yo argumentaba que Enrique podía haber evitado o al menos retardado su muerte si se hubiera cuidado un poco. Saúl mantenía que había hecho bien, que había cumplido su tarea, aunque representara abandonar a su familia y amigos. La conversación duró largo rato, sentados ambos en el carro a la entrada de mi casa. Los dos mencionábamos a Enrique; los dos sabíamos que hablábamos de Saúl. Finalmente, derrotada, me bajé del auto mientras Saúl me despedía con un abrazo: “chao, hermanita”. Algún tiempo después, Saúl falleció, dejando a Siomara

con dos hijos adolescentes, una bebita recién nacida, una pléyade de amistades que lo queríamos bien y un vacío irremediable en su trabajo institucional.

Dos puntales de nuestras noches dominicales (y de nuestras vidas todas) eran María Lastayo y Manolo Fernández Retamar, el hermano-compañero de Roberto. María se convirtió en la hermana que yo no había tenido y en la tía de nuestras hijas, a quienes consentía y quería con delirio. Desde sus puestos en la Biblioteca Nacional y luego en el Teatro Nacional, laboraba con tesón para conseguir y conservar documentaciones que constituyen un tesoro para los investigadores. Introdujo a sus “sobrinas” en el Departamento Juvenil de la Biblioteca, donde Teresa obtuvo un premio en un concurso de cuentos infantiles que fue del agrado de Eliseo Diego, quien también trabajaba en la Biblioteca. Manolo, año y medio más joven que Roberto, era todo un personaje de interés. Graduado de Ciencias Comerciales en la Universidad, era un gran conocedor de música; dirigió durante un tiempo la empresa discográfica del país; trabajó en la creación del centro campesino-turístico Las Terrazas; estuvo algunos años en la zona oriental de las minas de Moa, de donde trajo no pocas anécdotas; se ofreció voluntariamente, a los 45 años de edad, a marchar con el ejército cubano a la lucha de Angola. Allí, el “viejo” (como lo apodaba la tropa) sirvió durante dos años como traductor. Regresó de su servicio con algunos regalos: unas inmensas púas de puercoespín. Manolo fue el padrino en el bautizo de nuestra primogénita Teresa, al cual accedimos para complacer a los abuelos paternos; ofició el poeta padre Ángel Gaztelu, en su iglesita colonial en La Habana Vieja. Años más tarde y por las mismas razones, procedimos al bautizo de Rubén, el más pequeño de los nietos. En ese momento estaba en La Habana nuestro amigo, el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal, sacerdote que había creado la conocida comunidad de Solentiname en su patria natal. En este caso, la ceremonia se celebró en el comedor de nuestra casa. Los padrinos fueron Cintio (Vitier) y Fina (García Marruz); Cardenal tuvo que usar el aceite para bebés *Johnson-and-Johnson*, mientras murmuraba que “bautizar a un bebé de esta edad es como darle el carné del Partido”.

Lo del aceite que he comentado fue solo un incidente ocurrido durante la década de los años 90, eufemísticamente conocida como el *Período Especial*. Desprovista Cuba del estatus que tenía con la Unión Soviética y víctima continuada del bloqueo económico impuesto por los Estados Unidos, su situación económica fue catastrófica. Tuvimos que sobrevivir, en el calor tropical, con apagones eléctricos de ocho horas alternas, escaseces alimentarias y de todo tipo, situación económica desastrosa. Fidel subrayó la prioridad debida a la cultura dentro del caos, con lo cual la Universidad y la Casa de las Américas (nuestros dos centros de trabajo: ya yo era profesora titular y Roberto seguía con la presidencia de la Casa y la dirección de su revista) continuaron sus labores dentro de las posibilidades económicas. Comenzó el éxodo hacia otras tierras mientras el país luchaba por sobrevivir. En nuestra familia inmediata se produjeron cambios: Laidi, de regreso de su misión africana, tuvo a sus dos hijos —Robin y Rubén—, mientras continuaba con sus labores en tanto médico, y luego se inició exitosamente como escritora. Teresa, quien trabajaba hacía algunos años como especialista graduada de la Escuela de Psicología de la Universidad de La Habana, decidió, a mediados de la década, establecerse con su hija Leiden en Tijuana, en el Colegio de la Frontera, con visitas a su hogar en La Habana.

En 1993, pleno *Período Especial*, Juan Carlos Volnovich tuvo, con varios amigos, una iniciativa que rápidamente arraigó en Buenos Aires. Bajo el rubro “Los pinos nuevos”, financiarían la edición anual de libros de autores cubanos inéditos, escogidos por un jurado. Volnovich había vivido en La Habana durante los años de la dictadura militar en su país. Ejerció como médico psiquiatra en el Hospital *William Soler*, mientras su compañera Silvia Wertheim lo hacía, como psicóloga, en el *González Coro*. Sus hijos, Yamila y Román, asistían a las escuelas que les correspondían por su edad. Los Volnovich devinieron miembros importantes de los grupos intelectuales revolucionarios, y el regreso a su país una vez normalizado no interrumpió sus relaciones cubanas, a las cuales solían visitar con relativa frecuencia. “Los pinos nuevos” constitu-

ieron durante años la única oportunidad para los jóvenes escritores. Entre ellos, para la inicial impresión, se encontraba nuestra hija Laidi, quien así vio su primer libro publicado, *Dolly y otros cuentos africanos*, obviamente basado en sus experiencias en Zambia. Recuerdo que fue a recoger ese primer libro llevando al pequeño Robin de la mano y a Rubén aún en el vientre.

Amigos, amigos

A partir de la Revolución, muchos intelectuales de todo el mundo apoyaron y participaron en las labores de la misma. Entre ellos, quisiera nombrar a dos mexicanos que, de un modo u otro, estaban ligados a Cuba y simpatizaron siempre con nosotros. El primero que voy a mencionar era cubano de nacimiento, exiliado en México durante el machadato: Alberto Ruz. Allí devino uno de los más importantes arqueólogos del precolombino mesoamericano y compartió sus conocimientos como invitado en los cursos de la Universidad de La Habana, donde lo conocí personalmente. Luego, durante un viaje a México, tuve el honor de que me acompañara, en el Museo de Arqueología que había ayudado a perfeccionar, en una visita dirigida por la llamada “tumba Ruz”, que él había descubierto en una pirámide de Palenque. Años después, Roberto y yo pudimos estar en ese sitio precolombino. Subimos (y bajamos) al interior de la pirámide, que me parecía conocer ya por el minucioso relato de Ruz. En otra ocasión, en Ciudad México, durante un encuentro en la casa de Luis Cardoza y Aragón, al presentar a Ruz a otro estimado amigo, Pablo González Casanova, este le dio las gracias por la labor arqueológica que había realizado en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Una de las excavaciones que había conservado Ruz en el área precolombina había servido de salvador escondite a uno de los hijos de Pablo durante la matanza de Tlatelolco en 1968.

La otra persona cubano-mexicana que quisiera recordar es Ida Rodríguez Prampolini, la *Chacha* para sus muchos amigos. La

familia de la *Chacha* era, a finales del siglo XIX, independentista cubana, y se vio obligada a emigrar a Veracruz por la represión colonial española. Una vez establecida la República, en 1902, parte de la familia regresó a su patria y parte permaneció en México. A esa segunda mitad familiar perteneció la *Chacha*, muchachita famosa por su belleza y gracia, y nutrida por los relatos familiares sobre Cuba, al punto que, de joven, pidió como regalo de cumpleaños un viaje a la familia cubana. Yo la conocí en un evento en Zacatecas, organizado por Jorge Alberto Manrique, director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de México, donde ella era una destacadísima profesora e investigadora. Eran mediados de la década de los 70; también estaba invitado el Dr. Kubler, lo cual creó, entre algunos de los asistentes, cierta expectativa sobre cómo sería el encuentro entre el yanqui y la cubana revolucionaria. Por supuesto se sintieron un tanto sorprendidos cuando nos saludamos muy amistosamente y, luego, Kubler comentó elogiosamente mi ponencia, haciéndome (siempre profesor atento) algunas observaciones que atendí en años futuros. Por supuesto, la ponencia suya era un verdadero *tour de force*: usó solo una diapositiva (un cuadro de Vermeer, me parece recordar) para disertar sobre el tema del coloquio: “Dicotomía entre lo culto y lo popular en el arte”. Todas las ponencias y los comentarios a ellas (la mía fue analizada por Cardoza y Aragón) fueron luego publicadas, de modo que tengo el honor de aparecer en un libro junto a dos profundos conocedores apreciados por mí.

La *Chacha* y yo simpatizamos de inmediato: nuestra amistad dura hasta hoy día. En 1986, ella fue invitada como presidenta del jurado de la Segunda Bial de La Habana, que se celebró, al igual que la primera, en el Museo de Bellas Artes y con carácter de premiación por un jurado internacional. Además de la *Chacha*, integrábamos ese jurado el uruguayo Luis Camnitzer, el africano Malangatana, el argentino Seguí (quien llegó a última hora), un especialista de la India cuyo nombre he olvidado, y Roberto Fabelo (premiado en la primera Bial) y yo, por Cuba. Durante una semana trabajamos, mañana y tarde, analizando las obras venidas de muchos países, y discutiendo sobre la propuesta de eliminar la premiación en

bienales futuras. Entre los premiados que recuerdo vivamente en esta ocasión, están una instalación de bastones que envió Marta Palau, de México, y que ayudó a montar su amiga, la escultora Helen Escobedo y, sobre todo, un espectáculo de Mendive que entusiasmó a todo el jurado. Mendive estuvo horas aplicando su *body-art*, no solo sobre los cuerpos de sus modelos sino también sobre los animales simbólicos y los músicos acompañantes. Al cabo, el día de la inauguración, salieron a la calle donde los transeúntes se les fueron uniendo.

En 1990 volvimos a coincidir la *Chacha* y yo en otro evento, esta vez en São Paulo. El viaje de regreso lo teníamos fijado vía Río de Janeiro hasta México, donde nos separaríamos al seguir yo para La Habana. Ella iba a romper el itinerario, parando en Belo Horizonte antes de llegar a Río, para poder viajar al Santuario de las Congojas y ver la obra cumbre del Aleijadinho. Al suspirar yo por ese sueño desde mis días de estudiante, ella me invitó a acompañarla, haciéndose cargo generosamente del cambio de mi itinerario. Fuimos deteniéndonos en varios puntos donde había alguna iglesita o escultura (recuerdo particularmente el poblado de Diamantina) hasta llegar al Santuario. La *Chacha* así me regaló unos días inolvidables, de intensa emoción para mí. (Coincidimos en que, de todas las esculturas, preferíamos la de San Daniel). Acompañada por uno de sus hijos y una hermana, la *Chacha* viajaba con cierta regularidad a La Habana, por razones médicas y para visitar a la tía cubana —la conocida pianista Margot Rojas— que vivía cerca de mi casa.

En Madrid teníamos casa y anfitriones generosos en la pareja formada por la española Paz Terán y el arquitecto chileno-español José Medina. Él realizó obras arquitectónicas importantes en Santiago de Chile durante los años de Allende y, al exiliarse, estableció su despacho en Madrid. El también chileno Miguel Rojas Mix organizaba cursillos de verano para la Universidad de Cáceres, en su local de Jarandilla de la Vera (que quedaba a unas cuatro horas de carretera de Madrid). Jarandilla era un minúsculo pueblecillo (no recuerdo haber visto ni un ómnibus por sus calles) en el que, por puro aburrimiento, se atendía a los cursillos semanales. Fuimos invitados

varias veces a participar en ellos, lo cual significaba siempre una estancia de algunos días en casa de los Medina y, en ocasiones, los acompañábamos en sus viajes por España. Recuerdo particularmente uno por Galicia, a una boda tradicional, que culminó en un viajecillo a Santiago de Compostela. Como yo no me había interesado particularmente en el arte español, el día antes de salir de viaje llamé por teléfono a la Dra. Novoa, quien sí era especialista en el tema. Me dio algunos datos importantes, con lo cual yo fui un poco la guía sobre la historia de la importante catedral, el Obradoiro y demás sitios históricos de la capital.

En otra ocasión, los acompañé a Bilbao, fundamentalmente para visitar el nuevo Museo *Guggenheim*, recién estrenado y muy publicitado. Ahí aprendí de José Medina, quien, en plan de arquitecto de aguda mirada, nos incitó a visitar el edificio, a mi juicio una monumental muestra escultórica a la luz de la temprana mañana, al mediodía (del otro lado de la ría) y por fin, al atardecer. Comprendí entonces las variantes que el arquitecto había logrado por el material empleado, reflejo cambiante de las diversas luces del día.

También de José Medina aprendí algo bien distinto. Después de ver por la televisión una postrera entrevista hecha a nuestro común amigo, el pintor Antonio Saura, me enseñó a preparar un exquisito Martini, coctel que él nos había iniciado a paladear. Paz lo acompañaba en su invariable generosidad, atenta siempre a nuestras necesidades.

Varias veces visitaron La Habana, compartiendo mi devoción por El Vedado, sus calles y sus parques. José Medina fue un importante colaborador de la Casa de las Américas, poniendo al servicio de ella, generosamente, su talento y experiencia arquitectónica. A él se debe la restauración de la cristalería azul del remate de la fachada de la institución. Fue, además, un promotor y jurado del concurso internacional para la edificación de la nueva Biblioteca de la Casa, ya que el viejo edificio de la calle Línea había sido irremisiblemente dañado por la entrada del mar en 1993. (El proyecto presentado por el arquitecto cubano Choy fue el seleccionado). Por su parte, como apunté, Paz era siempre generosa y cuidadosa de las necesidades de sus

amistades cubanas. Varias veces, cuando estuve algunos días en su casa madrileña, después de haber impartido algún cursillo en Jarandilla, siempre me acompañaba a los museos para alguna muestra de interés. Como ella había tenido una galería de arte, resultaba una compañía de amplios conocimientos. Recuerdo particularmente una visita que hicimos a tres puntos específicos del Prado: quise ver de nuevo, al cabo de los años, el *Jardín de las delicias* del Bosco, el nuevo montaje de *Las Meninas* de Velázquez y, siempre, las pinturas negras de Goya.

Un día fuimos a la Quinta del Sordo. Pero quizás las visitas de mayor trascendencia para mí fueron las que ella me llevó al Museo *Thyssen*, anexo al Prado desde 1992. Al ir por primera vez, encontré en la guía del museo que había una sala dedicada a la pintura española del siglo XIX. Al recordar lo que escribió Martí sobre ella, la visité con atención; para mi alegría, comprobé que estaban expuestos precisamente los artistas a los que Martí había prestado atención: los Madrazo y, marcadamente, Fortuny. Otra sección particularmente atractiva y renovada del museo eran sus salas llamadas de reciente adquisición. En ellas pude ver, por primera vez, originales de Georgia O'Keefe y de Lucien Freud. También, en otra ocasión, una asombrosa muestra de acuarelas de Klee; en aun otra, un despliegue de la familia Canaletto, que me reveló que ese nombre no designaba solo a un pintor. Todo esto se lo debo a la generosidad de Paz, quien no se limitó a ayudarme durante mis breves estancias madrileñas, sino que estuvo siempre vinculada a los quehaceres de la Casa. Recibió, con justicia, la Medalla de la Amistad, que consideramos extensiva a Medina.

Publicando libros

A la vuelta de mis más de ochenta años, me doy cuenta de que tengo publicados algo más de una docena de libros que abordan distintos ángulos del arte cubano y latinoamericano. El primero, allá por la década de los 60, lo escribí casi obligada por

Lisandro Otero. Había ideado una sección en la popular revista *Bohemia* que abarcaría sucesivamente todos los aspectos de la cultura cubana. Cada unidad de tres artículos, en otras tantas semanas, estaría a cargo de un especialista que procuraría ofrecer, debidamente ilustrado, un panorama de su tema. Fueron así designados historiadores, geógrafos, especialistas en música de concierto, en música popular, en literatura, en artes plásticas. Y ahí fue donde fui invitada a encargarme de esta última rama. Yo había publicado diversos artículos sobre algunas muestras de arte cubano y latinoamericano en tanto crítica de arte, pero nunca había incursionado en una panorámica salvo como docente. Me vi obligada entonces a organizar el devenir del arte en Cuba en tres artículos. Después que se acabó esta hazaña, surgió la iniciativa de publicar cada tema en un *Cuaderno Popular*, con lo cual, al cabo del proyecto, en 1968, se integraría una biblioteca del devenir de nuestro país, en formato y precio asequibles. El cuaderno mío, de menos de sesenta páginas, bien ilustrado, llevó por nombre *Introducción a Cuba: las artes plásticas*, y recuerdo que su editor, pienso que de toda la colección, fue Federico Álvarez. Dos años después publicaría *Pintura y grabados coloniales*, donde incluí mis búsquedas y andanzas sobre la pintura mural en La Habana. Luego reuní diversas reseñas y estudios sobre las exposiciones en la Casa de las Américas en *Galería Latinoamericana*, libro diseñado por Umberto Peña.

Esta práctica de organizar diversos textos me llevó a reunir algunos que consideré perdurables con otros no publicados, en *Pintura cubana: temas y variaciones*, que es mi libro que más ediciones y reimpressiones ha tenido, en Cuba y en México. Publicado originalmente en 1978 en español, ha sido reimpreso unas cinco o seis veces y editado un cuarto de siglo después en inglés, *Cuban Painting: themes and variations*, con algunos cambios en la organización de los materiales. Lo tradujimos Esther Pérez y yo para la Editorial *José Martí*. Por cierto, a Alejo le llamó la atención favorablemente el título, quizás por cierta remembranza musical; ello me reafirmó en la importancia que debe prestarse a los títulos de los textos. Algunos de los libros que más me satisfacen y que me han si-

do editados son *Hacerse el Bobo de Abela*, *Del silencio al grito*. *Mujeres en las artes plásticas* (que también dio inicio a este enfoque del arte cubano, como antes lo había hecho la mención del diseño en 1969 y el estudio de la caricatura), *Abriendo ventanas (lo afrocubano, lo caribeño, el mercado del arte)*, *Más allá de la pintura* (donde abordo temas como la fotografía, el diseño, el eclecticismo arquitectónico).

Visto en La Habana es el más reciente de mis libros, en el que recojo estudios sobre las principales exposiciones realizadas en La Habana durante los años 2005-2010 (algunos de estos textos fueron adelantados en una *plaque* publicada en Bogotá con el mismo título).

Ahora bien, el libro al cual he dedicado más tiempo y apasionado interés es *José Martí: imagen, crítica y mercado de arte*. Fue publicado originalmente en 1997 después de unos diez años de estudio: en el momento de entregarlo a la imprenta sentí que en ese instante debía empezar. En los agradecimientos que preceden al texto, menciono a varios compañeros del Departamento de Historia del Arte, a la Biblioteca Pública de Nueva York (cuyos bibliotecarios respondieron, en medio del bloqueo que sufre Cuba, a mis preguntas, enviadas por correo aéreo, sobre la prensa neoyorkina a inicios de la década de 1880) y, muy especialmente, a Roberto, cuyos ensayos sobre Martí son fundamentales; a Alejo quien me trajo de París un libro de crítica de arte de Émile Zola y, al entregármelo, me instó a que lo leyera pensando en Martí; y a Cintio, quien leyó con generoso ojo crítico el capítulo dedicado a los impresionistas franceses.

Algunas de las afirmaciones que fundamentaba en los textos que he mencionado levantaron, digamos, no poca incompreensión. Cuando en 1968 escribí (en un trabajo titulado “La belleza de todos los días”) que el diseño gráfico “ha constituido el hecho más novedoso del ambiente cubano de los últimos años”, algunos amigos pintores se enfadaron y dejaron de saludarme durante unos meses. He valorado altamente las producciones pictóricas posteriores, pero aún opino que el diseño irrumpió en la década del 60 con fuerza y originalidad únicas en nuestro ambiente de la época.

El texto más accidentado fue el relacionado con la caricatura. En esa agitada década de los años 60, se creó en la Universidad un equipo multidisciplinario, dirigido por Ramón de Armas, con la encomienda de estudiar la cultura cubana. Nombraron especialistas en historia, literatura, teatro, cinematografía, danza, música; cuando solicitaron un miembro al Departamento de Historia del Arte me designaron, puntualizando que el primer período a estudiar sería el inicial cuarto del siglo xx. Respondí que estaba de acuerdo en asumir esa tarea pero que ese período de la historia del arte en Cuba estaba totalmente ocupado por el arte académico que no me interesaba para nada (afirmación que hoy pienso fue un tanto drástica y exclusivista). En cambio, sí me interesaba indagar, en ese periodo, quién y qué representaba un personaje del cual había oído hablar frecuentemente en mi niñez: el Liborio. Esto provocó estupefacción o, al menos, extrañeza entre mis compañeros de labores. ¿Cómo era posible que una historiadora del arte se interesara, hasta el punto de investigarlo, por un dibujo caricaturesco? Se desprendía que no se consideraba la caricatura como parte de las artes visuales. Yo me mantuve firme en la discusión, hasta el punto de sugerir que estudiaría a Liborio o no estudiaría nada. Como, al parecer, nadie tenía tiempo o deseos de integrarse a ese grupo investigativo, me dieron por imposible y pasé a sumergirme en la búsqueda de Liborio. En la sección dedicada a la hemeroteca cubana de la Biblioteca Nacional, conocí a una amable y concedora persona, Josefina García Carranza, quien me orientó hacia *La Política Cómica*, su dueño y director Ricardo de la Torriente quien, además, dibujaba al Liborio. Así empezaron años de investigación que hacía de modo rudimentario, con papelitos que recortaba del tamaño de las tarjetas usuales, unos lápices y mucha paciencia para fichar los aproximadamente veinticinco años que duró el Liborio de Torriente. Mientras se mantuvo el grupo investigativo, aprendí algo del período y sentí mucho cuando se desintegró (de un modo para mí tan misterioso como el que había sido creado, pero, bueno, ya estábamos en lo que Ambrosio Fornet ha inmortalizado como “el quinquenio gris”). Al enfrentarme con los cientos de papelitos en que había apuntado

los devenires del Liborio, llegué a la conclusión de que era una personificación del pueblo cubano, con determinadas características que respondían a las de su creador, quien había llegado a ser considerado como “un segundo presidente de la república”. De ahí pasé a otro personaje que también había sido considerado como la personificación del pueblo en otro período convulso del devenir republicano, el machadato: el Bobo de Abela. Confieso que lo atesoro como mi favorito, por múltiples razones estéticas y éticas. Consideré que se terminaría el ciclo de personajes que encarnaron al pueblo cubano en sus épocas respectivas con el análisis del Loquito de Nuez, consecuencia final del personaje del Bobo.

Ya tenía, al cabo de años de asistencia a la Biblioteca Nacional, mientras mantenía la docencia de otras materias de la Historia del Arte, un material inédito que me permitía, tras un análisis en ocasiones tormentoso, llegar a ciertas conclusiones. Me di cuenta de que tenía en mis manos la posibilidad de hacer visibles las históricas versiones del pueblo cubano en lo que había sido la *Caricatura de la República*. No era la historia de esta manifestación en nuestro país: era la personificación del pueblo cubano en tres momentos cruciales del devenir nacional en lo que era, en definitiva, la caricatura de una república. Así escribí el libro, conseguí —en una época en que aún no teníamos computadoras ni posibilidades de escanear las imágenes, etcétera— armarlo con las ilustraciones imprescindibles y lo presenté al Instituto del Libro, donde fue aceptado en 1974 (es decir, en pleno “quinquenio”). En enero de ese año le había añadido un prólogo, agradeciendo las ayudas recibidas y presentando el propósito de lo escrito. Luego sucedieron ocho años de silencio, en los cuales nadie parecía saber nada del destino del texto. Vio la luz, después de ese parto prolongado, en 1982, a pocos años de la creación del Ministerio de Cultura que había oxigenado el ambiente.

Algún tiempo después de su “lanzamiento” me dijeron que se había agotado (era frecuente que un libro se catalogara como “agotado” cuando en realidad se había olvidado en un almacén; no sé de hecho lo que le ocurrió a *Caricatura*). Años después, en 1999, la UNEAC procedió, por iniciativa de Enrique

Núñez Rodríguez, a su segunda edición. Escribí una nueva *Noticia* para esta edición, actualizando mi presentación de la caricatura en nuestro país, al mencionar la labor del *DDT* y, especialmente, la obra de Manuel.

Cuando me interesé en el tema de la labor de la mujer como creadora de obras de arte, cambié por completo el método investigativo. En el momento en que tuve esta iniciativa, casi todas las artistas que me interesaban estaban actuantes y, por así decir, a mi alcance. Redacté una breve introducción teórica en la que recordaba el papel negado a la mujer en diversas historias del arte a partir de la época renacentista —donde solo se apunta brevemente un nombre, el de la pintora italiana en las cortes españolas Sofonisba Angisola, quien aparece más por la posición que logró alcanzar en los salones reales que por su obra— hasta finales del siglo XIX, cuando despuntan dos nombres de mujer entre los impresionistas. Luego pasé a redactar una serie de entrevistas que pude realizar con artistas cubanas, salvo a la imprescindible Amelia Peláez, fallecida unos años antes y a quien estudié en contrapunto con Antonia Eiriz. Tenía una relación particular con *Ñica*: mi primera reseña crítica publicada fue precisamente sobre su primera exposición personal, en la Galería *Habana*. Allí la había entrevistado (recuerdo que me dijo que había sentido la influencia de De Kooning).

Para asombro de algunos compañeros de la Universidad, escribí luego un texto en el que establecí un contrapunto entre las obras de Amelia y de *Ñica*. Lo titulé, en alusión a la obra de ambas, “Del silencio al grito”, que luego adopté como título del libro todo. No estaba desencaminada: años después, en la última exposición retrospectiva de su obra, *Ñica* incluyó, entre sus “Homenajes”, uno dedicado a Amelia Peláez.

Recuerdo como particularmente enriquecedoras las entrevistas con Rita Longa (“Me gusta que me digan Escultor”), con Marta María Pérez, durante una visita que hiciera a La Habana, y, particularmente, con Belkis Ayón. Fue en la sala de nuestra casa de H, con varias colografías que trajo Belkis regadas por el piso, que conversamos durante toda una mañana. Ante una pregunta mía, se quedó meditabunda para des-

pués responderme que nunca lo había pensado, que quizás fuera cierto, que quizás se retrataba ella misma al dibujar a su heroína Sikán. Algún tiempo después terminó con su vida, de poco más de treinta años, dejándonos con el misterio de todo suicidio y con una de las más ricas obras de la producción gráfica del pasado siglo.

Para la sección de las artistas latinoamericanas y caribeñas tuve en ocasiones que variar de método. Con Marta Palau y Gracia Barros conversé largamente después de analizar sus exposiciones en la Casa de las Américas. A Marta la había conocido ya en México, y la había entrevistado durante sus visitas de trabajo a La Habana, así que tenía esa ventaja. A Gracia la vi en su natal Chile pero ya había publicado el libro. Para Edna Manley, a quien había conocido brevemente durante el *Carifesta* en Jamaica, me vi precisada a valerme de otra fuente, pues había fallecido algunos años antes. Tuve acceso a la excelente labor que hizo su nieta, quien publicó sus diarios compendiados en un volumen. Allí cuenta que su abuela le había nombrado heredera de sus varios tomos de diarios, redactados minuciosamente a lo largo de su vida como escultora notable, esposa y madre de dos primeros ministros de Jamaica, y promotora y fundadora de todo el movimiento de diversas artes en Kingston y otros lugares del país. En la Introducción del Diario, la nieta cuenta la respuesta que le dio su abuela cuando ella, un tanto preocupada, le preguntó qué debía hacer con esos tomos. Edna le respondió que cuando llegara el momento, lo sabría. Y en efecto lo supo. Compiló un libro rico y sólido, en el que el devenir personal se imbrica con el artístico y el político. Lo leí con vivísimo interés y creo que me permitió dar una visión comprensiva de su importante labor como creadora y como promotora cultural.

La última figura de mi libro fue la argentina Liliana Porter. Conocía de su obra desde la segunda Bienal de La Habana, cuando un grabado suyo fue fuerte competidor para ser premiado, y la traté brevemente cuando exhibió en la Casa de las Américas. Allí obtuve su correo en Nueva York, donde vivía, planteándole que me gustaría incluirla en el libro que preparaba y, si ella estaba de acuerdo, le mandaría algunas preguntas por correo.

Accedió y así procedí, sobre la base de lo que conocía de ella y de su obra notable, a una suerte de entrevista escrita a cuatro manos, que creo resultó rica y aclaradora de su obra.

Ha pasado más de una década desde este trabajo. Han surgido y se han afianzado nuevas figuras de creadoras que ciertamente merecen atención. Pienso, por ejemplo, en Cirenaica Moreira, quien ha hecho de la fotografía su instrumento expresivo en una obra sostenida e incitante; en Rocío García, cuyo fuerte dibujo ha creado personajes notables como las “Geishas”; en Mabel Poblet, entre las más jóvenes promociones; en fin, que hay un rico material por estudiar en profundidad.

A este libro, con entrevistas que terminaron en 1999 y fueron publicadas en 2002, sigue lo que creo será mi último libro —antes decía mi más reciente—, publicado en 2012. *Visto en La Habana* recoge crónicas provocadas por exposiciones vistas en nuestra ciudad durante el último lustro. A ellas añado otros trabajos de mayor corte ensayístico y unos brevísimos artículos sobre artistas cubanos y latinoamericanos. Para estos últimos tuve el excelente editor de la revista para la cual fueron redactados, el escritor Hugo Luis Sánchez, quien me aconsejó para el novedoso ejercicio en brevedad de textos. Se exigía un máximo de unas escasas tres cuartillas y, luego, para otra publicación hermana, había que ceñirse a una cuartilla (creo que no llegó a editarse esta publicación).

He tenido la suerte de contar, a lo largo de los años, con tres magníficos editores, de quienes he tratado de aprender. Primero debo mencionar a Roberto, eterno revistero, quien introdujo en Cuba los modernos conceptos de edición en fecha bien temprana. Luego a Ambrosio Fornet, notabilísimo editor, cuando ejercía esa tarea en la revista *Universidad de La Habana*, en la cual colaboré, y quien me enseñó no pocos detalles que había que atender. Y por último, a Hugo Luis, quien me orientó en la brevedad, la cual, por otra parte, me era familiar ya que siempre he tenido la tendencia a sintetizar los textos. Por algo, en una ocasión, Roberto me comentó que yo tenía un “estilo Western Union”.

También he tomado parte en algunos textos de autoría colectiva, sobre todo a partir de la década de 1970. Así, he cola-

borado en libros editados en varios países, en castellano, inglés y francés. El resultado final es coral y contribuye a una visión polivalente del tema escogido.

En días recientes, he recibido dos noticias muy halagadoras. El compañero José Antonio Baujín, de la Facultad de Artes y Letras, me ha propuesto republicar, en la Universidad de La Habana, mi favorito —el de José Martí y su crítica de arte—, añadiéndole los dibujos de Martí y dos prólogos. Y también Silvia Llanes, directora de la Dirección de Arte de la Casa de las Américas, me ha comunicado que está en sus planes inmediatos una reedición actualizada de *En la Galería Latinoamericana*.

Conozca a Cuba primero...

Tal fue la frase que se acuñó para promover el turismo nacional desde fecha temprana a partir del triunfo de la Revolución. De hecho, recuerdo que a inicios de instituirse la Licenciatura de Historia del Arte en nuestra facultad, pudimos organizar una excursión de estudio sobre la arquitectura colonial en la zona central de nuestro país. En un ómnibus facilitado por la Universidad recorrimos, libretas y cámaras en mano, la rica zona central para estudiar *in situ* las edificaciones de Trinidad, Sancti Spíritus y Remedios. Éramos un grupo pequeño (que incluía algunos familiares) y contamos con la ayuda de historiadores y conocedores de la zona. Recuerdo a Alejandro Alonso y Pedro Contreras entre los alumnos que posteriormente seguirían de algún modo vinculados a los quehaceres de nuestro objeto de estudio.

En 1967 se celebraron varios encuentros significativos en nuestro país. Paralela a la reunión de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), la Casa de las Américas convocó al evento de la Canción Protesta, que contó con el famoso cartel de Rostgaard, el de la rosa con la espina sangrante, que devino un símbolo internacional de la Revolución. Yo pude unirme, con Roberto, al grupo de la Casa que acompañó a los cantantes. En la madrugada, a la cinco en punto, abordamos un excelente ómnibus que formaba parte de una disciplinada caravana que llevaría a todos los asistentes del acto a la inauguración del poblado de Gran Tierra, en el extremo oriental de nuestro país. Cada cinco ómnibus llenos de pasajeros, viajaba un ómnibus vacío y un carro equipado con comunicación inalámbrica y servicio de primeros auxilios. Tal organización

garantizaba el tránsito ininterrumpido de la caravana, previniendo cualquier tipo de rotura o accidente. En los ómnibus encontramos unos paqueticos con el desayuno y bastantes botellas de agua. Así viajamos ininterrumpidamente durante horas (mejor dicho, con pequeñas paradas para el alivio silvestre de nuestros cuerpos, a las cuales se acostumbraron rápidamente los invitados extranjeros) de Santiago de Cuba hasta Guantánamo, para ahí internarnos por la notable carretera de La Farola hasta Baracoa. Allí, era la hora de almuerzo (es decir, nos dieron nuevas cajitas con comida y botellas de agua fresca) y abandonamos los flamantes ómnibus. A partir de ese momento, las mujeres y los hombres de más edad viajamos en vehículos serranos de doble tracción, y el resto de los hombres se montaron en unos camiones abiertos. Así hicimos el recorrido por las escarpadas sierras, en medio de un panorama emocionante por las empinadas alturas totalmente silvestres.

En lo que sería la mitad del trayecto, los vehículos se detuvieron en un llano de la serranía. Pensamos que encontraríamos unos retretes improvisados (como ocurrió), pero, sobre todo, vimos atónitos que de unos camiones allí parqueados salían unos sorprendentes recipientes con helados Coppelia. Mientras algunos de los visitantes murmuraban, casi incrédulos, frases eruditas sobre el surrealismo en medio de las montañas, nos dispusimos a disfrutar del inesperado festín. A las cinco en punto de la tarde llegamos al fin de nuestro recorrido. Acostumbrado ya a la finalidad de las paradas, uno de los cantantes se internó en un sembradío para aliviarse. En instantes, escuchó cómo se rastrillaba un arma mientras una insistente voz le conminaba a salir. Eso hizo rápidamente, sosteniendo sus pantalones y gritando: “Soy uruguayo, soy uruguayo”. No se había dado cuenta de que habíamos llegado al fin del recorrido y que coincidíamos con el arribo, por helicóptero, de Fidel y su comitiva. Al atardecer pude ver, junto a la emocionada Martha Jean Claude con lágrimas en sus ojos, la sombra de la costa lejana de su natal Haití. Esa noche, Fidel habló para inaugurar el poblado de Gran Tierra y conversó con todos los presentes. A la madrugada siguiente emprendimos el viaje de regreso, llevando la memoria imborrable de unas horas excepcionales.

Para el evento de la Canción Protesta, la Casa de las Américas había logrado reunir unos cincuenta participantes procedentes de dieciocho países de cinco continentes (oímos más de seis idiomas), cuyo primer concierto fue al aire libre en Santiago de Cuba. Ofrecieron diversas presentaciones, y a partir del 29 de julio sesionaron en Varadero (donde yo no estuve). Recuerdo particularmente a los hermanos Ángel e Isabel Parra, de Chile; Daniel Viglietti, de Uruguay; Oscar Chávez, de México; Barbara Dane, de los Estados Unidos; Raimón, de España, quien cantaba en catalán, y a los artistas del Frente de Liberación Nacional de Viet Nam. La delegación cubana estaba integrada por Rosendo Ruiz, Alberto Vera y Carlos Puebla, cuya canción dedicada al Che, *Hasta siempre*, se ha hecho imborrable. En cierto sentido, se considera que este evento fue algo significativo para el posterior surgimiento, con características muy propias y siempre vinculado a la Casa y a Haydée, de la Nueva Trova, cuyos cantautores tanto han significado para el panorama cultural de nuestro país.

Ya en la década de los años 80, mis viajes por Cuba se hicieron frecuentes, siempre vinculados a mis trabajos como historiadora de arte. Se convocaban regularmente los Salones Provinciales de Arte y tuve la dicha de ser escogida para trabajar como jurado de selección y premiación. Así pude recorrer la Isla de Pinar del Río a Guantánamo, con mayor insistencia (no sé por qué) en la zona aledaña a Holguín. De esta linda ciudad, me trasladé una mañana a Velasco, para conocer las obras en ejecución siguiendo los planos del imaginativo arquitecto Walter Betancourt, fallecido unas décadas atrás. En otra ocasión, viajé a Moa en una avioneta de fumigación (los demás compañeros del jurado fueron por carretera, trayecto que mi columna adolorida no aconsejaba). Esa avioneta volaba a muy baja altura; en ella estábamos el piloto (iba a escribir el chofer pues llevaba el brazo izquierdo apoyado en la ventanilla abierta) y su acompañante; detrás, un campesino con escopeta que fungía de guardia —pues era la época de los frecuentes secuestros de naves—, y yo. El guardia amablemente me tranquilizaba (de hecho, yo estaba tan aterrada que parecía muy tranquila y serena) diciéndome que “cualquier

cosa, nos tiramos en la carretera”. Lo verdaderamente impresionante fue la visión de la majestuosa Bahía de Nipe, que nunca olvidaré.

Otro viaje fuera de lo habitual se me presentó cuando Rita Longa, al frente de CODEMA (la Comisión para el Desarrollo de la Escultura Monumentaria y Ambiental), me solicitó para integrar el jurado que debía escoger el proyectado monumento del punto de llegada de Colón a nuestro archipiélago. De Holguín, donde analizamos los proyectos enviados al concurso convocado, nos trasladamos a Bariay, donde sería emplazado. Encontramos una preciosa playita, rodeada de vegetación, cuyo verdor contrastaba con las arenas blancas y el azul del mar. Era de veras, si la leyenda es cierta, el lugar “más hermoso” de la tierra. Debo confesar, además, que unos pescadores de la zona, después de una grata conversación, nos obsequiaron con ostiones acabados de recoger que, debidamente aliñados, Rita y yo, con los demás compañeros, engullimos con los acompañantes traguitos de ron. Debo aclarar que ya habíamos llegado a una conclusión, por mayoría, sobre el proyecto escogido.

Aun otra oportunidad fuera de lo habitual se me presentó cuando Isabel Rigol, al frente del CENCREM (Centro y Comisión de Restauración y Museología), me invitó a participar en un evento a celebrarse en Las Tunas. El tema era el eclecticismo en arquitectura. Tunas era el lugar idóneo ya que, tras la destrucción de la ciudad durante las luchas independentistas, esta fue reconstruida fundamentalmente siguiendo los parámetros de ese estilo (o no-estilo, según sus detractores). Los ponentes eran fundamentalmente arquitectos (Isabel, Luis Lapidus, Escobar, entre otros), mientras se esperaba que yo ofreciera una conferencia sobre el estilo en sus diversas manifestaciones. Aprendí mucho oyendo las ponencias y recorriendo la ciudad y sus principales construcciones. Esta última actividad, en compañía sobre todo de Daniel Taboada, me devolvió a un interés que me había captado dos décadas atrás. En esa época, Taboada me instó a que visitara con él la Casa de la Obra Pía, en La Habana colonial, a punto de ser derribada por su mal estado. Daniel estaba alarmado considerando, con razón, que se trataba de una joya de la arquitectura colonial que,

además, atesoraba pinturas murales medio ocultas que estaban por descubrir y estudiar. Me instó a que visitara la casa, que había devenido una cuartería y ya estaba evacuada. Mano a mano, recorrimos las vastas estancias, caminando con cuidado por los pisos fragmentados hasta que llegamos a la azotea. Allí vimos muros pintados, sobre todo en una solitaria habitación, en la cual las pinturas eran de mayor envergadura. Esa iniciativa de Taboada me motivó a una investigación que culminó en un texto que titulé “La pintura olvidada”, el cual —me hago la ilusión— colaboró con los esfuerzos de Daniel, y de otros muchos, a que la Casa de la Obra Pía y otras similares en La Habana colonial fueran restauradas.

Algún tiempo después, continuando mi preocupación por tan valioso aspecto del arte de siglos atrás, pude conversar un poco con Mateo Torriente, quien estaba restaurando las pinturas de una señorial residencia habanera. Todos esos recuerdos regresaron cuando Taboada y yo nos rencontramos en Las Tunas y, jóvenes aún, volvimos a recorrer salones y azoteas de antiguas mansiones e imaginar las hábiles manos que nos habían legado tales tesoros.

Otro 26 de julio que pasamos en Santiago de Cuba fue debido a la invitación de Haydée a la directiva de la Casa, con su familia, a pasar esos días en su domicilio de esa ciudad. Nuestras niñas la pasaron de lo mejor, con los hijos de Haydée y de los compañeros de la Casa. El 26 respetamos el ensimismamiento de Haydée y a la tarde fuimos al acto donde Fidel citó a Rubén Martínez Villena; días después, al carnaval que se celebraba fundamentalmente en la famosa calle Trocha. Las orquestas eran estupendas y se bailaba animadamente en las calles. En eso, un joven, alto y bien vestido, se acercó a Roberto y le pidió permiso para bailar una pieza conmigo. Era excelente y totalmente silencioso en el baile, al fin del cual me llevó de vuelta a donde estaba Roberto, y le dio las gracias a él. Fue el mejor son que he bailado en mi vida, aunque el compañero nunca me dirigió la palabra.

...Y al extranjero después

Paralelamente a estos trabajos como jurado y conferencista en las provincias de mi país, recibí invitaciones para realizar tareas similares en otros países de Nuestra América. Ya he mencionado los viajes a México y Brasil; pude laborar también en otros centros interesantes. El viaje a Colombia empezó un tanto movido: mi maleta se “perdió” en el trayecto Panamá-Bogotá y reapareció tres días después con la correíta interior partida. Esos días en Bogotá me fueron terribles por la altura de la ciudad, que me produjo una insistente jaqueca, falta de aire y vómitos. Tal estado lamentable me impidió moverme, aunque hice un esfuerzo para visitar el impresionante Museo del Oro. Al llegar a Cali, donde habría de celebrarse el Salón de Dibujo y Diseño, de cuyo jurado yo formaba parte, empecé a respirar y a disfrutar del lindo paisaje de la llanura.

El jurado estaba formado por tres miembros: Ángel Kalemberg, director del Museo de Montevideo; Milton Glazer, el famoso diseñador estadounidense, y yo. Del mismo modo que había pasado en Zacatecas, cuando coincidimos el Dr. Kubler y yo en Cali, Kalemberg, evidentemente, se preparaba para mediar entre el norteamericano y la cubana. Una vez más, Glazer, su esposa Shirley y yo simpatizamos enseguida, evitando temas políticos conflictivos. Se dio entonces la curiosa situación en la que Glazer y yo solíamos coincidir entre nosotros más que con el uruguayo al recorrer los vastos salones de la muestra competitiva.

Aprendí mucho de los análisis que hacía el diseñador del *Village Voice* ante las piezas enviadas al concurso, sobre todo en la sección de diseño, que había sido convocada con tema prefijado. Cuba había enviado una buena muestra (en cuya selección yo no intervine) y sobresalía el envío de Rostgaard. Glazer valoró esta pieza; yo, como es natural, lo apoyaba, y el diseño de Rostgaard llevó medalla de oro. Por supuesto, yo no mencioné que el artista en esos momentos había partido hacia Angola.

En Cuenca, Ecuador, coincidí en el Jurado del Salón de Pintura y Dibujo con la mexicana Raquel Tibol, con la cual reanudé una vieja amistad. De hecho, casi trabajamos solas, pues

se había producido una difícil situación con los artistas ecuatorianos: ellos habían rechazado la decisión de los organizadores del Salón de someter el aporte ecuatoriano a un jurado de selección. Como este se mantuvo, la inmensa mayoría de los artistas, entre ellos los de más importante trayectoria, se abstuvieron de asistir al Salón, aunque los premios serían considerables. El miembro ecuatoriano del jurado al parecer simpatizaba con los artistas y apenas asistió a las sesiones de trabajo. Quedamos, pues, Raquel y yo recorriendo solas los salones, para valorar los envíos. Unánimemente decidimos que los premiados serían, en el siguiente orden: el argentino Julio Le Parc, el paraguayo Carlos Colombino y la puertorriqueña Myrna Báez. De acuerdo Raquel y yo (el jurado ecuatoriano asentía a todo), otorgamos menciones a un joven mexicano cuyo nombre olvido y a Tomás Sánchez, que integraba parte del envío cubano.

En otra ocasión, fuimos invitados Mariano, Marta Arjona y yo (tal parecía que ocurriría de nuevo una Antibienal) a un evento teórico en Caracas. Era mi inicial contacto con la capital venezolana. El primer día, como tenía unas horas libres antes de que comenzaran las sesiones, decidí ir al Museo de Bellas Artes, que podía ver cerquita del hotel donde estábamos. Se lo comenté a Mariano, quien me dijo: “Toma un taxi”. Le respondí que el Museo estaba justo en frente, que podía ver la entrada desde el hotel, pero Mariano solo me repetía que fuera en taxi. No le hice caso, pero después de un largo rato intentando atravesar el fuerte tráfico, no me quedó más remedio que montarme en un taxi para cruzar la calle.

Las sesiones fueron en ocasiones de fuertes discusiones, sobre todo la que presenté sobre el diseño gráfico surgido a partir de la Revolución Cubana. Un delegado, cuyo nombre no retengo aunque sí sé que era un cubano exiliado, intentó refutarme leyendo unos párrafos sobre el grabado ejecutado en Cuba en décadas anteriores. Su ponencia era realmente pobre, y además no tuvo eco entre los asistentes, así que no pasó nada del otro mundo.

Días después fuimos todos invitados por los organizadores a viajar hasta Ciudad Bolívar, en cuyas cercanías estaba el

Museo *Soto*. Allí atravesé uno de sus “Penetrables” con gusto (años después fui a una exposición de Soto en Madrid y procedí a meterme en el gran Penetrable amarillo que constituía la exposición toda. Confieso que a la mitad me entró una suerte de pánico de no poder encontrar la salida. Supongo que esa es una de las finalidades de la obra de Soto). Luego, Mariano y yo (Marta se había quedado en Caracas) fuimos invitados por Alejandro Otero a recorrer los llanos donde estaban emplazadas algunas de sus obras monumentales. Recuerdo que era la estación de los mangos, así que Mariano y yo viajamos en un carro lleno de las frutas que le habían regalado a Otero y que despachamos entre nosotros, observando las múltiples cataratas del cercano Orinoco. Creo que empecé a comprender un poco el arte venezolano a partir de este paisaje monumental.

En la primavera de 1980, fuimos escogidos Flavio Garcíandía y yo para llevar una muestra de arte cubano a Checoslovaquia. Después de inaugurada la exposición en Praga y de haber visitado un maravilloso café totalmente Art Nouveau, nos mandaron a Bratislava, donde Flavio debía recoger un premio. Al segundo día, la intérprete nos dijo que la jornada siguiente solo podría estar con nosotros por la tarde, pero que cerquita del hotel había un museo que podría interesarnos. Allí Flavio y yo pasamos un buen rato estudiando una interesante exposición enviada por el Museo de Manchester sobre el movimiento *Arts and Crafts*. Al mediodía fuimos a ver el río Danubio, que no tiene nada de azul y nos dispusimos a buscar algo de almuerzo. Entramos en un pequeño lugar totalmente vacío y nos vino a atender un solitario camarero. Por supuesto, no entendíamos el menú que nos alcanzó; tampoco él entendía nuestras frases en español, inglés, francés y hasta traté algo en italiano. Cuando ya nos resignábamos a hacer una rígida dieta hasta que apareciera la intérprete, me acordé de que mi mamá me había explicado que Chaplin, en el famoso discurso final en *El gran dictador*, incluía frases en alemán chapurreado que se referían a la comida. Así las cosas, en mi desesperación le pronuncié al camarero, sin entender nada, algo que sonaba bien germano: *Wiener Schnitzel*

mit Sauerkrat. Entonces él sonrió y dijo que entendía con una sonrisa. Así, gracias a Charlot, almorzamos un bistec empapado con col agria.

En 1986, recibí una invitación para asistir a la sesión anual de la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA) que habría de celebrarse en Caracas. Al llegar, me abordaron el presidente (rumano) y el secretario (francés) del AICA para expresarme su interés en que se creara un capítulo cubano. Les respondí que el obstáculo radicaba solo en el aspecto económico, pues la cotización, aunque pequeña, era en divisa y de obligatorio cumplimiento, y Cuba no estaba en condiciones de asumirla. Ellos me respondieron que la solución que proponía la Asociación en casos semejantes era la siguiente: se formaba un capítulo amplio a nivel nacional pero solo se acreditaban (es decir, cotizaban) unos cuatro miembros, los cuales podían asistir a las reuniones anuales y dar a conocer la labor del capítulo nacional. A mi regreso a La Habana, informé tales condicionantes y el Ministerio de Cultura asumió la responsabilidad, nombrando como miembros a representantes de las principales instituciones culturales que promovieran las artes plásticas. Yo quedaría como presidenta fundadora, y en poco tiempo funcionaba un capítulo cubano formado por unos treinta miembros provenientes de diversas provincias. Una de las primeras actividades consistió en otorgar un premio anual a la mejor curaduría y otro al más destacado artículo de crítica de arte (el término “curaduría” era tan inusual en la época que el diario *Granma* publicó una entrevista que me hicieron, explicando el alcance del término).

En 1987, asistí al congreso anual que se celebró en Madrid, llevando la información de los miembros y de sus actividades a lo largo del año. En ese congreso ocurrieron dos eventos en los cuales intervine. En primer lugar, se procedió a la elección de un nuevo presidente de la Asociación. Hasta entonces, durante décadas, el cargo había sido ocupado por un europeo; por primera vez, se nominaba a una persona latinoamericana. Por supuesto, la venezolana (Bélgica Rodríguez) contó con mi voto; bromeábamos que había sido el mío, ya que ganó por un solitario voto. El otro debate en el cual intervine tenía que ver con la

solicitud de un grupo de críticos puertorriqueños que reclamaban tener un capítulo independiente y no seguir perteneciendo, como hasta entonces, al capítulo norteamericano. La solicitud llegó al congreso en las manos de la delegada de Santo Domingo, Marianne de Tolentino, quien pidió mi apoyo. Las intervenciones europeas sobre el asunto se basaban en dos condicionantes: los puertorriqueños ya estaban presentes en el capítulo estadounidense; por otra parte, los países representados en la Asociación, que dependía de la UNESCO, cotizaban debidamente a esa organización: ¿lo haría Puerto Rico? Cuando me dieron la palabra, respondí que en los eventos deportivos internacionales solían acudir un equipo estadounidense y otro puertorriqueño (cité un reciente evento de *baseball*, en el cual los dos equipos rindieron una memorable faena). Por otra parte, recordé que los Estados Unidos hacía años no cotizaba en la UNESCO: de aplicar el AICA ese criterio, nos veríamos privados de la asistencia de nuestros colegas norteamericanos en futuros congresos. Al año siguiente, en el congreso celebrado en Buenos Aires, se me acercó el flamante presidente del capítulo puertorriqueño para agradecerme el apoyo prestado a su solicitud. Sorpresivamente, también añadió que él era católico, apostólico y romano.

El último congreso al cual asistí se celebró en la Unión Soviética, entre Moscú y Tbilisi, capital de Georgia. Ya en ese año —1989— sentí que algo estaba ocurriendo en ese país. Al llegar al aeropuerto de Moscú, solo me esperaba una compañerita cubana, amiga de la familia, cuyo esposo trabajaba en esa época en la URSS. Nos dirigimos a un buró que tenía un letrero del AICA; mi amiga, hablando en ruso, trató en vano de que nos atendiera alguien. Después de un rato de este maltrato, hablé en voz alta y en inglés, solicitando una atención inmediata. Poco después estaba en el alucinante Hotel *Rossía*, donde no pocas delegadas al congreso se perdieron en los vastos corredores, todos idénticos. En la encantadora ciudad de Tbilisi, la guía que me tocó no hacía sino murmurar ácidas críticas de los soviéticos.

Al año siguiente, la AICA sesionó en Los Ángeles y tuve una ya familiar experiencia con la visa estadounidense. En

años anteriores, yo había recibido varias invitaciones para ser jurado de la Bienal de San Juan, que sesionaría de lunes a viernes de una determinada semana. Nunca me negaron la visa norteamericana: sencillamente llegaba a La Habana el viernes, último día de la Bienal. Así ocurrió con el congreso californiano de la AICA: a pesar de que dieron a conocer una protesta oficial el primer día de plenaria, la visa me llegó el día de la clausura del evento.

No participé en otros congresos anuales, que se celebraron durante la década de 1990, por razones económicas obvias: decayó la actividad del capítulo cubano durante algunas décadas. En 2014, se puso de manifiesto que renacía el interés en la creación de un nuevo capítulo cubano. Agradezco que, a sugerencia de la presidencia de la Asociación y de los nuevos críticos cubanos, me hayan designado miembro de honor del capítulo cubano que hoy se hace sentir internacionalmente.

De nuevo, viajes con Roberto

Durante la década del 60 y después de la estancia parisina en la embajada, quedé en La Habana trabajando en la Universidad y cuidando de las niñas. Al inicio de la década siguiente, y por insistencia de la Unión de Escritores de la URSS, acompañé a Roberto a Moscú. Allí nos esperaban un escritor cuyo nombre he olvidado, Luis Suardíaz de la embajada, y Ella Braginskaya, que habría de acompañarnos como traductora. Aparte de las muchas reuniones y entrevistas, tuvimos dos noches memorables en Moscú. Primero, en la Sala *Chaikovsky*, un concierto de Richter, quien interpretó, ante un público entusiasta, un programa bien riguroso: varias sonatas de Beethoven, de las menos incluidas en los recitales (nada de la *Apasionata* ni del *Claro de Luna*). Y después, una ocasión inolvidable en la cual tuvimos el privilegio de asistir a una función de la compañía de títeres *Obratsov*. Fue una experiencia realmente extraordinaria ver la vida que cobraban esos títeres, el movimiento escénico, las voces que nos transmitían todo el sentido de la

obra aunque no entendiéramos el idioma; todo nos fue envolviendo de una manera mágica. Al finalizar, y después de largos minutos de aplausos delirantes, los titiriteros salieron a saludar. Formaban un grupito de figuras contrahechas, todas vestidas de negro, que, con cierta torpeza, respondían a nuestra vociferante admiración.

La noche en que debíamos salir hacia Leningrado (ahora vuelve a ser San Petersburgo), fuimos a la casa de un gran escritor que Roberto tenía interés de conocer: se llamaba Shklovsky, quien nos recibió en su apartamento, donde a la entrada había una foto de Mayakovsky con él, y nos ofreció vino. La conversación giró, no sé cómo, a la mención que hicimos Roberto y yo de la obra de Sterne: Roberto habló del *Viaje sentimental* y yo del *Tristram Shandy*. Shklovsky cambió de rostro, le pidió a la esposa que retirara el vino y trajera el *champagne* y la conversación se animó extraordinariamente. Habíamos encontrado un terreno común.

En el tren que tomamos a medianoche, nos tocó un compartimento de seis literas; las otras tres fueron ocupadas por soviéticos a los cuales, por supuesto, no entendíamos. Leningrado es una ciudad bellísima, llena de lugares históricos, un museo maravilloso —el *Hermitage*— y una ópera suntuosa donde asistimos a una función en el palco real. Una tarde, Roberto tenía una cita con un lingüista famoso y, como yo quería volver al museo, le pedí a Ella que me enseñara a decir en ruso “no entiendo”. Como iba a caminar sola unas pocas cuadras que separaban el museo del hotel, sabía por experiencia que alguien se me acercaría en la calle y me preguntaría por una dirección, cosa que me ocurría invariablemente en otras ciudades que había visitado. Ella me enseñó a decir “Niet ponimai” y me volvió a advertir que no debía comer helado bajo una nevada, cosa que yo había visto en varias películas. Visité el museo, deteniéndome una vez más ante Rembrandt, y regresé caminando al hotel. Efectivamente, se me acercó una mujer y me hizo una pregunta que por supuesto no entendí. Entonces me equivoqué y, ante su asombro, invoqué al novelista de moda y le dije: “Niet Polevoi”. Después, empezó una ligera nevada y vi en una esquina a una vieja que vendía unos

helados. Aprovechando que Ella no podía verme, me acerqué, por señas le señalé el barquillo de helado y le extendí una mano con varias monedas. La mujer escogió algunas, me dio un helado y llegué feliz al hotel comiendo el exquisito helado bajo la nevada.

Regresamos a Moscú, pero esta vez a Roberto y a mí nos condujeron a un compartimento privado del tren, totalmente forrado de espejos, incluyendo el techo, y allí pasamos la noche hasta que nos avisaron de madrugada, con la invariable taza de té caliente. Aunque Roberto había manifestado su interés en visitar Samarkanda, Ella insistió en que era imposible, que iríamos a Armenia y Azerbaiyán. Allí se nos unió otro traductor, llamado Adel, que traducía del idioma local al ruso. Nos llevaron a conocer un ingeniero en Bakú, quien después del diálogo de rigor le preguntó a Roberto si él iría, después de viajar tanto desde su isla natal, a cenar en su casa. Y así fuimos al día siguiente a cenar a casa de Mejralí. Fue sin dudas un rato agradable, con la comida típica del lugar, servida por la esposa de Mejralí, quien nunca se sentó a la mesa, así como su anciana madre, vestida de negro, quien no entendía nada de ruso y se sentó en el sofá. Nos presentó orgullosamente a sus hijos que estudiaban en la Universidad y prometió mandarnos cartas. Roberto, a nuestro regreso a Cuba, escribió un excelente artículo: «La noche de Mejralí».

Pasarían unos veinte años antes de que pudiéramos de nuevo viajar juntos. A partir de la década del 90, volví a ser la acompañante de Roberto, aunque siempre con mis diapositivas para poder ofrecer alguna conferencia sobre arte cubano. Un viaje fuera de la órbita habitual ocurrió al recibir una invitación a visitar Japón. Roberto ya había viajado al Extremo Oriente, durante la guerra de Vietnam, para realizar un filme bajo la dirección de Julio Garcia Espinosa. Pero para mí era el primer contacto con tal cultura. La primera escala fue en Ciudad México, donde estuvimos con Rapi Diego, quien nos acogió con el cariño de siempre y nos cedió su cama para pasar algunas horas de la noche.

De madrugada abordamos el avión que, con una parada técnica en Canadá, nos llevó hasta Tokio. Allí nos esperaba una

extraordinaria intérprete, que había vivido algunos años en Argentina y atendió a Jorge Luis Borges durante su viaje a Japón (por cierto, a una pregunta mía me confirmó que María Kodama no hablaba japonés.) Nos dieron en efectivo la dieta para resolver comida y otras necesidades mientras los invitantes se ocupaban del hotel, viajes y transporte. En el elegante hotel donde nos alojaron ocurrieron varias cosas de inmediato. Como era el sistema de *Bed and Breakfast* y siempre teníamos una cita para la cena (en el estilo tradicional, sin zapatos, sentados en el piso sobre alfombritas y con “palitos”), teníamos que resolver el almuerzo por nuestra cuenta. El primer día, sin la presencia de la intérprete, pedimos el plato más barato en el restaurante del hotel. De regreso a nuestra habitación, saqué la cuenta y nos dimos cuenta de que no nos alcanzaría el dinero. Por suerte, Roberto se había fijado que en frente del hotel había una tiendecita llamada *Lawson*, donde vendían comida ligera y no había que hablar, pues el cliente tomaba en una cestica lo que deseaba y luego pagaba en la caja contadora. Así establecimos la costumbre de que yo iría por las mañanas, antes del compromiso señalado, compraría huevos duros, frutas y algún emparedado, me fijaba en la caja contadora, pagaba y me iba sin pronunciar palabra. Para el almuerzo en nuestra habitación, imité a Chaplin y ponía un mantel con el periódico *Tokio Times* que nos echaban por la puerta todas las mañanas.

Al día siguiente de nuestra llegada, recibimos la visita de un funcionario del hotel, acompañado de dos trabajadores. Cortésmente y en inglés, nos informó que estábamos en un piso de no-fumadores y que uno de nosotros (era yo) había fumado. Por consiguiente, nos mudarían de inmediato para un piso de fumadores. Antes de poder decir palabra, vimos cómo procedieron a recoger todas nuestras pertenencias, nos invitaron al elevador, nos mostraron la nueva habitación y, en pocos minutos, colocaron nuestros objetos en el orden preciso en que habían estado en la primera habitación (incluyendo los cepillos de dientes en el baño) y se marcharon con profusos saludos.

Algunos días después la intérprete nos citó para que estuviéramos en el vestíbulo del hotel a las siete en punto de la mañana para ir en tren a Kyoto. Como ya nos habíamos acostumbrado a la puntualidad, estuvimos listos a las siete menos cinco. Y allí vi algo que creo que me ayudó a empezar a comprender algo de la nueva cultura que me sorprendía cotidianamente. Unos empleados estaban limpiando la enorme alfombra que cubría el vestíbulo con unas aspiradoras mecánicas de último modelo (de esas que parecen manejarse con un solo dedo). Pero detrás de ellos iban unas mujeres arrodilladas analizando con las manos cada segmento de la alfombra, en busca de alguna basurita que la máquina hubiera pasado por alto. Esta mezcla de maquinaria sofisticada con trabajo arcaico de tipo manual me pareció que pudiera tener algo que ver con un modo de vida desconocido para mí hasta entonces. De hecho, algunos días después, cuando pudimos conversar —en inglés— con un profesor de la Universidad, llegué a preguntarle cómo amueblaban sus residencias, si al modo tradicional o al modo occidental moderno. Me respondió que preferían una combinatoria de ambas: algunas piezas serían occidentales, otras japonesas tradicionales.

Roberto ofreció varias lecturas y conferencias, yo pude mostrar mis diapositivas en varias ocasiones; nos acostumbramos a que, al anunciarnos, solo entendíamos cuando pronunciaban nuestros nombres seguidos del sufijo *san*, que nunca llegué a saber exactamente a qué equivalía.

Pedí en múltiples ocasiones que me interesaba ver el arte japonés contemporáneo pero no lo logré: siempre me mostraron museos de arte tradicional. Eso sí, nos llevaron a algunos museos muy modernos que mostraban excelentes piezas de arte europeo, incluyendo unos Picasso precursores del *Guernica*. Una excursión notable fue a un parque de esculturas al aire libre, verdadero muestrario de la escultura contemporánea occidental. En el catálogo voluminoso, leímos que había una pieza de Agustín Cárdenas, la cual vimos lado a lado con otros grandes del arte contemporáneo.

En cuanto a los Estados Unidos y su agresiva política contra Cuba: una invitación a sus territorios (pienso en Puerto

Rico) por alguna institución cultural era relativamente posible; lo que se dificultaba era poder cumplimentarla con la obtención de una visa. Roberto había viajado a algunas universidades de la costa este con un grupo de intelectuales, en el cual yo no estaba incluida. Pero pude acompañarlo en algunos viajes bien interesantes durante los años 90. El primero fue en ocasión de los 500 años de la llegada de los europeos a las costas americanas. La Universidad de Nueva York (NYU) convocó un simposio internacional —*Encuentro con el otro*— en el cual Roberto sería uno de los tres oradores iniciales. Así nos encontramos de nuevo con Kamau Brathwaite (lo habíamos conocido años antes de su viaje a Ghana, cuando se llamaba Edward). En esta ocasión nos invitó a un café y Roberto le consultó si debieran usar corbata en la inicial mesa redonda. Su respuesta fue que no sabía, que él no tenía corbata (Roberto solucionó su propio problema usando un jersey con cuello de tortuga y un saco). Kamau pronunció, con su convincente estilo declamatorio, un excelente oratorio. Roberto fue muy justamente aplaudido al terminar la lectura, en inglés, de su excelente ensayo “Caliban quinientos años más tarde”; es decir, “*Caliban. Five Hundred Years Later*”.

La invitación de NYU incluía viaje, alojamiento y una dieta apropiada. Así nos alojaron en su residencia para profesores invitados en Union Square, de tan ilustre historia por haber sido sede de históricos movimientos sociales y, décadas después, de la famosa Fábrica de Arte fundada por Andy Warhol. Queda a unas cuantas cuerdas de Washington Square, donde radica la Universidad y lugar central del famoso Greenwich Village de la bohemia artística y literaria. Un día nos sentamos allí a comer perros calientes, y vimos la plaza lamentablemente cruzada periódicamente por carros perseguidores marcados NYPD (Policía). Ya los amigos nos habían advertido que no usáramos el *subway* después de las seis de la tarde.

En Union Square se colocaban unos estantes con libros de uso y postales con retratos de grandes ilustres todos los días, salvo los miércoles, en que la plaza se llenaba con la venta de productos agrícolas cosechados sin fertilizantes químicos. En una acera entre los dos Squares se situaba un joven con un

estante de libros de uso y letreros impresos en una especie de azulejo plástico: uno preguntaba: “*Why be normal?*”, y el más notorio era el que decía en grandes letras de imprenta: “*Fuck the cops!*”. Comprendí la frase mejor el día que caminaba hacia la Universidad y vi cómo, a la velocidad de un rayo, el muchacho recogía toda su mercancía porque se vislumbraba un policía y evidentemente él no tenía permiso para situarse en la vía pública.

Una noche nos contactó Jean Franco para invitarnos a una cena en casa de Gayatri Spivak, con el fin de conocerla a ella y a Edward Said. Como Gayatri vivía en un apartamento que daba a Riverside Drive, paseo preferido por nosotros años atrás, fuimos a la cita media hora antes de la señalada. Caminamos por Riverside y nos sentamos a disfrutar del crepúsculo y las muchas memorias del lugar antes de cruzar la calle para subir a la casa de Gayatri. Cuando contamos nuestro lindo paseo vimos el asombro en sus rostros y la advertencia de que nunca más acudiéramos a Riverside al anochecer. La noche fue muy grata y provechosa, y Said, ya enfermo pero extraordinariamente amable, conversaba especialmente con Roberto, sobre todo a partir de sus respectivos ensayos *Caliban* y *Orientalism*.

Otro día, mi amiga, la notable crítica de arte Dore Ashton, me invitó a dar una conferencia sobre arte cubano en el Cooper Union donde ella trabajaba. Me emocionó conocer esta escuela muy progresista y antigua, mencionada elogiosamente por Martí. Al terminar mi exposición, Dore me entregó un sobre con setenta y cinco dólares como compensación por mi trabajo, diciéndome con un tono de disculpa: “Con esto solo podrán almorzar hoy en un restaurante”. Cosa que por supuesto hicimos.

De Nueva York iniciamos un periplo que llamaban *coast to coast*, respondiendo invitaciones de diversas universidades situadas por todo el territorio hasta la costa del Pacífico. Primero fuimos a la Universidad de Illinois, en Urbana Champaign, donde nos esperaban Ivan Schulman y su esposa Evelyn Picon Garfield. Por cierto, a Evelyn debo la inicial bibliografía que tuve sobre mujeres en el arte. Las conferencias de Roberto, siempre

en inglés, fueron muy exitosas y yo también pude dar a conocer algo del arte cubano contemporáneo. Cuando llegamos a Iowa, fuimos muy amablemente recibidos por la directora (chilena) del Departamento de Español, pero tuvimos que confrontar la activa persecución de una cubana contrarrevolucionaria que se manifestó de diversas maneras contra nosotros y, por supuesto, contra la Revolución. Tuvimos varios encuentros algo violentos con ella; el punto culminante fue la tarde en que Roberto estaba programado para ser el orador principal de la sesión final del evento. Al llegar al auditorio en que se celebraría el evento, nos saludó un encantador matrimonio ya bien entrado en años (él escribía artículos que solo encontraban publicación en Alaska) y la señora nos dijo que habían asistido bien temprano para apoyarnos a propósito de lo que ella denominaba “*the nasty letter*”, es decir, la carta odiosa (no encuentro traducción exacta de *nasty*, que es odiosa y también repugnante, etcétera). La “gusana” se había dedicado a colocar esa mañana una odiosa carta contra nosotros y, por supuesto, la Revolución, en todos los casilleros de los profesores y alumnos. A pesar de sus esfuerzos, el auditorio estaba repleto de un público que escuchó con simpatía la primera intervención muy elogiosa para Roberto, y luego sus palabras fueron recibidas con fuertes aplausos (la “gusana” estaba, además, en proceso de divorcio y llegó a perder la custodia de su hija por no ser “apta”. Parece que no era apta para nada).

Llegamos a California, donde visitaríamos dos de sus grandes universidades: Stanford y Berkeley. Con alguna esperada intervención maliciosa que Roberto ridiculizaba fácilmente, pasamos unos días muy provechosos y agradables. Conocimos a una joven cubana, profesora del pregrado, que estaba trabajando en su tesis de doctorado. Kenya se dedicó a nosotros y nos presentó al padre de sus hijos, quien nos ayudó a confirmar nuestros pasajes de regreso a Nueva York-Habana. Se trataba de un cubano, algo mayor que ella, que había emigrado, adolescente aun, a inicios de la década de los años 50. Había llegado a ocupar un puesto importante en las oficinas de una compañía de aviación. Pero cuando lo conocimos (él parecía que había dejado Luyanó la semana antes) pasaba una tempo-

rada difícil: la compañía a la cual había dedicado su vida laboral se declaró en quiebra, con lo cual todos sus empleados quedaron cesantes. Ya en sus cincuenta años, le resultaba prácticamente imposible encontrar un empleo adecuado. Después de unos meses, se funda una “nueva” compañía de aviación, que le ofrece un trabajo similar al que había desempeñado, pero, naturalmente, con un salario menor y sin posibilidad de retiro por la edad que ya tenía. La “nueva” estaba constituida por los mismos empresarios de la que se había declarado en “quiebra”, pero que ahora resurgía pagando menos salarios y quitándose de encima los beneficios que sus empleados experimentados habían acumulado. Kenya, nuestra nueva amiga, mantenía excelentes relaciones con él y procuró que conociéramos a otros cubanos que vivían en la ciudad. Antes de abandonar la zona, nos llevaron en un largo recorrido por el famoso puente Golden Gate (asustándome con la referencia a los frecuentes terremotos) y una breve estancia en San Francisco.

En 1994, fuimos invitados, con Maggy Mateo, a participar en un evento en Pittsburgh. Allí volvimos a ver a Kenya, ya doctorada y con un buen puesto de profesora en la Universidad. Me dijo que había recibido dos propuestas de trabajo: una en la Universidad de Columbia en Nueva York, y la que había finalmente aceptado en la Universidad de Pittsburgh. Ante mi asombro porque hubiera desechado el puesto en Nueva York, me respondió que los sueldos eran iguales en ambas universidades pero el costo de vida en Nueva York le era prohibitivo, en especial a la hora de encontrar vivienda para ella y sus dos hijos adolescentes. Nos invitó a un almuerzo en su casa ese domingo y, en efecto, había conseguido un hogar con dormitorios para su hija, su hijo y ella misma con su nuevo compañero. En el patio trasero hicieron un *barbecue* con las tradicionales hamburguesas. Me invitaron una tarde a visitar el Museo *Andy Warhol*, que él había especificado en su testamento que se erigiera en el barrio obrero donde había crecido. Yo no era particularmente afín a su obra, pero, al recorrer los siete pisos del museo, empecé a familiarizarme con aspectos que no conocía de su producción. Bien ajeno a sus famosos retratos reiterados de la Monroe, de Liz Taylor, de sus cuartos

lentos de globos inflados movidos por un ventilador, era el ambiente evocador de una sala, totalmente vacía de público, donde permanecí, solitaria, durante largos minutos, envuelta en el gran friso de diseño abstracto que rodeaba la estancia. Encontré algo conmovedoras sus últimas obras, realizadas con el joven Basquiat sobre los *punching-bags* de los boxeadores.

Otra visita importante nos la proporcionaron cuando fuimos a visitar la famosa *Casa de la Cascada* del insigne Frank Lloyd Wright. Nos maravillaron las estancias iniciales, en las que el espacio fluye del destinado a la comida, al del estudio, a la sala de estar, hasta llegar al fabuloso espacio abierto que sobrevuela la cascada. Su sonido nos acompañó durante todo el trayecto, haciendo de la visita un evento memorable. Pero debo confesar que los espacios destinados a dormitorios me resultaron lugares en los cuales el diseño arquitectónico era todopoderoso, a expensas de la habitabilidad y comodidad de la propia estancia. Al salir, visitamos las habitaciones anexas, destinadas a las visitas. Allí eran amplios los espacios y, en una pared, Roberto detectó un paisaje original del mexicano Velasco.

En 2002, fuimos invitados a ir a Norman, Oklahoma, universidad que había nombrado a Roberto como *Putterbaugh Fellow*. Esta distinción, otorgada en años anteriores a escritores como Julio Cortázar y Luisa Valenzuela, es considerada académicamente de gran valor. Partimos, pues, a la semana de actividades en honor del premiado del año. Fueron invitados para participar en el evento Nancy Morejón, Miguel Barnet, Ambrosio Fornet y Pablo Armando Fernández, por lo que nos sentimos bien acompañados por viejos y nuevos amigos. Yo presenté una ponencia que recorría los textos —prosa y verso— que Roberto había dedicado a varios pintores amigos; lo que más impresionó fue la proyección de la última diapositiva en la que mostré una obra de Raúl Martínez. En ella combina su talento como pintor, diseñador y fotógrafo en el cartel dedicado al libro *Para el perfil definitivo del hombre*. Esa pieza, por cierto, había obtenido premio en el Salón Nacional de la UNEAC de 1981. Poco tiempo después, la Universidad de Oklahoma dedicó todo un

número de *World Literature Today* a la obra de Roberto. Por cierto, quisieron utilizar en la portada la foto que le hiciera Cartier-Bresson pero, al solicitar autorización a la agencia *Magnum*, le pidieron mil quinientos dólares que la revista no podía sufragar. Por eso se publicó con una excelente fotografía que le hiciera Paolo Gasparini.

Creo que México es el país de Nuestra América que más hemos tenido la oportunidad de visitar. A Ciudad México fuimos en nuestro inicial viaje en 1952. Allí estuve brevemente en 2009, en lo que ahora sé que fue mi último viaje a esa ciudad por causa de su altura, cuando Roberto participó en un memorable concierto con Silvio Rodríguez. Unos meses antes habían protagonizado ese dúo de alternar un poema con una canción, en la Sala *Che Guevara* de la Casa de las Américas. En el concierto en el D.F., unas diez mil personas acudieron al recital, que presenciamos Laidi, mi nieta Leiden y yo en medio del clamoroso público. Otras veces habíamos estado en el D.F., siendo testigos de su transformación de una clara ciudad donde nos orientábamos por la visión de los volcanes popularmente referidos como el Popo y el Ixta, a una enorme urbe, rica en espectáculos y eventos culturales, donde la polución atmosférica ha obligado a tomar medidas sanitarias.

Hemos visitado en otras ocasiones diferentes regiones mexicanas bien diferenciadas entre sí como la encantadora Puebla, el sitio precolombino de Palenque, la feria del libro en Guadalajara, dedicada a Cuba y a Roberto como escritor cuando Cintio recibió el Premio *Juan Rulfo*. A la zona de Villahermosa acudimos a un homenaje al amigo Carlos Pellicer y visitamos el interesante Museo de La Venta, con sus figuras olmecas y luego las inmensas cabezas negroides, de cuyo origen no he logrado información detallada. Veracruz nos resulta bien familiar, por su Castillo similar a nuestro Morro (después de todo ambos fueron diseñados durante la colonia por la familia Antonelli), por sus gentes que también bailan danzón, por vivir ahí Ida Rodríguez Prampolini, nuestra querida *Chacha*.

Después de México, el país latinoamericano que más hemos visitado es Argentina, sobre todo Buenos Aires, donde siempre nos acogen nuestros queridos Cipe Fridman y la familia

Wertheim-Volnovich. Hemos participado en un homenaje en Bahía Blanca al admirado Ezequiel Martínez Estrada, a quien conocimos bien cuando estuvo en la Casa de las Américas durante los años 60. En la Universidad de Buenos Aires fue honrado Roberto como Doctor Honoris Causa y, algunos años después, participó como figura destacada en la Feria del Libro; en esa ocasión se presentó *Una salva de porvenir*, nueva antología personal de sus poemas. En esta última ocasión nos alojaron en el Hotel *Castelar*, donde décadas atrás había estado Federico García Lorca.

Hemos ido varias veces a Santiago de Chile. Durante la primera visita, estuvimos en un lindo hotelito —*Los Españoles*— que los amigos pasaban trabajo para localizar. Coincidimos en una reunión con Tito Monterroso, Thiago de Melo y otros amigos; nos reuníamos en una de las casas de Neruda para la lectura de poemas y ponencias. Una excursión organizada por los anfitriones fue a otra casa del poeta en Isla Negra; después del recorrido, Thiago me susurró: “Mucho *bric-à-brac*”. Al regresar a Santiago, visitamos la tumba de Vicente Huidobro; luego Roberto escribió su poema “Tumbas y mar”. Tuve el gusto de ver, en una de mis charlas sobre arte cubano, a los amigos Gracia Barros, José Balmes y Hugo Rivera, artistas sobre cuyas obras había tenido el placer de reseñar en la Casa de las Américas. Recuerdo una agradable cena que tuvimos en Santiago con otros amigos (Ana Pizarro y Diamela Eltit entre ellos). En la sobremesa, la conversación giró sobre la cinematografía y, por supuesto, sonaron de inmediato nombres como *Solaris*, Tarkovsky, *Rashomón*, *El ciudadano Kane*, Konchalovsky, Kurosawa, Chaplin, Woody Allen, Bergman, *Pieza inconclusa para piano mecánico*, etcétera, etcétera. Cuando al cabo se produjo un silencio, me atreví a preguntar en voz baja: “Todo eso está muy bien, pero ¿qué hacemos con *Casablanca*?”.

También hemos tenido la oportunidad de asistir a diversos eventos en Río de Janeiro, linda ciudad que nos fue descubierta en sus rincones más íntimos por João Cezar de Castro, quien luego nos invitó a dictar conferencias en la Universidad de Manchester. En la Caracas de Chávez hemos participado en diversas actividades culturales, así como en la vecina Cartagena

de Indias, el Caribe del Gabo. Bajo la égida de Alfonso Múnera y su encantadora esposa, conocimos algo de Barranquilla y otras ciudades costeras colombianas, aunque no logré estudiar la obra de Alejandro Obregón, a quien había conocido en la Casa de las Américas. Me dijeron que su notable pintura no estaba en exhibición en el museo por problemas surgidos en cuanto a la herencia.

Con respecto al Caribe de las islas, nuestro viaje a Haití fue bien interesante. Después de visitar a Gérard Pierre Charles y Suzy Castor, y de dar algunas conferencias en el excelente francés de Roberto y el tartamudeante mío con acento parisino, nos dispusimos a visitar los sitios históricos de la Citadelle y Sans Souci. Para llegar hasta la costa norte, debíamos tomar un avión. Para mi sorpresa, en el aeropuerto nos pesaron no solo la maleta, sino también lo que llevábamos en la mano y, además, a nuestras personas. Por poco rechazan a un pasajero bien gordo que pretendía viajar ese día. La avioneta (pues no me atrevo a calificarlo como un avión de pasajeros) volaba bien bajo, lo que al cabo resultó magnífico, pues nos permitió una excelente vista aérea de la Citadelle en toda su extensión. Cuando nos llevaron a la fortaleza, Roberto procedió a montarse en una mula, al igual que el estudiante que lo guiaba, y estuvo largo rato recorriendo todos los rincones del histórico lugar. Yo lo esperé a la entrada, lo que me permitió observar la vida cotidiana de las gentes que allí vivían. Así pude estudiar un poco los atributos de un sacerdote, de las creencias del lugar —un *houngan*, como le decían—, aunque no logré ver las pinturas sobre tierra que le son características. Las ruinas de Sans Souci las recorrimos juntos, y pensamos: qué imponente espectáculo de *Son et Lumière* podía hacerse allí, similar a los que habíamos presenciado en Chambord, castillo a las orillas del Loira.

También hemos ido varias veces a Santo Domingo, donde nos recibe la amiga Chiqui Vicioso. Pese a las invitaciones que he recibido, no he podido conocer Puerto Rico. Si a Jamaica fuimos en la década de los años 70 para la celebración de un *Carifesta*, unos diez años después fuimos invitados a otro *Carifesta*, a celebrarse en Barbados. Esta vez formamos parte de

una comitiva encabezada por Armando Hart, entonces ministro de Cultura, y en la que también iban Rafaela Chacón Nardi y varios compañeros del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP). Nuestra delegación estrenó un hotel: los jardines estaban aún con la tierra recién removida, había cierta incertidumbre en los servicios a las habitaciones y, sobre todo, el restaurante donde debíamos comer obligadamente dejaba mucho que desear en cuanto a la atención. Como camareras, tenía un amplio grupo de muchachitas locales, sonrientes y totalmente ineptas que equivocaban los pedidos, no sabían poner la mesa ni servir el agua. Pero como capitana estaba una inglesita rubia, de hablar suave y modales exquisitos, cuya mirada era incisiva y aguileña. No sé bien cómo se las arregló, pero unas 48 horas después de inaugurado, el grupo de camareras locales había disminuido en número; las que permanecían no sonreían tanto pero servían la mesa perfectamente, con destreza y rapidez. La inglesita seguía elegante e imperturbable; su aguda mirada lo supervisaba todo sin perder la calma ni un detalle. Roberto y yo éramos clientes fijos de ese restaurante del hotel y nos ajustábamos estrictamente al menú ofrecido, pues no sabíamos qué comprendía la invitación y, como siempre, no teníamos dinero para gastar.

Nos llamaba la atención un compañero de la delegación, cuyo nombre y función nunca supimos, a quien veíamos todos los días cómodamente sentado a orillas de la piscina del hotel, siempre con un tabaco en una mano, un trago en la otra y unos saladitos en la mesita al lado de la tumbona. Nos saludaba con amplia sonrisa; era obvio que la pasaba bien. Cuando regresamos a Cuba, al abordar el avión cubano, que por cierto era militar, sin ventanas, el compañero de la piscina nos sonrió de nuevo y nos confesó que había firmado todos los cheques de lo que había consumido con el nombre “R. Fdez. Retamar”.

Volvimos a Italia por iniciativa de Gianni Minà, quien tenía un programa amplio de conferencias públicas y en diversos centros universitarios que nos llevaba sin descanso de Milán a Nápoles. En esta última ciudad, por cierto, tuvimos un encontronazo con un *paparazzi* , ese género de periodista implacable,

quien insistía violentamente en que Roberto contestara sus provocadoras preguntas al terminar su conferencia.

Hicimos un alto un mediodía para ir de Florencia a Siena, para conocer a Antonio Tabuchi, cuya obra *Sostiene Pereira* entonces gozaba de gran popularidad. Asistimos a una conferencia suya en la Universidad y mantuvimos con él una agradable conversación que tendría una maravillosa secuela en La Habana, cuando se estrenó el filme protagonizado por Mastroianni y se presentó el libro, con la presencia del autor. Lo volveríamos a ver unos años después, cuando su generosidad nos tocó muy de cerca.

Habíamos llegado a París, después de una gira bastante agotadora por algunas ciudades francesas con motivo de la conmemoración del centenario de la muerte de Martí. No había un plan concreto para alojarnos durante esa última semana, en la que deberíamos ofrecer sendas conferencias. Tabuchi, quien nos había acompañado durante las charlas y nos había mostrado su pequeño apartamento parisino que había pertenecido a Marcel Schwob, ofreció cedernos el apartamentico que el Collège de France le había destinado durante sus conferencias. Así pasamos unos días felices en nuestro viejo barrio latino, en la rue de l'Université, respirando el ambiente de cuando éramos estudiantes.

La primera vez que impartimos conferencias en los cursos de verano de la Universidad de Cáceres, en Jarandilla de la Vera, fue una semana dedicada a la cultura cubana. Roberto había recibido la encomienda, de Miguel Rojas Mix, de organizar el programa y nombrar los ponentes. Así fuimos un grupo formado por Nancy Morejón, Ambrosio Fornet, Luisa Campuzano, Roberto Segre y nosotros dos. El programa que dirigió Roberto atrajo numeroso público, que mostró mucho interés. La invitación a participar en esos cursos de verano se reiteró durante varios años y siempre representaba para nosotros una acogida en la madrileña casa de José Medina y Paz Terán. También fuimos invitados varias veces a Sevilla, donde solían alojarnos en un encantador hotel en la sección antigua de la ciudad, que creo recordar se llamaba *Los Seises*, desde donde vislumbrábamos el Giraldo, antecesor de nuestra

Giraldilla. En otro evento dedicado a Martí, nos encontramos con Fina y Cintio en Alicante. Cintio estaba muy fastidiado con una insistente tos; no tenía su medicamento e insistía en que era *Cosedal*, término desconocido en las farmacias de la localidad. Por suerte, Laidi me había acostumbrado a denominar las medicinas por su término farmacéutico, así que pude aclararle que pidiera *Codeína*, con la cual pudo aliviarse.

En 2014, fuimos por última vez a París. A finales de mayo se celebró un Festival de Poetas del Caribe, para el cual Roberto era figura importante, y, además, se presentó una edición bilingüe de una antología de sus poemas: *Circunstancia de poesía*. La pasamos muy bien, y tuve la clara impresión de que se cerraba un círculo: tenía más de ochenta años, no podría ya volver a viajar a París. La noche final del Festival dimos un lindo paseo por la ciudad, de Notre Dame a la Concorde, de Trocadero a Luxemburgo, a los Campos Elíseos y al Boul Mich; en fin, el viaje de la memoria que me llevaba de mis veintitantos años a mis ochentitantos. He tenido mucha suerte, puedo tararear con Josephine Baker la canción *J'ai deux amours: mon pays et Paris*, porque en efecto tengo dos amores: mi país y París.

Mi Vedado ahora

Pocos meses después del triunfo de la Revolución, fueron fundadas dos importantes instituciones culturales: el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) y la Casa de las Américas. Ambas tuvieron su sede en El Vedado: el ICAIC, en la calle 23 entre 10 y 12; y la Casa, en 3ra. y G. Así empezó, creo, la importancia del reparto como centro irradiador de cultura. Poco tiempo después, para un congreso de la Unión Internacional de Arquitectos (UIA), se diseñó el Pabellón Cuba en La Rampa, sede de varias muestras interdisciplinarias de importancia y hoy el local de la Asociación *Hermanos Saíz*. Han proliferado las galerías de arte, los teatros, los locales de conferencias, los festivales cinematográficos y teatrales; en fin, gran variedad de eventos culturales.

El Vedado, coincidiendo con esta efervescencia cultural, mantuvo su atractivo como barrio residencial. Ya existían edificios de apartamentos de cierta altura. Cerca de mi casa, en 25 y G, había dos, el *Chibás*, donde vivía Tomás Gutiérrez Alea —*Titón*—, y el *Palace*, donde vivían María Lastayo y los Muñoz Bachs. Un edificio notable desde el punto de vista de su estilo Art Déco era el *López Serrano* en la sección más baja del reparto. Allí vivía el conocido político Eduardo Chibás.

A partir de la década de los años 50, se hicieron frecuentes las edificaciones de apartamentos en creciente altura. El más espectacular de estos edificios (hoy considerado una de las siete maravillas de la ingeniería civil cubana) es el Residencial FOCSA, que se eleva en la manzana comprendida entre las calles 17 y 19, M y N. Su planta baja está dedicada a diversos comercios (banco, tiendas, restaurantes, etcétera) y los pisos superiores son residenciales. La construcción de esta monumental edificación despertó mucha curiosidad, por eso

se hizo frecuente que los espectadores se agolparan en las aceras colindantes para contemplar los pisos que se alzaban. Un día me uní a ellos y oí a mis espaldas el siguiente diálogo:

–Voz de mujer: “¡Qué va, por nada del mundo yo vivo en un edificio como este!”.

–Voz de hombre: “No diga eso, señora. Mire, yo le explico, que soy albañil: el arquitecto moderno busca y desafía la ley de la gravedad!”.

De hecho, a partir de los años 60, creo que casi todas nuestras amistades vivían o se mudaron para El Vedado. Así, los Carpentier, cuando regresaron de Venezuela, vivieron un tiempo en la calle 21 y luego se establecieron en Baños entre 11 y 13, hoy una de las sedes de la Fundación *Alejo Carpentier*. Yo conocí a Bella y Eliseo Diego cuando vivían en un apartamento en El Vedado; luego pasaron a la mítica Villa Berta en Arroyo. Pero al cabo volvieron a El Vedado, también en Baños, pero entre 21 y 23; luego se establecieron cerquita de casa, en la esquina de G y 21. Cintio y Fina pasaron de Santos Suárez, frente al parque de Mendoza, a El Vedado, en Paseo, como también hicieron Siomara y Saúl, quienes se establecieron en 23, entre B y C.

A Dinorah y Agustín Pí siempre los recuerdo en el FOCSA. Los Pogolotti pasaron de Peña Pobre a El Vedado: primero en Calzada, luego en Línea, y hoy Graziella vive cerca de casa, en 23 y Baños. Rosario Novoa vivía en la calle Valle, antes de establecerse en D, entre 21 y 23. Por Línea vivían Mariano y Umberto Peña, como también Silvia Gil y Ambrosio Fornet. A Enrique Collado siempre lo conocí en El Vedado: primero en la calle Calzada, con un amplio portal, y luego en Paseo y Línea. Portocarrero y Milián se mudaron del Edificio *Carreño* y terminaron en 21 y O, mientras la parte alta de El Vedado fue preferida por varios amigos: María Elena Molinet estaba en 27, casi esquina con Paseo, mientras Raúl Martínez y Estorino vivían cerca, pero en 25. El apartamento en el que vivió Roque Dalton, en 11 y J, y aún reside su viuda, lleva hoy una placa conmemorativa.

Si en El Vedado abundaban las residencias y apartamentos, también proliferaban los hoteles. Desde la época colonial, en la década de 1880, se fundó en Calzada y 2, el Salón Hotel *Trotcha*. Yo alcancé a verlo cuando era niña: el pórtico central, en la esquina de 2, todavía era majestuoso, aunque el resto de la construcción parecía una cuartería. Así se fue destruyendo y hoy solo quedan unos cuantos pilares como patética remembranza. Ya en las décadas iniciales del siglo xx, se construyeron algunos hoteles que aún persisten y funcionan bien. Primero el Hotel *Presidente*, supongo que así nombrado porque se construyó en la esquina de G, que es la Avenida de los Presidentes, y Calzada. Luego, en 1930, el emblemático Hotel Nacional, uno de los puntos más recordados de la ciudad. En una de las esquinas que colinda con el FOCSA está un pequeño hotel de cierta celebridad. Nombrado *Vedado*, fue el lugar escogido por Juan Ramón Jiménez cuando estuvo en La Habana y allí fue visitado por los jóvenes poetas Fina y Cintio. Con el flujo creciente de turistas, nuevos hoteles han surgido cerca de La Rampa y por la calle 21, como el *Capri* que debió su primera fama al casino adyacente durante la década de los años 50. En la esquina de 23 y L, donde antes se terminaba El Vedado, se construyó el Hotel *Hilton*, hoy llamado *Habana Libre*, para el cual Amelia Peláez diseñó un monumental mural en cerámica. Frente al mar por Paseo, se erigió el Hotel *Riviera* (que Alejo decía que estaba decorado en el mejor “estilo gánster”). En años recientes, y casi colindando con el *Riviera*, se eleva el *Meliá Cohiba*, en un estilo internacional.

El Parque de H, cuyo nombre oficial se debe al relieve sobre Víctor Hugo que hiciera Sicre en la década de 1930, ha encontrado seguidores después. Primero Sergio Martínez concibió en 1980 un Don Quijote que despertó mucha polémica porque no llevaba ropas. Pero se colocó en el parquecito de 23 y J hace décadas y hoy en día se ha asimilado completamente y las gentes rodean la desnuda estatua ecuestre con naturalidad, esperan el ómnibus y se citan en el Parque del Quijote. Posteriormente, y con otro criterio escultórico, Villa realizó en el año 2000 un John Lennon sentado en uno de los bancos

del parque que cubre la manzana de las calles 17 y 15, 6 y 8. El Beatle está en la esquina de 17 y 6 y es un blanco constante para las fotos de los visitantes, algunos de los cuales se apropian de sus espejuelos. Unos años después, Lescay realizó un homenaje a Wifredo Lam para el parque que cubre la manzana de 15 a 13, y de 14 a 16.

La continuación de la calle 23, llamada siempre La Rampa, ha devenido, a partir de la década de 1950, un centro de mucha actividad de diverso tipo. Allí Wifredo Lam y un grupo amplio de artistas y escritores tanto cubanos como europeos, ejecutaron en una noche singular un mural colectivo a inicios de los años 60. En una tarima en la calle 23 (es decir, La Rampa) entre las calles O y P, ocurrió el primer concierto de los Van Van el 4 de diciembre de 1969. En la actualidad, funcionan en La Rampa ministerios, tiendas, oficinas comerciales, bancos, ferias de artesanía, exposiciones de modas, todo en las plantas bajas. En los pisos superiores hay apartamentos de diverso tipo.

En la calle Calzada se elevaba el gran teatro *Auditorium*, sede de memorables conciertos de solistas, de orquestas, de óperas, de ballet; en una ocasión se brindó un magno concierto con la Novena, con orquesta, solistas y coros. Pero en los últimos años de la década de 1970 un hombre le prendió fuego al edificio, que quedó solo en un cascarón. Recuerdo la noche en que nos avisaron del siniestro. Acudimos a la esquina de enfrente, en el Carmelo de Calzada, donde nos encontramos con Haydée Santamaría y Armando Hart, recién nombrado ministro de Cultura. Nos quedamos silenciosos, viendo el siniestro y a los bomberos tratando de aplacarlo. Cerca de nosotros estaba un viejo acomodador del teatro, con lágrimas corriendo por sus mejillas. Nunca ha vuelto a recuperar su antigua gloria. La última memorable función a la que asistimos cuando el *Auditorium* aún era el *Auditorium*, fue la noche en que estaba anunciado un gran concierto de *Benny Moré*. El teatro lleno, la gran banda en su lugar, todo listo para la llegada del Bárbaro del Ritmo. Pero se hacía esperar. Pasaron las horas, nadie se movía de sus asientos; casi a las dos de la

madrugada vimos a mi cuñado Manolo llegar por uno de los pasillos laterales de la luneta con el *Benny* a su lado, supongo que entrado en tragos. Subió al escenario y comenzó uno de sus más brillantes conciertos. Todas las piezas antológicas fueron interpretadas con frescura e ímpetu, evocó como nadie lo ha hecho a Cienfuegos, a Varadero, a Santa Isabel de las Lajas, para ofrecer lo que creo fue uno de sus últimos conciertos, que duró hasta altas horas de la madrugada.

Algunas viejas residencias de carácter monumental han sido convertidas por la Revolución en centros oficiales o culturales. Citaré tan solo algunas de las más emblemáticas: en Calzada y 4, en la casa de José Martí Zayas Bazán, el hijo del Apóstol, y Teté Bances, fue ubicado el Centro de Estudios Martianos. Por la calle Paseo, en la cuadra entre 17 y 19, está hoy la Casa de la Amistad, que fuera originalmente construida para la mítica Catalina Lasa, mientras unas cuabras hacia el Malecón, entre 13 y 15, está el Museo Biblioteca *Servando Cabrera Moreno* en la que fuera la residencia construida en 1912 por Rafael María Muñoz y Rodríguez, y vendida diez años después a Emanuela Salmoiraghi. En Calzada entre G y H, en una de las residencias de los Gómez Mena radica el Ministerio de Relaciones Internacionales. Hace décadas me contaron —no sé si fue cierto— que una madrugada, tiempo atrás, María Luisa Gómez Mena le había preguntado a Guillén: “Dime, Nicolás, ¿cómo te sientes después de haber pasado una noche con una mujer de alcurnia?”. “Pues, no sé, María Luisa, nunca lo he hecho”.

Otra residencia, ocupada por sus dueños solo unos meses al año, pertenecía a la llamada condesa de Revilla Camargo, en la calle 17 esquina a E: hoy es el Museo de Artes Decorativas. El mayordomo de la condesa quedó contratado para conducir las visitas dirigidas al museo. Terminaba frente a una entrada lateral diciendo: “Y por aquí venía el coche de la compañera condesa”. Una de las más recientes adaptaciones ha sido la residencia de Dulce María Loynaz, en 19 y Baños. Yo recuerdo haber asistido hace décadas a la entrada de José Antonio Portuondo en la Academia de la Lengua, que funcionaba entonces en la residencia de Dulce María, su presidenta, al no

tener local propio. Nos reunimos en los espacios del amplio portal, abierto hacia la sala. Hoy, el Centro *Loynaz* es un lugar con diversas actividades diarias, habiéndose convertido en un popular punto de reunión de diversas iniciativas culturales.

Me dicen que la vida nocturna de El Vedado es muy activa, especialmente los fines de semana. Se ha hecho común el anuncio de que las funciones teatrales y musicales se realizarán “en los horarios habituales”. Es decir, los viernes y sábados a las 8:30 de la noche, mientras que los domingos son a las 5:00 de la tarde. Peñas, conciertos, funciones teatrales y musicales, reuniones, días fijos de un artista “con invitados”, se realizan diariamente en casi todas las secciones del reparto. Uno de los sitios más populares y conocidos es la Fábrica de Arte Cubano, en 26 esquina a 11, que funciona de 6 de la tarde a 2 de la madrugada.

Hace algunos años la calle G adquirió una fama inusitada antes de que le colocaran estatuas de presidentes latinoamericanos en el centro de la Avenida. Se convirtió en aquella época en un sitio de reunión de gente joven, de adolescentes con distintas preferencias, que literalmente cubrían la avenida por las noches desde la calle 25 hasta las proximidades del Malecón, hacia la calle Calzada. Las llamadas «tribus urbanas» hicieron de determinados bancos de la avenida su sitio habitual, con algunas guitarras acompañantes. Oímos citar entonces a “los emo”, “los friqui”, “los repa”, y otros apelativos atribuidos a los grupos. Solían ocupar los espacios durante muchas horas, hasta el amanecer, sobre todo los fines de semana.

Ocasionalmente circulaban velozmente por la calle, hacia Línea, los patineteros, pero ese no era su lugar de preferencia. Del mismo modo en que surgió la moda “G”, se disipó. Sigue siendo visitada por grupitos diversos, pero de un modo habitual para los parques urbanos.

Con las nuevas medidas económicas y el surgimiento del “cuentapropista”, El Vedado, como todos los barrios —quizás más evidente que en otros—, patentiza las nuevas realidades socioeconómicas de nuestro país. El turismo en ascenso requiere de ciertas necesidades que han de satisfacerse de va-

riada manera. Los vedadenses de nuevo corte lo han hecho con cierto entusiasmo. De ahí que sea frecuente hoy ver en alguna ventana un letrero más o menos bien elaborado que anuncia *Room for Rent* o un portal que proclama *Dulcería, Pizzas* o, sencillamente, *Abierto*. Las cafeterías compiten con la venta de ropas y con diversos servicios de imprenta y encuadernación. Tengo la impresión de estar inmersa en una publicidad que hace décadas proliferaba, desde su origen, en los Estados Unidos: *You name it, we got it*; es decir: “Pídalo, que lo tenemos”.

Hoy estoy en muchos sentidos limitada en mis andanzas por El Vedado. Pero si recorro tan solo mi cuadra de H, que me conozco bache a bache por más de medio siglo viviendo en ella, constato los cambios. Veamos: en sus inicios, en la esquina de H y 21, en el número 502, sobrevive la residencia que fuera de Porfirio Franca, famoso desde antes de su participación en el efímero gobierno de la Pentarquía en septiembre de 1933. La casa biplanta se mantiene, así como el jardín esquinero, con sus árboles y palmas. Pero ahora es una dependencia del Ministerio de Educación y sus amplios portales sirven, alternativamente, para las personas que necesitan un documento y las reuniones del Comité de Defensa de la cuadra. Le sigue —en el 504— la que fuera la residencia palaciega que se decía era de la misma parentela. Hoy está subdividida en muchos apartamentos; sus amplios jardines antes llenos de flores y recortados céspedes son ahora tupidos platanales. El gran portal alberga tres negocios: un centro de impresión digital, una panadería y una cafetería que funciona, según su letrero, las veinticuatro horas. En el 506 había una sencilla casa que, se rumoraba, era de los parientes pobres. Hace unas décadas, la casa se hizo inhabitable por los daños reiterados de los ciclones y fue reconstruida con dos plantas y varios apartamentos en los altos. Su jardín fue parcialmente cementado, al igual que parte del portal para albergar un negocio de churros rellenos que solo prosperó varios meses. Ahora la planta baja cambió de dueño y está llena de sacos de cemento y arena para un arreglo.

Luego viene el 508, donde vivimos desde hace más de cincuenta años. Sembré un pequeño pino cuando nació Laidi

en 1961; llegó a tener la altura del tercer piso, pero hubo que tumbarlo porque sus raíces estaban levantando el lindo piso del portal. El jardín tiene árboles de chirimoya, un “Pau Brasil” que logré traer de São Paulo, altas plantas de rico follaje. Las flores rojas del marpacífico contrastan con las blancas de la magnolia. En el portal podemos tomar el fresco en los tradicionales sillones, ahora de metal. La casa con el número 510, gemela a la nuestra, ha cementado el jardín y cegado el portal para un próspero negocio de servir almuerzos de lunes a viernes. En el 512 han tratado de conservar el jardín pero parte ha sido cementado para poder guardar el automóvil, mientras por el portal se adivina la peluquería que funciona en la sala. Por último está el edificio esquinero en la calle 23. La planta baja pertenece a la Unión de Jóvenes Comunistas; el jardín es mantenido por empleados, que también cuidan de los portales. Pero, salvo en los días de alguna reunión especial, no tienen movimiento alguno. En esto ha devenido mi cuadra.

Hace unos días, mi nieto más joven, el *Rubio*, fue abordado en la calle por un turista que le preguntó: “Where are you from?”. A lo cual Rubén le respondió: “Soy de aquí, asere, soy de aquí”. Así termino.

SOY DE AQUÍ.

2014

Índice

Al lector / 7

El Vedado antes / 15

De *Flor Martiana* a Vieja Linda / 31

Década del 50 / 37

La Universidad / 37

La Antibienal / 40

Otras universidades / 43

Los de *Orígenes* / 53

La Revolución / 57

Casa de las Américas / 62

Cartier-Bresson en La Habana / 68

La ENA y las Brigadas *Arístides Fernández* / 69

El quinquenio gris / 71

Carifesta / 74

Los domingos en casa / 76

Amigos, amigos / 81

Publicando libros / 85

Sobre los viajes / 95

Conozca a Cuba primero... / 95

...Y al extranjero después / 100

De nuevo, viajes con Roberto / 105

Mi Vedado ahora / 121

